



MY BEAUTIFUL POISON

WICKED POISON SERIES

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
T. L. SMITH

WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



Simply Books



¡Descubre tu próxima aventura!

2



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL

IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan lo apoyes dejando tus reseñas en las páginas que existen para tal fin y que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!

WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

Créditos

Traducción

Mona

Corrección

Queen Wolf

Diseño

Bruja_Luna_

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

4



MY T.L. SMITH
BEAUTIFUL

Índice

IMPORTANTE _____	3	Capítulo 15 _____	84
Créditos _____	4	Capítulo 16 _____	91
Sinopsis _____	6	Capítulo 17 _____	97
Capítulo 1 _____	7	Capítulo 18 _____	104
Capítulo 2 _____	11	Capítulo 19 _____	110
Capítulo 3 _____	14	Capítulo 20 _____	117
Capítulo 4 _____	20	Capítulo 21 _____	123
Capítulo 5 _____	25	Capítulo 22 _____	129
Capítulo 6 _____	31	Capítulo 23 _____	134
Capítulo 7 _____	36	Capítulo 24 _____	140
Capítulo 8 _____	43	Capítulo 25 _____	146
Capítulo 9 _____	49	Capítulo 26 _____	153
Capítulo 10 _____	55	Capítulo 27 _____	159
Capítulo 11 _____	59	Capítulo 28 _____	163
Capítulo 12 _____	65	Capítulo 29 _____	167
Capítulo 13 _____	70	My Wicked Heart # 2 _____	170
Capítulo 14 _____	79	Acerca de la Autora _____	171

Sinopsis

Lo *perdone* por las mentiras que dijo.

Y lo perdoné por romper mi cuerpo con su *tacto*.

Pero no podía *perdonarme* quedarme.

Hasta que te conocí... *mi antídoto*.

Sabía que no podía seguir perdonándolo, cuando podía estar a salvo
en tus *brazos*.

Con tu toque, no hubo *lágrimas*.

Con tus *besos*, por fin pude respirar.

Podrías ser el villano en la *historia* de todos...

Pero no en la mía.

Capítulo 1

Rylee

Me sangra el labio. Sabe..., lo vuelvo a lamer, *dulce*. Me gusta. ¿Es extraño? Había oído que se supone que tiene un sabor metálico. Pero el mío, bueno, es dulce. Tal vez es la única cosa en mí que lo es.

Mis dedos tocan los bordes de mis labios. La hemorragia disminuye, pero el latido se intensifica.

—Joder, Rylee, ¿en serio?

Aparto la mano del labio roto y le miro.

Menea la cabeza, su cabello rubio apenas se mueve con todo el producto que usa.

—¿Ves lo que me has hecho hacer? Joder. —Se limpia el rostro con la mano y me mira fijamente con ojos sin emoción.

¿Cómo he podido estar tan ciega a esos ojos durante tanto tiempo?

—Deberías irte... —Me las arreglo para susurrar y luego me chupo los labios: aún puedo saborear el dulzor de mi sangre.

Intenta tocarme de nuevo, pero retrocedo dramáticamente.

—Vete, Anderson —digo con más fuerza.

Niega y vuelve a restregarse el rostro.

¿De verdad? ¿Cuántas veces piensa hacerlo? ¿No sabe que al tocarse el rostro está propagando gérmenes?

—Rylee, vamos...

Le esquivo y abro la puerta de mi habitación.

—Será mejor que te vayas antes de que grite. —Parpadeo un par de veces y le fulmino con la mirada—. Si no lo haces, te patearé donde sé que no brilla el sol.

La ira se dibuja entre sus cejas mientras sus manos se cierran en puños.

—Debes tener cuidado con lo que dices —gruñe entre dientes, con voz dura e implacable.

—Ya —suelto, negando—. Último golpe. —Señalo mi rostro y luego la puerta—. Ahora, *vete y no vuelvas*.

Anderson da un paso hacia mí y se inclina para acercar su rostro al mío.

—Nunca te creerían. Y, aunque lo hicieran, no les importaría. Lo único que quieren es que te cases conmigo. —Sonríe y se acerca a la puerta. Levanta la mano y yo contengo el respingo mientras agarra el picaporte—. Te veré mañana, Rylee.

Lo veo salir por la puerta y bajar las escaleras de casa de mis padres, despidiéndose de ellos mientras se marcha.

Lo odio.

Qué vi en él, nunca lo sabré.

Es duro, pero necesito salir de esta casa. Mis padres esperan y quieren mucho de mí. A veces, desearía haber seguido a mi hermana, Rhianna, cuando escapó del negocio familiar. Para ser honesta, no sé por qué no me fui con ella. Tal vez no era el momento adecuado, pero ahora el remordimiento me destroza el corazón cada día. Cada minuto. ¿Cómo combates lo que quieres con lo que te conviene?

Con un fuerte empujón, cierro la puerta y me deslizo por su superficie. Me cubro el rostro con las manos y subo las rodillas bajo la barbilla.

Salgo con Anderson desde el instituto. Él era el jugador de fútbol popular, y yo la niña buena y rica.

Nuestros padres no podrían estar más contentos con nuestra relación. Joder, ya están planeando nuestra boda y solo tengo veintitrés años.

No quiero casarme tan joven, y menos con él.

Anderson tiene sus días buenos, pero hay demasiados malos. Y seamos serios, no quiero ninguno con él.

Oigo pasos que se acercan a mi puerta y enseguida sé quién es.

—Ry, dime que estás bien —susurra mi hermano pequeño, su preocupación flotando hacia mí a través de la puerta cerrada.

—Estoy bien, Beckham. Te veré por la mañana —le digo con la voz más fuerte que puedo reunir.

Espera.

Siempre lo hace.

Es el único que entiende cómo es Anderson, y le odia por ello. Pero, lo que es más importante, detesta que no le deje y no puede entender por qué me quedo. Se enfada muchísimo, pero parece que no puedo reunir la energía para hacer lo que sé que es correcto.

Es la presión.

La presión de mi familia es demasiado fuerte.

Mi padre se ocupa de las cuentas de algunas de las personas más ricas de Australia, y eso se extiende al resto del mundo. Soy su única hija dispuesta, o incluso interesada, en hacerse cargo del negocio familiar. Ahora trabajo con

papá, aprendiendo lo básico, ya que por fin he terminado la carrera de contabilidad. Y pronto lo dirigiré todo. Lo cual me hace feliz. Me gusta lo que hago: los números y el dinero me hacen feliz. Me gusta organizar y encontrar el lugar que le corresponde a cada número, y luego arreglar cualquier problema que surja en el manejo de las cuentas.

Además, se me da bien.

Mucho.

Mi hermana es lo que se llama un espíritu libre. Nunca le han ido bien las normas y prefiere viajar y vivir su vida como quiere: sin ataduras y sin preocupaciones. Mi hermano es una estrella del fútbol. Incluso a sus dieciséis años, todos sabemos que va a llegar lejos.

Así que eso me deja a mí, Rylee Harley, hermana gemela de Rhianna Harley y hermana mayor de Beckham, para ocupar el puesto que queda libre. Nuestros padres quieren jubilarse, vivir la vida de lujo que mi padre se merece. Es uno de los trabajadores más duros que conozco. Dedicado. Leal. Comprometido.

Los adoro a los dos, piensen lo que piensen los demás.

Aunque mi madre sea autoritaria, sigue siendo mi madre.

Todo es cuestión de presión.

La presión de ser perfecto.

Y esto aplasta mi espíritu y me roba pedazos cada día.

Anderson encabeza la lista de presiones.

Lo amé, una vez.

Es guapo, todas las mujeres lo quieren, y no puedo culparlas. Anderson viene de dinero, es atlético, y podría hacer cayeran tus bragas con una mirada. Que fue lo que hizo conmigo.

No gané ningún concurso de popularidad en el colegio, como mi hermana. Mantenía la cabeza gacha y era estudiosa.

Hasta Anderson.

Entonces todo el mundo supo quién era.

Ya no era la tranquila hermana gemela de Rhianna. Era Rylee, la novia de Anderson, y lo he sido durante demasiado tiempo.

Mi teléfono emite un pitido y enseguida sé de quién se trata. Mi cabeza gira en esa dirección y veo cómo se enciende y luego se apaga. Dentro de un minuto exactamente, volverá a hacerlo. Observo, esperando. Y como un reloj, lo hace. Se ilumina de nuevo.

Ahora, se disculpa.

Y no leeré sus textos.



No quiero.

Anderson configura mi teléfono para que le muestre cuando leo sus mensajes, así sabrá que no lo he hecho. Es solo otra forma de controlarme.

Y de otra manera se lo permití.

Hoy no era la primera vez que me golpeaba. Pero suele tener cuidado de no dejar marcas como hoy. Me chupo el labio y aún noto el sabor de la sangre.

Nunca pensé que sería una de esas chicas, pero aquí estoy.

Miro fijamente mi teléfono desde el otro lado de la habitación, y deseo que desaparezca, no soporto pensar en sus falsas disculpas que reposan en él.

Respiro hondo, niego y me pongo en pie. Alcanzo mi teléfono, pero no abro los mensajes como él quiere. En lugar de eso, camino hasta mi cuarto de baño y lleno la bañera. Observo cómo se aquieta el agua cuando cierro el grifo y luego sonrío cuando el teléfono se me resbala de la mano y cae en el agua cristalina.

Mañana es el día en que empiezo a vivir para mí.

O eso me digo.

Capítulo 2

August

Mis dedos golpean la mesa a la que tengo las manos esposadas y mi pierna rebota, incapaz de moverse o ir a ninguna parte a menos que encuentre la forma de cortarme las malditas manos. Espero a que llegue, la única persona que tiene un ápice de fe en mí, aparte de mi hermana pequeña.

¿Por qué? Bueno, todavía estoy intentando averiguarlo.

El fuerte ruido ya no me hace sobresaltar cuando abren las puertas detrás de mí. Veo sus caros zapatos y miro a Noah, que me sonríe mientras toma asiento frente a mí. Sus ojos se posan en mis manos encadenadas y luego mira al guardia.

—Suéltale las manos —dice—. Ahora.

El guardia hace lo que le pide y me libera.

Noah hojea sus papeles y me acerca algo a la mesa.

—Este es el testamento de tu abuela. —Arrugo el rostro mientras escudriño el documento—. Te dejó la casa —afirma Noah.

Mi abuela murió hace más de cuatro años. ¿Por qué me entero de esto ahora?

—Por la expresión de tu rostro, parece que tu último abogado olvidó convenientemente revelarte nada de esto.

Ha acertado.

—Mi abuela me odiaba —le digo. Siempre me decía que me pusiera las pilas y que hiciera algo con mi vida, o acabaría como mi madre, que era una vaga.

Quizá tenía razón.

—Sí, bueno... parece que te quería, a pesar de todo.

—¿Paige? —pregunto.

Mi hermana pequeña tiene un buen padre. Sabía que nuestra madre era escoria y se la llevó pronto, dejándome a mí limpiar el desastre que creó mi madre. ¿Y mi padre? Bueno, ni siquiera sé quién es y no podría importarme menos.

—Le va bien. Tu abuela le dejó un auto. Estoy seguro de que te lo ha dicho en sus cartas.

Paige tiene casi dieciséis años y en sus cartas me ha contado lo emocionada que está por empezar a conducir. Me ha pedido que la visite, pero eso no es una opción. Este no es un lugar que ella deba frecuentar. Nunca.

—Tengo otras noticias para ti, August. —Noah cierra la carpeta que tiene delante y se reclina en la silla. Sus ojos miran al guardia y luego vuelven a mí—. Mañana saldrás en libertad. El juez ha aprobado tu apelación.

Sus palabras no se registran.

No las entiendo.

Me quedo mirándole, como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

Porque eso nunca ocurriría. Solo llevo seis años de larga condena y ni una sola de mis apelaciones ha sido siquiera escuchada.

Sin embargo, aquí está Noah, un hombre al que apenas conozco, que se ha convertido en mi único amigo, diciéndome que por fin voy a ser libre.

Me froto la barba incipiente de la mandíbula y le miro.

—Estás mintiendo.

—¿Parezco un hombre que miente, August?

No. Noah nunca me ha mentado. Por dura que fuera la verdad, siempre me la ha dicho sin rodeos.

—Hice que un limpiador fuera hoy a casa de tu abuela, ya que nadie ha vivido allí en todo este tiempo.

Ni siquiera me salen las palabras para agradecerse. Así que lo único que hago es asentir.

—Volveré mañana a recogerte. —Noah se levanta y recoge sus cosas. Se dirige a la puerta, pero yo me quedo donde estoy, todavía en estado de shock—. August... —dice mi nombre, y miro por encima del hombro—. No la cagues. Estarán deseando volver a meterte aquí a la primera oportunidad que tengan.

Es más que obvio, y sé que me buscarán para joderme. De la misma forma que me metieron aquí. Basura es lo que dijeron cuando me detuvieron y me metieron en la parte de atrás del auto de policía.

—Noah —le digo—. Te debo una.

—No me debes nada —dice, y sigue su camino hacia la puerta.

Me agarro el cabello.

Joder.

Libre.

Nunca pensé que llegaría este día.

Destinado a acabar aquí, no era más que un matón callejero. Mi madre siempre lo decía. Así que cuando finalmente sucedió, no estaba sorprendido.

¿Pero salir ahora, por un hombre que apenas conozco y que decidió luchar por mí?

Es un maldito milagro.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

Capítulo 3

Rylee

Han pasado dos días y he conseguido evitar a Anderson. Ni una sola vez le he visto ni he sabido nada de él. Ayuda que mi teléfono siga tirado en el fondo de mi bañera, para no volver a funcionar nunca más.

Rhianna entra en mi despacho vestida con su traje de trabajo, que consiste en un pantalón corto y una camisa, y el delantal que suele llevar enrollado alrededor de su pequeña cintura. Lleva el cabello largo y oscuro recogido en la cabeza, mientras que yo llevo una coleta semirrecogida. Sus ojos oscuros, casi negros, como los míos, me miran fijamente.

Idénticas. En casi todos los sentidos, físicamente.

Gemelas. Con dos personalidades singularmente diferentes.

Mejores amigas. Por todas las razones correctas.

Mi vida o muerte.

—Noah está celebrando esta noche. Quería saber si vendrías. —Mis ojos se dirigen a la pila de papeles que tengo delante. Lo uso como excusa. A menudo. Sobre todo, a Anderson.

—Yo... —Rhianna niega antes que pueda terminar de pronunciar la primera palabra.

—No olvides que te conozco. Te conozco de *verdad*. Así que ni siquiera intentes usar esa mierda delante de ti como excusa —dice, levantando las manos y sacándose el cabello del moño mientras me mira—. Para lo único que tienes tiempo ahora es para Anderson y para trabajar. Noticia de última hora... —Agita las manos dramáticamente—. Yo soy mucho más importante que ambos.

Sonrío ante sus palabras. Porque son ciertas. Muy ciertas.

—Puedo prestarte ropa —ofrece con una sonrisa.

Niego.

—No pasa nada. Iré pronto a casa a cambiarme.

—He estado intentando llamarte. ¿Por qué está apagado tu teléfono?

—Lo ahogué —respondo con una sonrisa burlona.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Debo preguntar?

Me encojo de hombros.

BEAUTIFUL
POISON

—Probablemente no. He pedido uno nuevo y debería llegar mañana. Te enviaré el número. —Se levanta, se echa el bolso al hombro y luego se pone la chaqueta—. ¿Cómo está Noah? —pregunto. Es su primera relación de verdad. Es mayor que nosotras y un hombre de negocios increíblemente exitoso.

Una sonrisa se dibuja en sus labios al oír su nombre.

—Es bueno. Muy bueno. Pienso casarme con ese hombre.

—Me alegra que te haga feliz.

Se queda quieta al oír mis palabras, rodea mi escritorio y se inclina.

—Tú también necesitas encontrar a alguien que te haga feliz. Claramente, Anderson *no* es ese hombre.

No lo es, y soy muy consciente de ello.

—Estoy trabajando en ello —respondo con sinceridad. Y así es. Lo único que se me pasa por la cabeza es cómo voy a romper oficialmente con Anderson. Pero no solo tengo que decírselo a él, sino también a mis padres. Ya han planeado nuestra boda masiva, y ni siquiera estamos comprometidos.

—Si lo haces y necesitas que sea la niña insolente para quitarte la presión de encima, te tengo. —Guiña un ojo.

Me rio porque sé que dice la verdad. No tiene ningún problema en decepcionar a nuestros padres, especialmente a nuestra madre. Donde, por alguna razón, me pone físicamente enferma hacerlo.

—¿Siete? —pregunto.

Me besa la mejilla antes de salir de mi despacho, diciéndome que sí mientras se marcha.



El auto de Anderson estaba en mi entrada cuando llegué, así que di marcha atrás y conduje hasta casa de Rhianna, sabiendo que no estaría en casa. Asalté su armario, tomé un conjunto y me preparé. Por suerte, tenemos la misma talla, pero no vestimos igual. Tengo algunas prendas colgadas en su armario para emergencias, y esta noche es una emergencia. Sin embargo, no elijo uno de mis vestidos. En lugar de eso, elijo algo diferente.

Me dejo el cabello como está y agarro uno de los vestidos negros de Rhianna que me llega justo por encima de la rodilla. Me pongo brillo de labios, llamo a un Uber y dejo el auto en casa de mi hermana.

Noah celebra el evento en un restaurante local, así que elegí tacones bajos para la ocasión. Realmente no tengo ni idea de lo que estamos celebrando. Acepté porque ella me quería allí. Y si la necesito, siempre está ahí para mí.

Cuando llego al restaurante, al instante sé que voy demasiado arreglada. Demasiado formal. Ninguna de las mujeres lleva vestido. Todas van vestidas cómodas, aunque sea de noche. Algunas llevan vaquero, otras falda, pero nada elegante. Al entrar, veo enseguida a mi hermana, con el brazo alrededor de Noah, que habla con alguien y está pendiente de cada una de sus palabras. Noah me ve y me hace señas para que me acerque, lo que hace que Rhianna levante la vista. Se separa de él y sonríe.

—¿No has ido a casa? —pregunta, fijándose en su vestido.

—No —respondo, haciendo que ambos escudriñen mi cuerpo—. Me alegra verte de nuevo, Noah.

—Siempre es un placer, Rylee. Gracias por venir. ¿Está Anderson contigo esta noche?

—No.

—Hay barra libre. Sírvete. Tu hermana ha estado en ello —bromea, haciendo que Rhianna mueva las cejas.

—¿Quieres emborracharte y bañarte desnuda? —pregunta.

Noah está mirando a Rhianna con ojos ansiosos. Él, literalmente, solo tiene ojos para ella, y me hace muy feliz por ella.

—Voy por una copa —respondo, sin contestar a esa pregunta. Si le das una pulgada, ella tomará una milla y luego correrá con ella.

—O diez —me dice Rhianna a la espalda, lo que me hace soltar una risita.

Cuando me acerco a la barra, pido un gin-tonic con lima.

—No te tenía por una bebedora —dice una voz oscura a mi lado. Mis ojos encuentran esa voz, y lo primero que veo son unas manos bronceadas seguidas de unos antebrazos fuertes con venas prominentes.

Porno de brazo.

Porno en vena.

Cuando consigo apartar los ojos de esos brazos sexys, parpadeo, una, dos, tres veces. No puedo creer lo que estoy viendo.

No le veía desde el instituto, e incluso entonces era alguien a quien nunca te acercabas demasiado. Y aquí estoy, de pie junto a él mientras se toma una copa.

—Es agua, si quieres saberlo —me dice cuando le miro al rostro después de contemplar su vaso durante unos instantes.

August lleva más de seis años en la cárcel, y sé que su condena fue por mucho más tiempo.

¿Cómo es que está aquí a mi lado? No lo sé.

—August —le digo, a lo que él asiente y mira hacia otro lado, llevándose el vaso a los labios y bebiendo un sorbo. Observo cómo traga y vuelve a dejar el vaso sobre la encimera.

—La niña rica recuerda. —Su voz es de timbre grave, su cabello del color de la caoba, profundo y rico, con solo sutiles matices de luz, nada que ver con el de Anderson. En el colegio, August estaba dos cursos por encima de mí, pero *todo el mundo* sabía quién era. Era el chico malo que todas las chicas deseaban a pesar de tenerle miedo.

Y créeme, todas las chicas con ojos lo querían.

August Trouble tenía un aire misterioso. Nadie lo conocía en serio, y las pocas chicas que decían conocerlo hablaban de él como si fuera una especie de dios.

No ha cambiado mucho. Sigue teniendo ese aire duro. Salvo que ahora tiene una cicatriz sobre el labio, el rostro más afilado, los ángulos más prominentes y el cabello más corto que en el colegio. Es más grande, *mucho* más grande.

—¿Sabes siquiera mi nombre? —pregunto.

Niña rica. Definitivamente ese no es mi nombre.

Sus ojos, verdes como el bosque, me devuelven el brillo.

—Niña rica —es todo lo que dice, y luego da golpecitos con la punta de los dedos en la barra.

—Ese *no* es mi nombre —declaro, arrugando la nariz hacia él.

August se muerde el labio inferior, su cicatriz se hace más prominente al hacerlo, y se vuelve para mirarme con esos ojos. De repente, el vestido negro me parece una mala elección.

—Rhianna —dice en un suspiro rápido.

Intento no desinflarme. Quiero decir, si no nos conoces, es difícil distinguarnos. Y este hombre no nos ha visto a ninguna de los dos en seis años, así que es imposible que nos distinga.

Además, no éramos nada para él en la escuela.

Era un rey.

No era más que una niña que iba a la escuela todos los días, tratando de esconderse en las sombras.

—Será mejor que me vaya. —Recojo mi bebida y me dirijo hacia mi hermana, sin mirar por encima del hombro al hombre de grandes brazos que cree que soy mi hermana. En cuanto la alcanzo, su mano agarra la mía y tira de mí para que estemos una al lado de la otra.

—Te vi charlando con August —susurra mientras su otra mano permanece en la de Noah—. Olvidé decirte que esta fiesta... es para él. Noah lo sacó.

Ahora todo tiene sentido.

—Es un idiota. —Levanto la copa y miro por encima del hombro. Está exactamente donde lo dejé, mirando su bebida mientras la gente se mezcla a su alrededor.

Rhianna me choca y me vuelvo hacia ella.

—Estuviste enamorada de él durante toda la escuela. Si quisieras... —Ella le devuelve la mirada—. Quiero decir... apuesto a que no ha tenido sexo en mucho tiempo. —Sus cejas se mueven ante su sugerencia.

—No. Simplemente, no.

—Apuesto a que Anderson nunca te ha hecho correr —termina.

—Anderson —dice una voz detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo a August de pie.

—August, recuerdas a mi hermana —dice Rhianna.

—Por supuesto, Rylee. —Me guiña un ojo y yo entrecierro los ojos.

El maldito imbécil. Sabía mi nombre todo el tiempo y decidió molestarme usando el nombre de mi hermana. Bueno, dos pueden jugar ese juego.

—Le gustabas mucho en el colegio —le dice mi hermana.

Dios mío. Mis mejillas enrojecen al oír sus palabras y, por suerte, antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, Noah se acerca y le toca el hombro a August.

—¿Estás listo? —pregunta.

August asiente.

Rhianna se inclina y me besa la mejilla.

—Nos vamos. ¿Vuelves a mi casa?

—Sí, no creo que quiera irme a casa todavía —le digo. Siento los ojos de August clavados en mí mientras hablo, pero decido no mirarle.

—Bien. Iba a quedarme en casa de Noah, pero puedo ir contigo si lo necesitas.

Levanto la mano.

—No, no seas tonta. Puedo quedarme en la tuya.

—Te amo —dice.

Noah saluda con la mano mientras se marchan. August se marcha primero, sin dirigirme la palabra.



BEAUTIFUL POISON

WICKED POISON #1



Y probablemente sea lo mejor.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO



19



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL



Capítulo 4

August

La casa está vacía y solitaria. Noah me recogió en la prisión y me llevó a mi nuevo hogar. No oír voces gritando desde otra celda, que de alguna manera se convirtió en algo que esperaba, hizo que mi primera noche aquí fuera, como mínimo, difícil. Apenas dormí, y cuando no podía, salía al patio para ocuparme de ello. Está claro que nadie ha estado aquí desde hace lo que parece una eternidad. Me alegro de que Noah consiguiera limpiar la casa. Si el patio sirve de ejemplo, no me habría gustado verla antes de que la hubieran arreglado y fregado. Y eso es mucho decir teniendo en cuenta dónde he pasado los últimos seis años. Pero bueno, cualquier cosa es mejor que eso.

Y me refiero a *cualquier* cosa.

Al tercer día, el patio tiene mejor aspecto. Empieza a parecerse a una casa normal.

—August. —Oigo la voz de Paige antes de verla. Al girarme, mi hermana pequeña salta a mis brazos y me envuelve con fuerza.

Es la primera vez que me abrazan en mucho tiempo.

Mucho tiempo.

Mis manos cuelgan a los lados porque no sé qué hacer. Abrazar es algo extraño para mí.

Veo a su padre de pie junto a su auto, sin apartar los ojos de ella ni un segundo mientras me suelta. Le alboroto el cabello largo mientras se echa hacia atrás.

—Te ves bien, chica. Qué mayor. —Era una chiquilla cuando me fui hace tantos años, y las cartas que de vez en cuando aparecen con una foto no son nada comparadas con cómo es en persona.

—Soy casi una adulta, ya sabes.

Mis labios se curvan ante sus palabras.

—Te he echado de menos.

Vuelve a inclinarse y me rodea con los brazos.

—Te he echado más de menos. —Nos quedamos así un rato hasta que su padre la llama por su nombre—. Le dije que, o me traía, o encontraría mi propio camino para verte.

—Habría ido a verte, enana. —Ella es mi prioridad absoluta, pero primero necesitaba poner mi cabeza en orden.



—August. —Glenn, su padre, cruza el patio e inclina la cabeza en mi dirección—. Me alegro de verte.

—Gracias por traerla.

Glenn echa un vistazo hacia la casa.

—Has hecho mucho en pocos días. Este lugar empezaba a parecer encantado —dice, y luego sus ojos vuelven a posarse en los míos.

Mi hermana sonríe.

—¿Has visto a tu madre? —Cortó todo contacto con la mujer cuando se llevó a Paige de su cuidado. Le odié por ello en ese momento, pero ahora me alegro de que lo hiciera. Odiaría ver a Paige rota como yo. Su alma es demasiado bondadosa para que le pase eso.

—No.

Glenn asiente, contento con esa respuesta.

—Hora de irse, Paige. Despidete de tu hermano.

—Quiero quedarme. Puedo ayudar, August. Por favor, déjame ayudar.

—No es una buena idea. Tenemos planes —dice Glenn.

—Está bien, enana. En otra ocasión, seguro.

Glenn sonríe.

—Sí, en otra ocasión.

Paige vuelve a rodearme la cintura con los brazos antes de retirarse, y veo cómo ambos se marchan, dejándome solo una vez más.

Estoy acostumbrado a la soledad, así que no hay diferencia.



Las miradas y los susurros son lo que esperaba. Pero afrontarlo no es algo para lo que estuviera mentalmente preparado. Antes de que me encerraran, tenía las mismas reacciones, pero no hasta este punto. Ahora todo el mundo sabe quién soy, así que cuando entro en el supermercado a comprar comida, las mujeres aprietan un poco más el bolso y el cajero se estremece al verme.

Me dirijo directamente a la parte de atrás para recoger los alimentos básicos: pan, leche y tentempiés. Básicamente, lo justo para no tener que volver pronto.

—Tienes que irte —se oye una voz detrás de mí.

Cuando me giro, veo a un policía de pacotilla vestido de azul, agarrado su cinturón como Batman mientras me mira fijamente. Es viejo, y con un solo movimiento podría tirarlo al suelo. En lugar de eso, me muerdo la lengua y



paso de largo, yendo directamente a la caja con la compra que tengo en la mano.

Me sigue, sus botas chasquean detrás de mí.

La cajera mira al idiota del poli de alquiler antes de mirarme directamente a mí.

—Váyase —vuelve a gruñir detrás de mí el falso policía, o debería decir guardia de seguridad.

—Tengo que comprar esto, luego me iré —respondo, mordiéndome la mejilla con demasiada fuerza, tanta que saboreo el deje metálico de la sangre. Es lo único que me impide darme la vuelta y mostrarle quién soy en realidad.

Pero estoy cambiando.

Tengo que hacerlo.

El antiguo yo era peligroso e impredecible. Necesito ser un mejor yo. De lo contrario, acabaré donde acabo de irme.

—No eres bienvenido aquí —gruñe.

Sonrío a la cajera, ignorando al policía de alquiler.

—Cóbrame para que pueda irme —le digo.

Es joven, y sus ojos se desvían de nuevo detrás de mí, donde sé que está el policía de alquiler.

—No, vete —dice.

¡Mierda! Agarro la cartera con la mano y pienso en lo fácil que sería dejarlos a los dos fuera de combate. Podría salir con las cosas que quiero y no me importaría, pero quiero ser mejor que eso. Mejor que estos dos cabezas huecas.

Sin embargo, no lo haré porque eso es exactamente lo que quieren. Y un paso en falso me llevará de vuelta al lugar del que acabo de escapar.

Y no quiero volver.

Doy un paso atrás, me giro y salgo. En cuanto salgo por la puerta, me ruge el estómago. Anoche pedí comida para llevar y ahora me muero de hambre, pero no puedo seguir malgastando mi dinero en eso. Al menos no hasta que encuentre trabajo.

—Toma. —Me doy la vuelta y veo a una belleza morena de pie frente a mí, con gafas de sol cubriéndole el rostro mientras me tiende una bolsa de papel—. Tómala, August. Antes de que se me caiga la mano.

Agarro la bolsa y compruebo su interior. Está llena de todo lo que quería comprar. Cuando vuelvo a levantar la vista, Rylee me mira a través de sus gafas. Luego se da la vuelta y se aleja. La veo ir a toda velocidad hasta su caro auto. Y justo antes de que entre, la llamo:

—Niña rica.

Se da la vuelta.

—¿Sí? —Tiene la nariz arrugada por el nombre que he elegido para ella.

—No soy tu maldito caso de caridad —escupo.

Rylee niega antes de meterse en el auto y marcharse. Una parte de mí quiere tirarle la mierda al auto, pero sé que no debo hacerlo. Necesito comida. Y a pesar de ser una niña rica, es sexy y generosa, aunque no quiera admitirlo ahora.



—Has hecho un montón —dice Noah al día siguiente al entrar. Echa un vistazo a su alrededor, con las manos a los lados, y desprende tanta confianza que casi me da náuseas.

—Sí —es todo lo que respondo.

Noah se dirige a la puerta trasera y contempla el patio, que he destrozado y aplanado. Ni siquiera queda un arbusto donde solía estar.

—¿Cómo va lo de conseguir provisiones? —pregunta—. He oído lo del supermercado.

—Por supuesto que sí. No puede mantener la boca cerrada.

—¿Quién? —pregunta Noah.

—Rylee.

—¿Qué tiene que ver Rylee con el supermercado? —pregunta con expresión de confusión.

—Ella estaba allí. ¿No fue quien te lo dijo?

—No, uno de mis clientes lo vio todo y me lo hizo saber.

Bueno, joder. La niña rica mantuvo la boca cerrada. Que me aspen.

—¿Qué piensas hacer para trabajar? Tu abuela te dejó algo de dinero, pero no es mucho.

—No he llegado tan lejos. Aunque, supongo, es algo que debería investigar. —Excepto por el hecho de que nunca he tenido un trabajo de verdad en mi vida.

—¿Quieres que te consiga trabajo?

Me restriego la mano por el rostro y me siento en la mesa del comedor mientras él se gira y se queda mirando.

—No.

—August, esto solo funcionará si vuelves a llevar una vida normal.

Me rio entre dientes.

¿Qué es una vida *normal*? Incluso antes de la cárcel, mi vida era cualquier cosa menos normal. Mi madre era la zorra del pueblo, haciendo lo que fuera por su próximo trago, incluso con mis malditos amigos. Asqueroso.

¿Vida *normal*? Sí, no sé lo que es eso.

—Puedes ser quien quieras ser, August. Si lo ves así, haré lo que pueda para ayudarte.

Mis nudillos golpean la mesa.

—¿Por qué? —le pregunto. Lo ha hecho todo gratis y es uno de los mejores abogados de la ciudad. Su reputación como la próxima gran cosa es renombrada, y, sin embargo, aquí está, ayudándome.

—No sé si te lo he dicho, pero estuve casado antes.

Niego porque no tenía ni idea. Aunque no compartimos muchas cosas personales.

—Era una gran mujer. Me dijo que no debía hacerlo todo por codicia, que debía recordar de dónde venía. Recordar mis raíces. —Me mira fijamente—. Lo recuerdo, August. Y lo creas o no, tenemos una historia muy parecida. Mi madre era alguien que no desearías ni a tu peor pesadilla, y mi padre nunca estuvo en la foto.

—Y mírate ahora —le digo, sorprendido por sus palabras.

—Y mírate. Eres libre. Ahora, aprovéchalo —dice antes de marcharse por donde ha entrado, dejándome ahí, reflexionando sobre sus sabias palabras.

Capítulo 5

Rylee

—Rylee.
Joder.
Joder.

No vi su auto en la parte delantera. ¿Cómo me lo perdí?

—Tenemos que hablar.

De ninguna manera.

—Rylee, querida, Anderson lleva horas esperando para verte. Parece que te sigue echando de menos. —Los ojos de mi madre se entrecierran como si supiera que le he estado evitando. Diablos, probablemente lo sabe.

—Sí, hablemos —dice Anderson y emprende el camino escaleras arriba hacia mi dormitorio. Dejo el bolso en el suelo y lo veo desaparecer.

—¿A qué esperas, Rylee? —me pregunta mi madre mientras me quedo donde estoy.

Al volverme hacia ella, veo mucho de mí en ella. El mismo color de cabello y la misma estructura ósea. Pero los ojos que me miran no son los míos. Los suyos son duros y exigentes. Tiene expectativas. Yo vivo en su realidad.

Lo que debería hacer es mudarme, dejar esta casa. No es que no tenga edad o no gane suficiente dinero para establecerme. Ha sido más fácil vivir aquí mientras estudiaba y trabajaba, pero ahora no tengo ninguna razón para quedarme.

Pero creo que ya es hora.

—Me voy a mudar —le digo. Sus cejas se levantan sorprendidas—. Mañana mismo empiezo a buscar casa.

—¿Y tu hermano? Le gusta tenerte aquí.

—Puede visitarme cuando quiera. Lo sabe.

—Acabarás igual que tu hermana —advierde.

—Y no hay nada malo en ello. Rhianna está con un hombre que la hace feliz. Ha viajado por el mundo y ama lo que hace ahora, aunque no sea lo que tú quieres. —Mi cabeza se vuelve hacia las escaleras.

Mi madre no es mala persona, simplemente exigente, y he llegado a saber manejarla mejor que ninguno de mis hermanos.



—Ya he elegido un anillo —me dice cuando no le presto atención.

—Tíralo —digo, mientras empiezo a subir las escaleras, con la mano agarrada a la barandilla y los nudillos blancos al darme cuenta de que voy a estar sola en la misma habitación que él, y todos sabemos que eso nunca sale bien para mí.

Anderson está de pie junto a mi puerta, apoyado en ella mientras me ve pasar a su lado. Sus ojos me recorren de arriba abajo antes de susurrar:

—Te he echado de menos.

Me estremezco.

No lo he echado de menos en absoluto.

Ni lo más mínimo.

—No has contestado al teléfono.

—Lo ahogué —le digo sonriendo.

Se ríe como si fuera una broma.

—Te conseguiré uno nuevo. —Anderson estira la mano y tira de mí por la cintura. Me dejo porque no vale la pena luchar contra él en este momento—. Te he echado de menos —repite mientras se inclina y me besa el cuello.

Mis manos permanecen a los lados, sin levantarle ni tocarle de ninguna manera, aunque no parezca darse cuenta ni le importe.

—Tenemos que hablar.

—Sí, más tarde —dice, y su boca deja besos descuidados por toda la mía. Intento apartarme, pero me mantiene cerca, sus manos me agarran con fuerza, causándome moratones, estoy segura—. Te necesito.

—Ahora no, Anderson. Quiero hablar.

—Más tarde —dice con voz más grave y severa.

Intento apartarme, pero no me deja.

—Anderson... Deja. Me. Ir.

—No. Necesitas que te recuerden lo adecuados que somos el uno para el otro.

—No, no quiero. —Me retiro.

Me mira fijamente.

—Me quieres. Me amas. —Se acerca a mis labios y los besa con fuerza. Anderson es un besador de mierda, demasiado duro y descuidado. No le doy acceso, pero eso no le impide tomar lo que quiere mientras intenta seguir besándome.

Logro zafarme de su abrazo, escapo de sus manos y nos separo.



—Tienes que irte. —Da un paso hacia mí, pero levanto la mano—. Vete —digo con una voz de la que no sabía que era capaz.

Los ojos de Anderson se clavan en los míos. Es entonces cuando me ve. Ve que no le amo. Y cuando lo hace, una mirada pasa por su rostro que realmente me asusta.

—Eres *mía*, Rylee.

—No lo soy. Soy *mía*, Anderson. Nadie es mi dueño.

Se ríe.

—¡Y una mierda! Todo el mundo es tu dueño. Tus padres. Yo. Joder, ¿quién más lo hace?

—Soy mi propia persona, y ya no te quiero aquí.

—Eso no lo decides tú, Rylee. Pronto serás mi mujer —dice apretando los dientes con un toque de suficiencia en la voz.

—No me casaré contigo —le digo con toda la fuerza de que soy capaz—. Quiero que te vayas y no vuelvas nunca.

Veo cómo levanta el labio superior y luego lo vuelve a bajar.

—Parece que estás delirando ahora mismo. —Toma aire—. Te daré una semana para que recapacites. Eso es todo lo que te doy, Rylee. Luego me llevaré lo que es mío. —Anderson vuelve a acercarse a mí, y consigo dar un paso atrás para que sus manos no me toquen. Me mira con ojos duros e indiferentes que no contienen ninguna emoción. No le importo. Para él solo soy un medio para conseguir un fin. Un trofeo, y no lo tendrá. No permitiré que vuelva a acercarse a mí.

—Solo vete, Anderson. No sé cuántas veces más tengo que decirlo.

Le rechinan los dientes al oír mis palabras, pero se da la vuelta y atraviesa la puerta rápidamente, cerrándola de un portazo tan fuerte que las paredes contiguas traquetean.

Al final, me quito el bolso del hombro y la puerta se abre de nuevo, pero esta vez es mi madre la que está allí.

—¿Qué ha sido eso? —Mira mi bolso, que está en el suelo, y entra, lo agarra y lo coloca sobre la cama—. ¿Se han peleado? —pregunta mientras echa un vistazo a la habitación.

—No me casaré con él. Diablos, ni siquiera quiero volver a verlo.

Hace una pausa y fija su atención en mí.

—Simplemente necesitas dormir —dice y se vuelve hacia la puerta.

—¿Por qué quieres tanto que me case con él?

—Porque has estado con él desde siempre y te adora. Puede apoyarte en todo lo que desees.



—Puedo mantenerme sola, madre —le respondo—. Y puede que haya estado con él desde el instituto, pero ahora que he crecido, quiero algo mejor para mí. Me ha engañado. ¿Quieres que esté con alguien que no me respeta?

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que Anderson? Viene de la mejor familia del país. Todo el mundo sabe quiénes son.

—Sé que puedo hacerlo mejor. *Cualquiera* es mejor que Anderson —replico con más veneno del que pretendía. No es culpa suya. Simplemente no sabe lo horrible que es.

—Su madre te adora, y a ella no le gusta nadie —dice—. Eso me dice que son perfectos el uno para el otro.

—Estás delirando. —Niego y me dirijo a la puerta, manteniéndola abierta—. Necesito descansar. Mañana tengo trabajo.

Se apresura a pasar a mi lado mientras sale por la puerta.

—Piensa en lo que estás haciendo. Tu vida con Anderson podría ser perfecta.

Me burlo de ella y cierro la puerta cuando sale con un poco más de entusiasmo del que debería.

No. Mi vida con ese *hombre* sería una pesadilla.

De eso estoy segura al cien por cien.



Nuestra ciudad es grande, pero el pueblo en el que vivimos es pequeño. Parece que todo el mundo sabe todo de todo el mundo. La gente cotillea. Los ricos se mezclan y se lo cuentan todo, luego se lo cuentan a los demás, y nunca se acaba. Es como jugar al teléfono, chismorrear, calumniarse unos a otros: es horrible presenciarlo la mayor parte del tiempo.

Así que cuando aparece el nombre de August, me inclino más para escuchar mientras me siento frente a mi hermana en un café local la tarde siguiente.

—Quiero decir, sé que es malo. ¿Pero lo has visto? Me gustaría usar y abusar de ese cuerpo, eso seguro. —Pongo los ojos en blanco ante las palabras de la chica y Rhianna suelta una risita.

—Has estado evitando ir a casa la mayor parte de la semana —dice Rhianna, levantando su batido y llevandoselo a los labios—. Quiero decir... sabes que siempre eres bienvenida en mi casa, pero ¿no crees que ya es hora de que te busquemos tu propia casa?

—Planeaba hacer exactamente eso.

Ella enarca las cejas, sorprendida.

—¿Planeas dejar los confines de la casa de nuestros padres?

Asiento.

—Por favor, dime que no es con ese perdedor —dice poniendo los ojos en blanco.

—No. Voy a dejarlo. —Veo como los ojos de Rhianna se abren de par en par.

—¿Se lo has dicho?

Me acomodo el cabello detrás de la oreja y miro el café que se enfría.

—Lo he intentado, pero no capta la indirecta, aunque se la doy con un mazo.

—¿Quieres que finja ser tú? Seguro que puedo *hacer* que capte la indirecta.

Solía intercambiarse conmigo en la escuela cuando yo no podía con las cosas, y ella sí.

El problema con este pequeño escenario es que Anderson puede distinguírnos.

—No, tengo que hacerlo.

—Bien, de todas formas, es un capullo.

—Eso es —estoy de acuerdo.

—Mañana, entonces. Mañana buscaremos una casa para ti.

Asiento.

Las chicas de al lado vuelven a hablar de August. Me quedo callada, pero escucho atentamente.

—Está en boca de todos —dice Rhianna—. O le tienen miedo o le quieren.

—Lo vi —le digo.

—¿Dónde?

—En el supermercado. Intentaba comprar comida, pero no le servían. —Sus ojos se abren de par en par—. Se la compré, pero no le impresionó.

—¿Le compraste comida?

—Sí, no soy una zorra, Rhi —respondo, negando.

Ella levanta las manos.

—Nunca dije que lo fueras, pero estoy sorprendida. Noah dice que ha hecho muchas cosas en esa vieja casa, pero los vecinos no están contentos de que viva allí. Lllaman mucho a la policía.

Eso me entristece.

—¿Crees que alguien lo aceptará?

—Pues parece que sí. —Rhianna sonríe, llevándose el café a los labios para intentar ocultarlo, pero puedo verlo en sus ojos.

—Solo estaba siendo un ser humano decente —digo a la defensiva.

—Es sexy, mucho más que antes... —dice, cortándose.

Pero sé lo que quería decir... *que antes de ir a prisión.*

—Eso no significa que sea una buena persona, Rhi. Ahora, eso es suficiente.

Se encoge de hombros, pero mantiene una sonrisa firme en su rostro.

Y me pregunto, *¿por qué me atrae tanto August?*

Capítulo 6

August

Una semana pasa rápido, seguida de otra. Me siento solo. No he salido de casa.

Noah vino la semana pasada con algunas cosas esenciales y, desde entonces, no me he movido. Pero tengo que hacerlo, porque vuelvo a quedarme sin comida y mi reserva de dinero se reduce cada día que pasa.

Nunca he tenido un trabajo de verdad. Antes de irme, hacía lo necesario para ganar dinero. Me pagaban, y nunca pensé más allá de eso. Probablemente debería haberlo hecho.

Llaman a mi puerta y, cuando abro, sonrío. Es la primera sonrisa genuina que tengo en semanas. Paige está de pie al otro lado con una bolsa llena de pasteles en la mano, y puedo oler las deliciosas golosinas, lo que hace que se me haga la boca agua. En todas las cartas que me envió cuando estaba en la cárcel me contaba lo mucho que le gusta cocinar, y los dulces son sus favoritos. Prometí probarlos algún día en mis cartas de respuesta.

Hoy debe ser ese día.

—August —dice mi nombre con emoción.

Abro más la puerta y entra, sus ojos recorren la habitación antes de volver a mí.

—Es precioso. —Me pone la bolsa en la mano y se acerca a la mesa, pasando la mano por ella—. Las hice esta mañana para ti. Espero que te gusten las tartas. He hecho de varios tipos ya que no estaba segura de qué sabor te gustaba.

—Me gustan. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

Arruga la nariz y gira la cabeza hacia otro lado, luego procede a revisar la casa. Tomo el móvil que me dio Noah, que no he usado, y le envío un mensaje a su padre para avisarle de que está aquí.

—Quiero que conozcas a alguien... —Ella hace una pausa—. Beckham. Él también quiere conocerte. Si estás dispuesto. —Puedo ver la esperanza en sus ojos al mencionar su nombre.

—¿Es tu novio?

—Sí. Le amo. Es bueno conmigo. Muy bueno. —Su sonrisa es tan grande que sus ojos centellean por la emoción que siente.

¿Quién soy yo para derribar eso?

—Solo tienes dieciséis años, Paige. No te ates a una sola persona.

—Nuestra madre tenía dieciséis años cuando te tuvo.

—Y mira qué bien ha salido —digo con sarcasmo.

—Creo que has salido muy bien, August. —Es la primera vez que alguien me dice eso como si no fuera una gran decepción.

Me acerco y le acaricio la cabeza antes de entrar en la cocina y abrir la bolsa. El olor me golpea de inmediato y se me hace la boca agua al pensar en comer los deliciosos manjares que tengo delante. Miro a Paige.

—¿Me los puedo comer todos? —pregunto, esperanzado.

Paige suelta una risita.

—Por supuesto. Los hice para ti.

Me meto uno en la boca y al instante me arrepiento de no haber comido lo suficiente en los últimos días porque sé que este paquete de delicias se habrá acabado antes de que ella se vaya.

—Puedo hacerte más. También horneo cosas saladas. Beckham las prefiere.

—Si tú lo cocinas, yo me lo como. —Le guiño un ojo mientras me meto en la boca una tarta de arándanos. Se acerca al salón, que está frente a la cocina abierta, y se sienta, agarrando el mando a distancia. Lo enciende y sigue cambiando de canal.

—¿Dónde está tu Netflix? —pregunta, mirándome por encima del respaldo del sofá.

—No tengo.

Paige jadea y niega.

—¿Qué ves entonces?

Me encojo de hombros.

—Nada.

—¿No ves la tele? —pregunta, claramente sorprendida.

—No. Trabajo en la casa y luego me desmayo.

Al oír que llaman a la puerta principal, me como el último pastelillo mientras me dirijo a abrir. Glenn está allí de pie, con las manos en el pantalón que sujeta su pistola, y va vestido con el uniforme completo.

Había olvidado que es policía. Bueno, casi.

Doy un paso atrás y abro más la puerta. Glenn entra y me hace una seña con la cabeza antes de ver a Paige sentada en el sofá, intentando ver los canales de la televisión.

—Paige.

Se vuelve al oír la voz de su padre y entrecierra los ojos al mirarle a él y luego a mí.

—¿Le dijiste que estaba aquí? —pregunta.

—Sabes que tienes que pedir permiso.

Paige se levanta del sofá y alza las manos.

—Es mi hermano. —Su voz se eleva cuando las palabras salen de su boca—. Se me debería permitir verlo siempre que quiera.

Oigo suspirar a Glenn.

—Ve al frente mientras hablo con August un momento, por favor.

Ella resopla, pero hace lo que le dice, refunfuñando mientras se marcha.

Glenn me mira de arriba abajo. Supongo que podría ser intimidante para algunos, pero he tratado con gente mucho más aterradora que este hombre antes.

—Está claro que va a seguir visitándote.

Asiento porque ambos lo sabemos.

Se rasca la cabeza y luego mira fuera de la puerta, donde ella está esperando junto a su auto de policía.

—Dos tardes a la semana. Si viene más que eso, tienes que avisarme. ¿Puedo confiar en que estará segura aquí, August?

—Estará a salvo. Te doy mi palabra. —Se da la vuelta y llama a Paige, que vuelve a la puerta con gesto hosco.

—Dos días entre semana después de clase. No tientes a la suerte —le dice Glenn a Paige.

Sonríe ampliamente y rodea la cintura de su padre con los brazos.

—Gracias, papá. —Le sonrío.

Glenn me evalúa sin dejar de agarrar la mano a su hija. Me alegra ver que sabe lo que es que te quieran, algo que yo nunca he tenido.

—Tiene que irse antes de la cena. —Asiento a sus palabras.

Glenn se va, y Paige se queda hasta cerca de las seis.



Paige viene al día siguiente, trayendo más comida, por lo que estoy agradecido. Y ese es su límite para esa semana. Pero la semana siguiente, cuando viene, me pide que conozca a Beckham. Incluso me dijo lo que debía ponerme. ¿Y quién demonios soy yo para discutir con una adolescente?

Nos dirigimos a la cafetería local donde ha quedado con nosotros. Cuando entramos, le reconozco enseguida, solo porque Paige chilla a mi lado mientras corre hacia él. Él la abraza y luego tira de ella hacia atrás, ofreciéndome la mano mientras Paige se agarra a él.

—August, soy Beckham. Encantado de conocerte. —Asiento, apreciando lo agradables que son sus modales. Yo, en cambio, no habría sido como él a esa edad. Me acostaba con ellas y luego las dejaba. Era más fácil.

No hay añadidos.

Sin problemas.

Sin dramas.

Beckham retrocede cuando asiento, y veo que también ha traído a alguien con él. Detrás de él, sentada a la mesa, hay una niña rica.

Sonrío y saco la silla de enfrente.

—Niña rica.

—Idiota —replica, lo que hace que mi boca se eleve más por su descaro.

—¿Se conocen? —pregunta Paige.

—Nos conocemos desde hace mucho. Pero ¿de qué la conoce tu novio?

—Es mi hermano —dice Rylee, claramente confusa, y niega.

—¿Estás saliendo con un Harley? —le pregunto a Paige, y luego miro a Beckham. Se encoge de hombros. Me vuelvo hacia Rylee—. ¿Qué opinan tus padres? ¿Su hijo saliendo con una chica que no es rica?

Rylee simplemente se burla antes de girar la cabeza hacia otro lado.

—¿Qué tal si van por unos batidos *mientras* charlamos?

Beckham vuelve la cabeza hacia su hermana, con la preocupación grabada en el rostro, y luego gira hacia mí. Lo miro fijamente, esperando que hable. Paige tira de él y se alejan.

—¿Tenemos que hablar? —le pregunto, reclinándome en la silla.

—No seas idiota delante de mi hermano. Es un buen chico y ama a tu hermana, idiota.

—Oh, así que sí tiene nervio. Si es así, ¿por qué mamá te dice con quién puedes salir?

Sí, todo el pueblo ha oído los rumores. Las chicas Harley tienen altos estándares, y solo una de ellas los ha cumplido hasta hace poco. Rhianna está con Noah, y no estoy seguro de que puedas hacerlo mejor que él.

Anderson es la escoria bajo mis pies, y ahí es donde tiene que quedarse.

—Mamá no me dice con quién tengo que salir, idiota.



—Entonces, ¿no estás saliendo con Anderson porque mamá quiere que lo hagas? —Mis manos se posan frente a mí. Las abro y sus ojos se posan en ellas antes de mirarme.

—Salgo con Anderson porque quiero —dice con tono venenoso.

—Oh, vaya, elegiste salir con ese idiota. Bueno, supongo que, si lo elegiste, entonces está bien, ¿no? Sabes que te engaña. —Se retuerce en su silla, y es como si la hubiera abofeteado. Con fuerza. Pero lo sabe. Todos lo sabemos. Sin embargo, ¿por qué sigue con él? Quién sabe.

Antes que pueda decir una palabra más, su hermano se acerca a la silla de al lado y se sienta. Paige hace lo mismo, y yo sonrío al ver cómo Rylee se incomoda en su asiento, y siento un gran placer al hacerlo.

Capítulo 7

Rylee

August se sienta frente a mí, arrogante y condenadamente guapo. Odio que sea tan atractivo. Lo detesto. Porque cuando me habla, me entran mariposas en el estómago y no consigo dominarlas, ni siquiera cuando se comporta como un imbécil.

Y eso cada vez que lo he visto.

Vuelve a sentarse en su silla, Paige a su lado con una amplia sonrisa. Beckham mira de Paige a August. Puedo sentir que se siente intimidado por él. August puede ser intimidante, pero estoy empezando a ver grietas en su duro exterior. Especialmente con la forma en que trata a Paige. Él la respeta y la ama. Al igual que Beckham.

—¿Cuánto tiempo llevan saliendo? —pregunta August. Me siento hacia delante y sonrío—. Tú no, niña rica. Todos sabemos que tú y ese perdedor han estado juntos mucho más allá de su fecha de caducidad.

Beckham se ríe a mi lado y le doy un codazo.

Beckham está totalmente de acuerdo con su afirmación.

—No iba a mencionar mi relación, pero ya que pareces tan interesado en ella, ¿qué más te gustaría saber?

—Chicos —dice Paige, mirando entre nosotros.

August la ignora y se inclina hacia delante. Puedo oler la menta en su aliento, y sus manos fuertes y callosas se interponen entre nosotros. Sorprendentemente, están limpias.

Tengo que hacer todo lo posible para no mirarlas mientras imagino esas manos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Por qué te quedas? Quiero decir, tienes una mente propia, y por lo que he oído, Anderson no es tan bueno en la cama. —August sonrío. Tiene la audacia de hacerlo.

Intento contener mi expresión. Pero es difícil no ponerle mi rostro de enfado.

—Sabes cómo se comporta en la cama. Interesante. Realmente nunca pensé que te preocuparías por otro hombre. A menos que... ya sabes, la cárcel te haya cambiado... —respondo, inclinándome hacia él también.

Ja, toma eso, imbécil.

Me mira las manos y vuelve a levantármelas.

—Oh, no, en absoluto. El placer de una mujer sigue siendo lo que anhelo. ¿Te gustaría apaciguarme?

—Chicos —dice Paige de nuevo—. Esto es incómodo como el infierno. Beckham y yo vamos a tomar un helado. —Se ponen de pie, y ninguno de nosotros gira la cabeza. Nuestros ojos están clavados en el otro.

—¿No contestas, niña rica? ¿No quieres ensuciar las manos con un hombre que no depende del dinero de papá y mamá? —se burla. Se sienta, satisfecho con su respuesta, y cruza los brazos sobre el pecho con una sonrisa gigantesca.

—Me interesa... mucho. ¿Por qué no vienes aquí y me besas? —Tan pronto como las palabras salen de mi boca, me congelo. Porque el shock y luego una sonrisa socarrona son lo que asoma por el rostro de August. Fue simplemente un vómito de palabras, y me salió porque pensé que él es como Anderson y se limitaría a sacudir la cabeza y reírse de mí.

Pero fue un error.

August y Anderson no se parecen en *nada*.

En absoluto.

August se levanta, empuja la silla hacia atrás con tanta fuerza que se vuelca y camina hacia el asiento que mi hermano dejó libre no hace mucho. Veo cómo sus fuertes manos agarran la silla y tiran de ella. Luego sienta el trasero en ella.

Joder. ¿Qué he empezado?

Ni siquiera puedo correr.

¿Pero quiero hacerlo?

La respuesta es sencilla: un no rotundo.

Me encantaría saber cómo besa August. Si los rumores sobre él cuando éramos pequeños eran ciertos, estaba en boca de muchas mujeres, incluso en la mía. Y eso solo de verlo de lejos.

—Última oportunidad de echarte atrás, niña rica. —Se inclina hacia mí y sus vibrantes ojos verdes pasan de mis labios a mis ojos y luego otra vez. Respiro hondo y consigo enarcar las cejas. Apenas oigo a la gente que habla a nuestro alrededor. El ruido parece desvanecerse cuando le miro fijamente.

¿Cómo puedo verlo solo a él cuando llevo tanto tiempo perdida en mí misma?

—Tu novio podría ponerse celoso —susurra, mientras se inclina hacia mí. Prácticamente puedo saborearlo en mis labios, ese olor a menta asalta mi nariz—. Y debo advertirte que puede que *no* pare. —De nuevo, sus ojos se clavan en mis labios y empiezo a cerrar los ojos cuando se inclina más hacia mí—. Soy un muerto de hambre, niña rica, así que será mejor que corras antes de que lo pruebe.

Ninguna de sus palabras se registra.

Ninguna.

Ni una.

Me siento a esperar, preguntándome si esos labios tan carnosos, que cuentan historias, que me insultan, me marcarán en cualquier momento.

—August.

—Hmm —responde, claramente sin prestar atención a mis palabras ahora.

Siento su primer roce, y no soy lo bastante rápida para recuperar el aliento cuando me toca.

Fue un error.

Porque cuando respiro, le inspiro a él, y creo que me he vuelto adicta en un solo segundo.

Así de celestial.

—¡Dios mío! —Oigo el chillido antes de que su lengua se encuentre con la mía, y ambos nos apartamos al mismo tiempo.

—Rylee. —Me giro para ver a mi hermano mirándome fijamente. Ni siquiera me molesto en mirar a August. Estoy atascada en el hecho de que mis labios están palpitando de necesidad por él.

¿Se puede amar medio besando a alguien?

Porque creo que me encanta medio besar a August.

Me pongo de pie, empujando mi silla hacia atrás.

—Necesito irme. ¿Quieres que te lleve? —le pregunto a Beckham.

Beckham dirige su atención a Paige, se inclina y le besa la mejilla antes de asentir y marcharse. Miro a August, que me observa con los ojos entrecerrados.

Como si intentara hacerme pensar.

Veneno, eso es lo que es.

Mi hermoso veneno.

Y debo mantenerme alejada.

Los hombres como él no son adecuados para mujeres como yo.

Pero tampoco lo es Anderson.

Beckham se queda callado todo el trayecto hasta que llegamos a la puerta de casa. Nos sentamos en silencio y nos quedamos mirando la gran monstruosidad blanca.

—Tienes que romper con Anderson —dice Beckham—. No porque hayas besado a otro hombre, sino porque Anderson te ha puesto las manos



encima. Y si no haces algo pronto, la próxima vez que lo haga, entraré en tu habitación con mi bate y le partiré la maldita cabeza, y no podrás detenerme. —Sus palabras me dejan con la boca abierta. Miro a Beckham mientras sale del auto y corre hacia la puerta. Es más alto que yo, el rey de su instituto, y ahora casi un hombre.

¿Cuándo creció?

¿Cómo no me di cuenta de que ya no es mi hermanito, sino un jovencito?

Agarro el teléfono y busco el número de Anderson. Suena dos veces antes de que conteste.

—Nena, ¿qué pasa? —dice despreocupadamente.

Aprieto los dientes mientras le respondo:

—Cenemos esta noche. En tu restaurante favorito.

—Umm, claro. ¿Qué ha provocado esto? Apenas has querido verme.

—Nos vemos allí —le digo.

Acepta y cuelga.

Respiro hondo, sabiendo que lo que voy a hacer probablemente será duro, pero espero que el escenario adecuado alivie el conflicto.

Ojalá.



Me siento en mi asiento como la posesión perfecta.

Sí, eso es todo lo que soy para él.

Nada más que una propiedad de la que puede usar y abusar.

Tengo las piernas cruzadas y los codos sin tocar la mesa mientras espero a que llegue.

Llega tarde. Claro que sí.

Reviso mi teléfono mientras el camarero vuelve en sí y me ofrece una copa.

—Vino, por favor. —Asiente y se va, probablemente compadeciéndose de mí.

Ja, no te preocupes, yo lo siento por mí.

No hay mensajes ni llamadas perdidas. Ya van treinta minutos y me muero de hambre.

Al pulsar *Llamar* Anderson contesta y oigo la música de fondo.

—¿Dónde estás?

—En casa de Larry, ¿por qué? ¿Qué pasa, nena?



—¿Estás de broma?

Esto no va según lo planeado.

Necesito acabar con esto.

¿Por qué lo hace tan difícil?

—Teníamos planes para cenar —resoplo al teléfono.

Se calla, pero la música suena de fondo.

—Oh, sí, se me debe haber olvidado. ¿Qué tal mañana por la noche?

Le cuelgo, y la ferocidad con la que lo hago casi me arranca el teléfono de la mano. ¡Que le jodan!

Suena mi teléfono y contesto sin comprobarlo.

—¿Qué? —gruño al teléfono.

—¡Bueno, joder! Estás loca. —Me quito el teléfono de la oreja. Es un número que no reconozco.

—¿Quién es?

—August. —Su voz es ronca cuando habla.

—¿Por qué llamas a mi teléfono? ¿Y cómo has conseguido el número?

—pregunto mientras llega mi vino. Agarro la copa y me la bebo de un trago. Lástima que esté conduciendo, si no me habría pedido la botella entera.

—Paige lo consiguió de Beckham. Mira... eso no volverá a pasar. —Hace un sonido gutural.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Llega el camarero y me pregunta si quiero pedir algo.

—¿Dónde estás?

—En un restaurante —le digo, y se queda callado.

—¿Estás ahí sola?

—Bueno, ese *no era* el plan.

—Entonces, eso es un sí —responde—. ¿Tienen ostras? Tráeme algunas.

Toso.

—Tengo hambre, y seguro que tú también. Así que trae algo de cenar a mi casa, niña rica, y te haré compañía. —Cuelga.

Mi cabeza se vuelve hacia el camarero y pido. Luego pido para August y que todo sea para llevar.

¿Qué demonios estoy haciendo? Algo jodidamente estúpido, de eso estoy segura.



Cuando llego, está en la puerta desnudo de cintura para arriba. Está oscuro, pero la luz del porche está encendida y cuelgan unas plantas del techo. Me mira, se limpia las manos en el vaquero que le cuelga peligrosamente de las caderas y se apoya en el lateral de la casa.

Me mira sentada en el auto, sin moverse.

Tengo que convencerme para salir del auto.

Cuando vuelvo a mirar, no se ha movido, una mano sujeta su cuerpo en la pared mientras la otra cuelga a su lado.

Tomo la comida y salgo. Mis tacones están por las nubes, lo que me hace tan alta como él mientras avanzo a grandes zancadas. Unos ojos verdes me miran fijamente cuando me detengo en el último escalón. Es una casa grande de dos plantas y, por lo que recuerdo, no tenía este aspecto. Estaba destartalada y hacía años que nadie vivía en ella. Ahora, tiene una mano de pintura fresca y podría pasar por una casa de mi barrio.

—¡Vaya! Le has hecho mucho a este viejo lugar. Me encanta.

—Sí, el porche es probablemente mi parte favorita de la casa. Tenía algunos problemas, pero nada que una mano de pintura y unos clavos no pudieran arreglar.

—Es increíble.

—Eso huele bien —afirma August.

—Así es —respondo y niego ante mis palabras.

August se ríe y agarra la comida, acercando peligrosamente su pecho desnudo a mi brazo.

—Tú también hueles bien, niña rica —me susurra cerca del oído, y luego se da la vuelta, llevándose la comida con él mientras entra por la puerta abierta. Me tomo un momento para pasar la mano por mi suave vestido rosa y subo las escaleras siguiéndole. Cierro la puerta y miro a mi alrededor. La casa es bonita. No tiene mucho, pero está limpio. Puedo oler el aroma de la pintura fresca por todas partes.

—Esto tiene muy buena pinta —digo, con la cabeza girando en todas direcciones, comprobando su obra.

Hay un único sofá de tres plazas frente al televisor.

—Nada comparado con lo que estás acostumbrada, seguro. —Pongo los ojos en blanco ante su comentario mientras me dirijo a la cocina. Cuando veo los pasteles, que sé que son de Paige, sonrío ampliamente.

—Es una buena cocinera, esa hermana tuya.

August saca el filete y la salsa, desliza el dedo por la salsa y se lo chupa. Me mira mientras lo hace.

—No he comido un filete en años, no uno tan bueno, de todos modos.

—Me imaginaba que querrías algo más que ostras —le respondo mientras abre el recipiente lleno de ostras.

—¿Dos filetes? —pregunta mientras comprueba el tercer recipiente.

Lo agarro.

—Es mío —digo, lo que le hace reír.

—¿No hay ensalada? —se burla.

—Me gusta el filete. —Busco un cuchillo y un tenedor, abro un cajón y encuentro los utensilios. Tomo dos y le doy los suyos mientras él me tiende un plato.

—Me gustan los coños, ¿y a ti?

Toso, recuperando el aliento. Le quito el plato de la mano y, cuando levanto la vista, sus cejas están levantadas y sus ojos bailan con picardía.

—Normalmente, es la polla la que se desliza en mi boca. No puedo decir que haya tenido el placer de un coño, todavía. —Deslizo el jugoso filete en mi plato, y cuando consigo levantar la vista, parece que lo tengo congelado en su posición.

Es como si intentara hacerme trabajar.

—No hablas con otros hombres de esta manera, ¿verdad?

Le guiño un ojo.

—No, parece que mi boca sucia solo llega por ti.

—Estoy seguro de que eso no es todo lo que podría hacer llegar —susurra, pero sabe que le oigo porque me mira fijamente mientras se lleva una ostra a la boca y la chupa de la concha, sin romper nunca el contacto visual.

Desvío la mirada y tomo asiento en su sofá.

Mi ropa interior puede estar ligeramente mojada.

Y mi corazón late erráticamente.

Pero sorprendentemente es lo más cómoda que he estado en mucho tiempo.



Capítulo 8

August

No parece molestarle que mi casa no sea un palacio, que sé que es a lo que está acostumbrada. Rylee está acostumbrada a las cosas buenas de la vida. Creo que nunca ha tenido que vivir sin ellas. Sus padres no solo son unas de las personas más ricas de esta ciudad, sino del país, y ella trabaja para ellos. Rhianna, sin embargo, es feliz trabajando en una cafetería. Son como la tiza y el queso.

Rylee trabaja en la empresa de contabilidad de su padre, eso he oído, y también he oído que es buena.

Me acerco a ella, llevo mi propia comida y dos cervezas. Le pongo una delante y, para mi sorpresa, la toma, le quita el tapón y se la lleva a los labios.

—¿No ves mucho la tele? —me pregunta después de beber un sorbo y dejar la botella. Corta el filete con mi cuchillo y se lleva un trozo a la boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque el mando no está aquí, a menos que esté ciega. —Mira a su alrededor antes de que sus ojos oscuros vuelvan a posarse en mí.

—No, no, no lo sé. Paige probablemente se lleve la cosa con ella por lo que sé.

—Lo haría. —Rylee suelta una risita y el sonido es agradable.

—Dime, niña rica, ¿por qué estás tan arreglada? ¿Pensabas cenar sola? —pregunto, y luego muerdo mi filete. Realmente es un jodido buen filete. El mejor que he comido nunca.

—Tenía una cita con Anderson.

—Ohhh, Anderson —digo, resistiendo el impulso de llamarle como realmente es.

Maldita escoria.

—Sí, pero los planes cambiaron. —No parece decepcionada por ese hecho.

—Ahora tienes mejor compañía —le digo, tomando el último trozo de su filete y llevándomelo a la boca.

Abre sus labios rosados para refirme y luego niega.

—¿Puedes ponerte una camiseta? —Sus ojos recorren mi cuerpo, y me gusta.

—¿Por qué? —pregunto, tragando el último bocado y dejando el plato a mi lado.

—Porque tienes un invitado. —Su rostro se sonroja.

—¿Y? —respondo, burlándome de ella—. Esta es mi casa.

Resopla y se levanta. Me quita el plato y se lleva los dos a la cocina. La oigo limpiarlos en el fregadero y me sorprende que sepa hacerlo. De pie, la veo ensimismada, con la cabeza gacha y los labios fruncidos, mientras lava círculos en el mismo plato una y otra vez.

—¿Por qué cambiaron tus planes con Anderson? —le pregunto, de pie al otro lado del mostrador. No me ha oído acercarme. Está así de absorta en lo que hace.

Cuando levanta la vista, sus ojos, oscuros como el cielo nocturno, me miran fijamente. Una parte de mí me dice que debería apartar la mirada, que lo que veo en esos ojos oscuros no tira de cada fibra de mi ser hacia ella.

Pero no puedo.

Me quedo mirándola. Esperando a que me responda.

—No apareció —declara encogiéndose de hombros.

—Te dije que era un idiota.

—Eso ya lo sé —me suelta.

—¿Para qué era la cena? ¿Una ocasión especial?

Saca el plato del fregadero y lo pone en el escurridor. Y cuando contesta, no se molesta en comprobar mi reacción.

—Estoy intentando romper, pero no me deja.

Vale, *no* me lo esperaba.

Así que me alegro de que no pueda ver la sorpresa en mi rostro.

—¿No amas a Anderson?

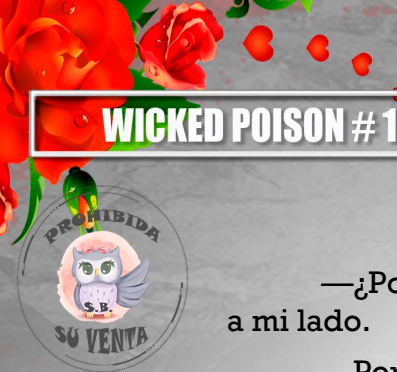
Ahora sus ojos brillan, una sola lágrima resbala por su mejilla, pero la ignora y actúa como si no acabara de caer mientras me mira fijamente.

—Pensé que lo había hecho... una vez. —Su voz está llena de una dulce tristeza.

—De todas formas, eres mejor que él —le digo. Esto lo sé por una simple conversación. Cómo consiguió una chica como Rylee, nunca lo sabré.

Tengo la sensación de que es mejor que la mayoría de los hombres de esta ciudad.

Incluso que yo.



Pero soy un egoísta, y aunque debería decirle que se vaya, no solo porque tiene novio, al que claramente quiere dejar, sino porque mirarla fijamente es mi nueva cosa favorita que hacer.

La curva de su rostro es casi como un corazón, sus labios rosados, sabe a algodón de azúcar, y sus ojos, oscuros como tus pesadillas.

—Solo lo dices porque te he traído comida. —Sonríe, la lágrima cae al agua mientras cierra el grifo.

—Sí. Puedes darme de comer cuando quieras, nena —digo dándome golpecitos en el estómago. Sus ojos se posan en él y sus mejillas vuelven a sonrosarse.

Me gusta mucho.

—¿Qué tal si me enseñas el lugar? Seguro que has hecho más. Es muy bonito. —No miente cuando lo dice. Ella realmente piensa que mi casa es hermosa. No sé cómo puede decir eso, pero simplemente puede.

Nadie ha dicho nunca que algo de lo que he hecho sea bonito.

Nunca.

Me paso una mano por el cabello y sonrío.

—¿Quieres ver el dormitorio? —Espero su respuesta.

Frunce los labios y asiente.

—Me gustaría verlo todo. Me encantan las casas antiguas. Tienen mucho carácter. —Lo dice con entusiasmo.

Rylee se limpia las manos en el vestido y me sigue cuando me doy la vuelta y me dirijo a las escaleras. Subo los peldaños despacio, y el ruido de sus tacones es el único indicador de que viene detrás de mí. Abro el dormitorio donde duermo y me hago a un lado para que pueda entrar.

—Huele a ti —dice mientras entra en mis dominios. Vuelve la cabeza hacia mí por encima del hombro y sonrío, luego gira hacia atrás—. Parece que te gusta el color marrón —comenta, observando mis suelos manchados de oscuro, junto con una cama que hice de cero la semana pasada y que está cubierta solo con una sábana blanca lisa. Es lo único que hay en la habitación. No he tenido dinero para derrochar en ropa de cama, y no necesito mucha. Cuando vendí la cama de mi abuela, gané algo de dinero y compré un colchón.

Detrás de la cama hay una pared de madera que he creado yo. Se acerca y la recorre con la mano.

—Nunca había visto nada igual. Hasta la cama hace juego. —Se vuelve hacia mí—. ¿Tú construiste todo esto?

—Sí.

—¡Vaya! Eso sí que es talento, Auggie.

Arrugo la nariz ante el nombre que ha utilizado.

—Me llamo August.

—Oh, lo sé, pero prefiero Auggie, suena... —levanta la vista, una sonrisa traviesa jugueteando en sus labios—. Mono.

Niego. *Qué mono.* Esa no es una palabra para describirme.

Los dos nos quedamos callados mientras nos miramos fijamente. Ella se pasa la mano por el brazo, un gesto de que tiene frío, antes de volver a hablar.

—Debería irme. Mañana tengo que trabajar.

—Deberías —le respondo. Ella asiente y va a pasar a mi lado, pero no me muevo. La mitad de mi cuerpo bloquea la puerta. Rylee suelta un suspiro cuando nuestros cuerpos se tocan, y yo alzo la mano por instinto para tocarla, el mismo brazo por el que ha pasado los dedos antes, así que hago lo mismo.

—Debería... —No termina la frase cuando vuelvo a subirle los dedos por el brazo hasta el pliegue del codo. Se le pone la piel de gallina cuando mis dedos rozan ligeramente su vientre.

—Deberías —le respondo.

Se inclina un poco hacia mí y yo abro la boca cuando ella lo hace. Sé lo que quiere.

—Nos vemos, niña rica —le digo, apartando la mano y dando un paso atrás para que pueda irse. Solo tarda un momento en darse cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir antes de bajar las escaleras y oigo cómo se cierra la puerta principal y arranca su auto.



—Ha sido raro —dice Paige al entrar en mi casa al día siguiente después de clase. Tira la mochila al suelo, entra en la cocina y se pone a hornear. Le compré algunos productos básicos que me pidió y el resto los trajo hace unas semanas.

—¿Qué? —digo mientras me lavo las manos. Me hace ayudar, pero solo con las cosas pequeñas.

—No te hagas el tonto. —Pone los ojos en blanco. Me rio y niego, pasándole la batidora. Lllaman a la puerta y Paige es la primera en abrir. Saco la bandeja de magdalenas y la dejo en la encimera.

Está callada. No oigo ninguna voz.

Se me eriza el vello de la nuca cuando me dirijo a la puerta principal.

Paige está de pie sonriendo a Josh.

Josh, la escoria de la maldita tierra.

—Paige, vuelve a la cocina. —Se vuelve hacia mí, su sonrisa se desvanece, pero hace lo que le digo. Cuando se ha ido, me acerco a él y salgo, cerrando la puerta tras de mí.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le pregunto. Abre la boca y los labios se le vuelven hacia arriba.

Es falso, como él. Sus brackets de plata se asientan sobre sus dientes inferiores, y los lame.

—¿Así se saluda a un viejo amigo? —se atreve a preguntar el muy bastardo.

—Vete a la mierda —gruño, inclinándome hacia él—. Y si alguna vez vuelves, te mataré.

—Bueno, bueno, bueno, chico August. —Siempre me ha llamado así. Es solo diez años mayor que yo, pero actúa como si yo fuera un estúpido adolescente.

Equivocado.

Trabajé para Josh en las calles, vendiendo, entrando en sitios para él. Me pagaba bien, hasta el último trabajo que me echó para siempre.

Era un trabajo que debía ser fácil.

Pero cuando llegué y vi a dos de sus otros hombres allí, me acobardé. Me llamaron maricón y me apuntaron con una pistola, diciéndome que no tenía elección.

Robo.

Al final, fue una trampa.

Irrumpieron en la tienda, me llevaron a la cámara frigorífica y me encerraron allí, destrozando el local y llevándose todo lo que pudieron.

Me encontraron en la cámara frigorífica con una pistola en el suelo a mi lado.

Los hijos de puta habían llamado a la policía.

Esos bastardos me tendieron una trampa.

Josh lo niega todo hasta el día de hoy.

En el tribunal, dijeron al juez que fui yo quien les apuntó con una pistola y les obligó a hacerlo.

Consiguieron la libertad condicional.

Conseguí prisión.

Resulta que robaron mucho dinero y la tienda era propiedad de un funcionario del gobierno.

Solo mi maldita suerte.



—No soy tu chico, Josh —le espeto—. Ahora vete, *joder*.

—¿Esa es tu hermanita? —Asiente—. Es una cosita muy linda —dice con esa maldita sonrisa malvada suya.

—No estoy bromeando, Josh. —Me acerco más—. No vuelvas por aquí ni te acerques a ella.

—Tu madre me pidió que viniera —dice, esa horrible sonrisa nunca abandona su maldito y feo rostro—. Me dijo que te dijera que quiere que vayas de visita.

Las drogas y el alcohol la jodieron muy pronto, cuando yo era niño. Así es como conocí a Josh para empezar. Trabajé para él para pagar su deuda, entonces me ofreció más dinero del que podía rechazar. Es duro cuando eres adolescente y no tienes nada y alguien te ofrece algo por trabajos que sabes que están mal, pero necesitas comida.

Y necesitaba comida.

Me doy la vuelta y agarro el bate que guardo junto a la puerta. Me giro y veo que ya no está en el porche. Ahora está de pie cerca de su auto, con la mano en alto.

—Nos vemos, August.

Capítulo 9

Rylee

Anderson me ignora toda la semana. Me llama y me manda mensajes, pero ni una sola vez hace un esfuerzo por venir a verme. Así que cuando llega el viernes, sé que tengo que ir a verle porque está claro que él no va a hacerlo.

Aparco donde sé que está, en una fiesta, como de costumbre, y entro con la gente mirándome. Voy vestida con mi ropa de trabajo porque no me he molestado en parar en casa para cambiarme. Tengo que hacerlo ahora, o me temo que nunca sucederá.

Uno de los amigos de Anderson me ve primero. Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta de que estoy aquí porque nunca vengo a estas cosas. Emborracharme todos los fines de semana no me interesa. A veces hay que madurar, y está claro que Anderson no sabe cómo hacerlo.

—Hola, Blade —le digo mientras miro a mi alrededor en busca de Anderson. Entonces veo al hijo de puta saliendo con una chica a su lado. Sus ojos me miran y se desorbitan antes de avanzar hacia mí. Me lleva la mano a la cintura y tira de mí hacia la puerta principal, lejos de todo el mundo.

Voy porque necesito hablar con él.

Su mano me aprieta el brazo y me la quito de encima cuando salimos.

Levanto la vista y retrocedo un paso.

—Tienes algo justo ahí. —Me doy un golpecito en un lado de la boca—. Pentalabios. —Sonrí—. Muchas gracias por hacer esto más fácil. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Les diré a mis padres que lo he cancelado. Esto... —Hago un gesto entre nosotros—. Se acabó. —Veo cómo asimila mis palabras. Su rostro pasa de la confusión a la sorpresa y, finalmente, al enfado. Tiene las cejas arqueadas y los labios fruncidos mientras me mira con ojos furiosos.

—No puedes hacer eso.

—Sí, puedo. —Vuelvo a dar un paso atrás.

Se abre la puerta principal y sale una chica. Se lleva la mano al vientre. Es la misma chica que estaba a su lado cuando llegué.

—Tu nuevo sabor del mes te está buscando —le digo, fulminándole con la mirada.

Da un paso adelante, vuelve a agarrarme del brazo y me lo aprieta con fuerza.

—Rylee, no puedes elegir. ¿No te has dado cuenta desde la primera vez que te engañé? Es un evento semanal. No actúes como si ahora te afectara —gruñe mientras sus dedos se clavan más en mi brazo. Sé que me va a salir un moratón, y tendré que esconderlos.

—Quita... —digo en voz baja—. Quítame las manos *de encima*. —Levanto la voz para decir esto último—. Antes de que grite —digo cuando no las suelta.

Finalmente, lo hace, y yo doy un paso atrás.

—Rylee, no puedes escapar de mí. Estamos destinados.

—¡Y una mierda! Ahora pierde mi número —digo mientras me alejo corriendo y me meto en mi auto, mirando solo una vez hacia atrás para ver si me sigue. Por suerte, la otra chica lo mantiene ocupado.

Mientras conduzco, me tiemblan las manos en el volante. En cuanto veo un estacionamiento, me paro para que mis manos temblorosas y mi corazón palpitante descansen.

Mi teléfono empieza a sonar, pero lo ignoro. Apretando las manos, intento detener el temblor que se apodera de todo mi cuerpo por lo que acabo de hacer.

Acabo de poner fin a algo que ha formado parte de mi vida desde el instituto.

Ya era hora, pero eso no facilita las cosas.

Es difícil.

Pero necesario.

Anderson, a pesar de ser el capullo tramposo que es, y el idiota abusivo en el que se ha convertido, estuvo ahí para mí durante muchos años. Sí, puede haber mostrado simpatía en momentos de necesidad por su propia agenda, pero estaba allí para mí.

Una parte de mí le amaba. Por eso me quedé tanto tiempo cuando debería haberme ido hace años.

Mi teléfono vuelve a sonar y, cuando lo agarro para comprobarlo, veo que es mi hermana.

—Ry, Dios, ¿dónde estás?

—Conduciendo.

—Bien, bueno, conduce tu trasero hasta aquí, ¿quieres?

Es a donde iba de todas formas, ya que mi casa no es una opción ahora mismo. Y Anderson no se atrevería a acercarse a mí cerca de Rhianna. Él sabe que ella *no* va a tomar su mierda.



Consigo recuperar el aliento y detener el temblor de mis manos, conduzco hasta casa de Rhianna y la veo ya en la puerta principal. Tiene las manos cruzadas y está en pijama mientras me espera.

Cierro la puerta del auto y me dirijo hacia ella.

—Anderson intentó llamarme. Y todos sabemos que la única razón por la que lo haría es porque finalmente rompiste con él —dice con una sonrisa gigantesca—. Me alegro. Me alegro mucho por ti, Ry.

Me froto la mano por el brazo donde me agarró. Me duele mucho.

—Ya era hora.

—Sí, mucho. Ahora ven... vamos a echar a Noah de mi cama y me cuentas cómo te ha ido la semana. —Engancha su brazo con el mío mientras entramos.

—No puedo echar a tu novio de tu cama. Dormiré en el sofá —digo en voz baja para no despertar a Noah.

—No, no le importará. Y él sabe que siempre estás primero, Ry, no importa qué. ¿Lo entiendes?

La puerta de su habitación se abre y Noah sale corriendo vestido solo con calzoncillos, frotándose los ojos al vernos.

Tras mirar directamente a Rhianna, dice:

—Me quedo con el sofá. —Vemos cómo vuelve a entrar, agarra una almohada y se tumba en el sofá sin dudarlo.

—Te lo dije —dice mientras me lleva a su habitación. Es donde duermo cuando me quedo. Compartimos cama durante casi toda nuestra infancia. Aunque teníamos las nuestras propias, de una forma u otra siempre acabábamos en la cama juntas. No fue hasta que empecé a salir con Anderson que cambió, y Rhianna se mudó. Entonces empecé a ir a su casa cuando todo era demasiado.

Me quito la rebeca y los zapatos de una patada antes de meterme en la cama con ella.

—Tienes un moratón —dice Rhianna, tocándome suavemente el brazo. Cuando lo compruebo, está rojo, y empieza a salir un morado claro—. Entonces, ¿no fue bien?

—Mejor de lo que pensaba.

Si soy sincera, esperaba salir con algo peor que un brazo dolorido y magullado. Pero ella no necesita saber eso.

—Le odio —dice, se tumba boca arriba y se queda mirando al techo—. Si pudiera, pondría veneno para ratas en el café de ese bastardo y lo mataría. —Trabaja en una cafetería y sueña con todas las formas de matar a Anderson, y a lo largo de los años se le han ocurrido algunas.

Me río.

—Haré como que no he oído eso —dice Noah desde el salón.

Las dos nos reímos a carcajadas, sabiendo muy bien que él es abogado y que, si a ella la juzgaran por asesinato, la sacaría libre. Es así de bueno.

—Cállate o te lo echaré en el café de la mañana —responde a Noah, haciéndole gemir. Él sabe que ella nunca haría eso. Nunca había visto a mi hermana tan enamorada.

Y eligió a uno estupendo del que quedar prendada, eso seguro.

—He oído algo... —dice Rhi girando, por lo que ambas estamos acostadas de lado una frente a otra—. Bueno, Vicki lo hizo. —Vicki es la compañera de cuarto y mejor amiga de Rhianna.

—¿Sí?

—Ese Anderson dejó embarazada a una chica —susurra.

Abro la boca y enarco las cejas ante sus palabras.

—Hará lo que sea para librarse de ella —le digo—. Su familia cree en el matrimonio antes que los hijos, y él hace lo que le dicen como un buen niño.

—Sí, supuestamente fue primero con sus padres, y ya pasó el primer trimestre.

Voy a hablar, pero me faltan las palabras.

¿Por qué no me lo había dicho?

¿Cómo es que nadie me lo dijo?

—No lo entiendo. —Una lágrima resbala por mi mejilla.

La limpio rápidamente como si no estuviera allí.

—¿Esperaba quedarse tanto conmigo como con ella? —pregunto, confundida.

—Haría una apuesta sólida sobre eso. Por supuesto que pensaría así.

—Estaba con una chica esta noche, en realidad... —Intento recordar su aspecto—. Tenía la mano en la barriga cuando salió. Supuse que tenía frío.

—Sí, bueno, su madre y su padre no están contentos, por lo que hemos oído.

—¿Cuándo te enteraste?

—Esta noche. Vicky me lo dijo, y cuando conseguí hacerme a la idea, supuse que estarías durmiendo, pero entonces llamó. No contesté.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Durante unas semanas —dice.

Eso explicaría por qué ha aflojado la presión de un anillo después de esa noche que vino a mi habitación.

¿Cómo puedo ser tan tonta?

De verdad.

—Necesito mudarme.

—Sí, creo que sí —dice, deslizando su mano en la mía—. Puede que Vicki se mude con su novio, ¿quieres vivir conmigo?

Mi primer pensamiento es decir que no, pero entonces...

—Sí. Sí, quiero.

—Bien. Trato hecho. Se lo diré mañana.

Apoyo la cabeza en su hombro y me pasa los dedos por el cabello mientras me duermo.



Me despierto y veo a Rhianna acurrucada de lado, aún dormida. Consigo levantarme de la cama sin despertarla y salgo silenciosamente de la habitación. Cuando llego a la cocina, Noah está en la encimera, con un café en la mano mientras lee algo en su teléfono. Cuando se vuelve, sonrío.

—¿Café? —pregunta.

—Yo lo preparo. —Asiente y vuelve a mirar el móvil. Agarro una taza y le miro de reojo—. La amas, ¿verdad? —Sé que es una pregunta tonta, pero necesito oírlo.

Deja el teléfono y me presta toda su atención.

—Con cada aliento que doy. Es ella. Loca y todo eso.

—Es muy especial.

—Y tú también. Las dos son extraordinarias... —Hace una pausa mientras me sirvo la leche—. Puedo presentar órdenes de alejamiento si es necesario. Solo tienes que decírmelo. —Me señala el brazo con la cabeza.

Me estremezco al ver los moratones que me rodean el antebrazo. Supongo que llevaré rebecas hasta que desaparezcan.

—August mencionó que le ayudaste —dice cuando me llevo la bebida a los labios—. Gracias por ello. No habrá gustado, pero seguro que te lo agradece.

—No lo hizo —respondo, recordando lo mucho que le enfadó que le comprara la comida.

Noah se ríe entre dientes.

—Dale tiempo. No es el monstruo que la gente pinta.

Rhianna sale del dormitorio, se coloca detrás de Noah y le rodea el cuello con los brazos.

—Ahora no hay veneno para ratas en ese café, ¿verdad? —me dice guiñándome un ojo.

No puedo evitar la risa que sale de mi boca, y es genuina. Más de lo que he sentido en mucho tiempo. Mi felicidad ha sido algo que a nadie le importaba, ni siquiera a mí.

—Mujer, ya no me haces el café —le dice, tirando de ella para que esté prácticamente en su regazo.

—Oh, cállate. No te quiero muerto... todavía. Te necesito para los orgasmos.

—Prioridades. —Se ríe entre dientes ante sus palabras. Aparto la mirada porque, por mucho que los adore, también estoy celosa de lo que tienen.

Capítulo 10

August

Nunca tuve verdaderos amigos antes de que me encerraran. La gente solo se juntaba conmigo por popularidad o drogas. Yo tenía ambas cosas, y todos las querían. Así que no me sorprendió cuando me encerraron que nunca supiera nada de ellos. Pero mientras estoy delante de Sully con las manos llenas de comida, no puedo evitar que mi rostro se frunza.

Era el único que supuse que estaría allí, que al menos escribiría. Era el que conocía desde hacía más tiempo. Habíamos sido amigos durante toda la escuela.

—August —dice y me hace un repaso con la mirada. Estoy sucio de terminar el patio trasero esta semana. Tuve que hacer algo después de que la niña rica se fuera porque no importaba cuántas veces me acariciara la polla, no me servía de nada.

Sus labios rosados envuelto alrededor de ella es lo que quería.

—Sully. —Asiento y paso a su lado para empezar a caminar hacia casa, sin darle el tiempo que claramente no quería darme. Oigo sus pasos y lo veo a mi lado. No ha cambiado mucho desde la última vez que lo vi, sigue bronceado y con el cabello rubio. Al principio lo había puesto en esa categoría de chico guapo, pero se salió de ella cuando me di cuenta de que me gustaba como persona.

—No sabía que habías salido.

Sin detener mi paso, entrecierro los ojos y miro hacia delante.

Hemos salido de la zona comercial. Debo añadir que esta vez fue mucho más fácil hacer mis compras que la última vez, porque el idiota de la policía de alquiler debió de tener el día libre.

—¿Vives en la zona?

No me pregunta si he vuelto con mi drogadicta madre, aunque sé que eso es lo que quiere saber.

De nuevo, no le contesto.

—August, ¿puedes parar para que pueda hablar contigo?

Resoplo. Paro. Luego me giro hacia él. Sin hablar.

Sully se rasca la cabeza y me dedica una especie de sonrisa.

—Gracias, hombre. He estado intentando verte. —Es mentira, pero no quiero discutir sobre un punto discutible, así que me doy la vuelta y sigo caminando—. Joder, hombre, lo he hecho.

—No me debes nada, Sully. Ahora, vete a la mierda. —Oigo que sus pasos se detienen, pero no aminoro la marcha. Mientras camino por mi calle veo a una mujer muy atractiva sentada en el último escalón de mi entrada. Cuando se da cuenta de que estoy allí, juro que veo un brillo en esos ojos oscuros.

—Niña rica. —Sonrío porque no puedo evitarlo. Ella es perfecta. Y una vista muy agradable después de Sully.

—Hola, espero que no te importe que me haya pasado por aquí. Olvidé mi chaqueta.

—Pasa —le digo, abro la puerta y entro. Señalo con la cabeza el lugar donde está su chaqueta, en el respaldo del sofá.

—¿Has ido de compras? —pregunta sorprendida.

—Sí, un hombre tiene que comer.

Ella asiente.

—¿Quieres quedarte a cenar, niña rica? —Sus ojos oscuros vuelven a posarse en mí y le sonrío.

—Quiero decir... me lo debes. —Vuelve a dejar la chaqueta y se dirige a la barra. Abro la nevera y le doy una cerveza. Toma la botella de mi mano, la abre y se la lleva a la boca.

Maldición, las cosas que podría hacer con esa boca...

—¿Seguro que Anderson no se enfadará porque estés aquí?

—No. No hay más Anderson.

Joder, sus palabras me sorprenden. Levanto una ceja y se limita a negar.

—Así que ahora puedes dedicar tu tiempo a los menos afortunados —le digo, jugando con ella. Abre la boca para defenderse de mis palabras, pero la cierra y se toma otro trago.

—Quiero que me beses —suelta.

—Yo no beso a chicas como tú.

—Lo has hecho —dice a la defensiva, con la cabeza alta y la cerveza firmemente agarrada en la mano.

S sonrío y niego mientras saco la pasta y pongo agua a hervir.

—No, lo hice para divertirme. No fue un beso de verdad. No ha sido más que un beso de niño —respondo. Cuando me vuelvo, me está observando con las cejas fruncidas, con los ojos clavados en mí, pero sin verme realmente.

—¿No quieres besarme?

Dejo la pasta en agua hirviendo y me muevo por la encimera hasta situarme a su lado. Se gira ligeramente e inclina la barbilla hacia arriba.

—No son esos labios los que besaría. —Su rostro se pone rojo y rápidamente aparta la cabeza, llevándose la copa a los labios. Me acerco a su oído—. Y los dos sabemos que no quieres que haga eso. No un hombre sucio como yo —le digo con una pizca de veneno en la voz. La veo estremecerse antes de seguir cocinando.

—¿Paige ha estado por aquí esta semana? —pregunta, cambiando de tema.

—¿Qué haces aquí, niña rica? ¿No tienes amigos? —Mi voz es áspera, y no compruebo su reacción—. ¿Soy el único que te aguanta?

—Te ofreciste a darme de comer, August —responde.

—Bueno, sí, tienes razón. —Vuelvo a concentrarme en cocinar. La oigo acabarse su cerveza y agarra otra.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—Internet —le digo sinceramente. Las cosas que mi madre me enseñó a cocinar no son lo que un niño debe estar cerca.

—¿No eres cercano a tu madre?

Sirvo nuestra comida, después de añadir tocino y ajo a la pasta, y le paso la suya.

—¿Por qué haces tantas preguntas? —gruño mientras ella mete el tenedor en la pasta y le da vueltas.

—¿Por qué no te gusta compartir?

—Come tu comida y vete, niña rica. Seguro que tienes sitios donde estar en vez de aquí, molestándome. —Levanto la vista y la veo apartando su plato. Se ha terminado la mitad.

—En realidad, sí. Necesito mudarme. ¿Estás libre mañana?

—¿Solicitas mis servicios o me dices que me ponga a tu disposición? —Mi cabeza cae hacia un lado—. Porque eres una mierda pidiendo.

Niega con los ojos ligeramente cerrados antes de levantarse y caminar hacia mi lado del mostrador. Se acerca a mí, dejando solo medio metro de espacio entre nosotros mientras sonríe.

—August, me encantaría que mañana me ayudaras varonilmente a mover todos mis artículos grandes. —Me mira con un aleteo de pestañas.

Sé que lo hace en broma, pero mi polla agradece todo ese esfuerzo.

—Claro.

WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

Da una palmada, me besa la mejilla y se da la vuelta rápidamente.
Agarra sus cosas y se echa el bolso al hombro mientras se dirige a la puerta.

—Te recogeré.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

58

Simply Books

MY T.L. SMITH
BEAUTIFUL

Capítulo 11

Rylee

August levanta mi colchón y no puedo evitar mirar sus músculos abultados. La verdad es que debería estar haciendo otra cosa además de verle llevar todas mis cosas dentro.

Realmente debería.

Pero es muy difícil apartar la mirada.

Así que no lo hago.

Anderson nunca tuvo un cuerpo así. Claro que estaba en forma, pero no hasta el punto de que se le vieran las venas de las manos cada vez que las movía.

Ahora me gustan las venas en las manos de los hombres.

Me gustan muchas cosas nuevas.

August es lo principal.

Como la mirada de soslayo que me lanza cada vez que me pilla mirándole. Nunca habla de ello, solo continúa con lo que sea que esté haciendo.

Me saludó con un rápido y áspero hola, y eso es todo lo que he conseguido de él en todo el día desde que lo recogí. Va vestido con un vaquero azul oscuro y una camisa azul claro que se le sube continuamente, dejándome ver su tonificado vientre cada vez que agarra algo nuevo.

Ya he subido todas mis cosas pequeñas, y ahora son solo las más grandes las que hay que colocar por la casa. Le ofrecí ayuda, pero me rechazó.

Así que me apoyo en la parte trasera de mi camioneta prestada y me limito a observarle.

—Deberías quitarte la camiseta. No hace más que estorbar —le digo, llevándome la pajita de la bebida a los labios y dando un sorbo antes de dejar escapar nada más.

August se lleva las manos a la camisa y, con un rápido movimiento, se la quita, se la pasa por encima de la cabeza y me la tira al rostro. Me rio mientras la aparto y veo que ya va por lo siguiente.

—Oh, no sabía que nos habíamos apuntado a un espectáculo de striptease. Noah, tú también deberías hacerlo. —Me giro para ver a Noah negando a mi hermana mientras pasa ayudando a August.

August le habla, no como a mí, y yo observo fascinada.

—Ummm, ¿qué está pasando? —pregunta Rhianna, y me giro para verla mirándome fijamente.

—¿Qué?

Su mirada se dirige hacia donde acaban de desaparecer los chicos y luego vuelve a mí.

—Estás mirando muy fijamente al hombre de azul.

Me sonrojo y niego ante sus palabras.

—Le pedí que ayudara. Está ayudando.

—¿Anderson no ha estado por aquí?

—No.

—Bien. No necesitas eso. Pero ambas sabemos quién es... —Hace una pausa—. Solo ten cuidado. Porque si te ve con él... —Asiente cuando August sale—. No estoy segura de que me gustara el resultado.

Yo tampoco. No es que pensemos que August no podría enfrentarse a Anderson. No, sabemos con certeza que no tendría ningún problema. Pero Anderson tiene conexiones que podrían lanzar a August directamente de nuevo donde no quiere estar. Prisión. Y no me gustaría tener algo que ver con eso.

—No dejes de ser su *amiga*. Noah dijo que es bueno para él salir.

—¿Ahora Noah es su padre? —bromeo.

—No, pero tengo la sensación de que es su único amigo. —Me da un codazo—. Aparte de ti ahora, por supuesto.

—Parece que están trabajando mucho —dice Noah, levantándose la camisa y limpiándose el rostro.

El camión está ahora vacío, y mis labios se fruncen cuando August se acerca a nosotros.

—Invito a cenar, como agradecimiento —digo, y luego miro a mi hermana y a Noah para que me lo confirmen.

—No podemos. Noah tiene un asunto de negocios esta noche, y voy a hacerle compañía. Pero ustedes dos deberían ir.

Cuando miro a August, ni siquiera me presta atención. Está cerrando el camión y haciendo todo lo posible por ignorarme. Me vuelvo hacia mi hermana y sonrío antes de que Noah la abraze y entren en el apartamento.

—¿Cena? —pregunto cuando August cierra la puerta y sus ojos verdes encuentran los míos.

—Necesito cambiarme.

—Puedes tomar mi auto y volver cuando estés listo. —Le tiro las llaves. August las agarra y las mira como si estuvieran ardiendo antes de volver a mirarme.

—¿Me confías tu auto? —No puedo evitar notar la sorpresa en su entonación.

—¿No debería?

—Podría robarlo, venderlo por partes.

—Bueno, umm... realmente no te estás vendiendo aquí. —Me rio.

—¿Por qué me confías tu auto? —me pregunta, empujándome un poco más fuerte.

—Es solo un auto.

Niega, se acerca a mí e intenta devolverme las llaves, pero no las tomo.

—Puedo encontrar mi propio camino a casa.

—No, lleva el auto, August. Y vuelve para cenar. Incluso pediré comida si quieres.

—¿Quieres que me quede a cenar?

—Sí. Ahora vete, porque realmente apesta. —Lo empujo lejos de mí. Sé que tiene carnet, Noah me lo dijo, así que sé que puede conducir, pero por la forma en que inspecciona las llaves, cualquiera diría que ha ganado el Boleto Dorado de Willy Wonka.

—Nunca he conducido un auto como este, a no ser que fuera robado —dice, sonriendo satisfecho—. ¿También debería conducirlo como si fuera robado? —pregunta cuando abre la puerta.

—Me estás haciendo replantearme esto.

Se ríe, se sube y arranca el motor. Baja la ventanilla y le queda bien.

—Lo trataré muy bien. —Guiña un ojo antes de salir.

¿Por qué, oh, por qué, esas palabras golpearon algo muy dentro de mí?



Es puntual. Eso me gusta de él. Entra y pasa por delante de mí, dándome las llaves por el camino. Huele a fresco y aún tiene el cabello mojado.

Mientras no estaba, me las arreglé para ordenar algunas cosas. No tuve que hacer mucho, solo algo de ropa de cama, que compré nueva, y una cómoda. Todas las demás cosas las traje en la parte de atrás de mi auto, y mi hermana y Noah me ayudaron a traer el resto en su auto también. Pero no podía cargar con todo yo sola, y podría haber pagado una empresa de mudanzas, pero estar cerca de August me hace algo.



Me cae bien.

Mucho.

—¿Tus padres son los dueños de este sitio? —me pregunta, viniendo a sentarse a la mesa mientras yo pido comida en mi portátil.

—¿Indio? —pregunto, a lo que él asiente—. Sí. Rhianna quería mudarse. Ella y mi madre chocaban mucho, así que esto era un término medio —digo, cerrando el portátil—. Gracias por tu ayuda hoy.

—Pensaré en una forma de que puedas pagarme.

—Bueno, piénsalo y me avisas. —Guiño un ojo, me levanto y me dirijo a la nevera. Saco una botella de vino que compré antes y dos vasos, trayéndolo todo de vuelta a la mesa—. ¿Bebes vino?

—¿Pretendes emborracharme, niña rica? —me pregunta mientras sube los brazos a la mesa, cruzándolos entre sí. Mis ojos se dirigen naturalmente a sus musculosas manos y aprieto los muslo.

—Esa no era mi intención, pero ahora que lo mencionas, emborracharte podría ser divertido.

—Realmente no sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? No soy alguien con quien quieras estar. ¿Te divierte? —pregunta—. ¿Quererme? Y ni lo niegues, veo cómo me miras. —Trato de evitar que mis mejillas se pongan rosadas, pero no hay forma de que eso suceda.

—¿Por qué no eres alguien que pueda querer? —consigo preguntar.

—Porque a las chicas como tú les gustan los tipos como Noah, no los hombres como yo. —Sus ojos se clavan en los míos—. Soy malo para ti. Te mancharía, y tú lo disfrutarías hasta el punto de seguir volviendo por más porque no podrías parar cuando ambos sabemos que deberías hacerlo.

—Piensas mucho de ti mismo, Auggie. —Sonríó ampliamente y él frunce el ceño al oír el apodo.

—Lo sé, lo he visto. Normalmente acaba mal, y no es la niña rica la que sale perjudicada de la situación. Es el pobre tipo que la avisó. —Se sienta, sus manos desaparecen bajo la mesa.

Me aferro a sus palabras y nos sirvo un vaso de vino a cada uno, deslizándolo suyo hacia él. Levanto el mío y bebo, mirándole por encima del borde de la copa a través de las pestañas. Él no agarra la suya, sino que me mira.

Dejo el vaso y le doy unos golpecitos en el borde.

—Soy más que una niña rica. He trabajado para conseguir todo lo que tengo. He pagado por ese auto. Pagaré por vivir aquí. Sí, mi familia tiene dinero, y sí, me he beneficiado de ello. Pero eso no significa que sea menos o mejor que tú.



—¿Qué quieres de mí, niña rica? —pregunta—. Sinceramente. ¿Qué es lo que quieres? No dejas de venir y de llamar. ¿Qué quieres?

Me sirvo otra copa de vino y me la bebo de un trago, luego le miro directamente a los ojos.

—Te deseo.

Golpea la mesa con los dedos y se levanta. Al principio creo que va a salir por la puerta, pero en lugar de eso se para justo delante de mí. Se agacha, aparta el vaso y me pone el dedo bajo la barbilla, inclinando la cabeza hacia él.

—Solo quieres follar. No me quieres a mí.

—¿Por qué no me follas entonces? —susurro sin aliento.

Sonríe y mi corazón se acelera.

—¿Solo follar?

—Solo follar —repito sus palabras.

Se inclina para besarme y sus labios rozan ligeramente los míos. Me siento más erguida para poder saborearlo. Pero no me deja. Solo me permite el más suave de los roces.

Lo quiero.

Lo necesito.

Mi corazón late deprisa, mis piernas tiemblan de necesidad y mis manos quieren tirarle del cabello para que no tenga más remedio que besarme a fondo.

Bésame, maldita sea.

—Niña rica —dice, sus labios siguen rozando los míos.

—Hmmm... —es todo lo que consigo decir.

—Buenas noches —dice, y luego se aparta.

Estoy demasiado conmovida para detenerlo, para decirle que vuelva.

¿No me quiere? Porque sé que le quiero.

Salgo corriendo por la puerta justo a tiempo para verle correr calle abajo.

—Idiota —grito.

Oigo su risita mientras se aleja corriendo.

—Joder —susurro.

El hombre sigue rechazándome y yo sigo volviendo como una drogadicta.

¿Qué tiene August que me atrapa tanto?



Porque estoy segura de que no es su maldita personalidad. Imbécil, burlón que es.

Desnudándome, me meto en la ducha e intento librarme de sus labios.

Es inútil.

Es lo único con lo que sueño cuando por fin caigo en un sueño agitado.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

Capítulo 12

August

—**A**ugust. Me giro al oír mi nombre y veo a mi madre al otro lado de la calle. Tenía que verla en algún momento. Pero no esperaba que fuera esta noche. Supongo que eso me pasa por elegir volver a casa andando en vez de follarme a Rylee de todas las formas posibles hasta el domingo.

La vieja zorra cruza la calle y enseguida me doy cuenta de que está borracha. Tiene los pies inestables y los ojos vidriosos. El alcohol es su veneno, pero eso no quiere decir que no le guste probar todo lo que puede permitirse. Es una de las razones por las que empecé a trabajar para Josh hace tantos años, para mantenerla en el dinero del alcohol y las drogas.

—August, cariño, oh, Dios... mírate. —Alarga la mano para tocarme el rostro, pero doy un paso atrás para que no pueda tocarme—. August, ¿qué pasa? ¿No me has echado de menos?

No, ni en lo más mínimo.

No le contesto. En lugar de eso, me doy la vuelta y continúo mi camino a casa.

—He oído que tienes la casa de mamá. Deberías venderla. Podríamos usar ese dinero. —Por eso mi abuela nunca se la dejó—. August, no me ignores, hijo.

Como no vuelvo a contestarle, me dice:

—Venga, August, ¿por qué eres tan grosero con tu madre? —Me giro y veo a Josh apoyado en su auto, justo al lado de mi madre. Por supuesto, están juntos.

Un auto se detiene delante de mí. Es Rylee. Me mira, luego a mi madre, que está mirando su auto.

—Sube. —Lo hago porque la alternativa no es lo que quiero—. ¿La conoces? —me pregunta mientras se aleja.

Josh nos mira irnos con una sonrisa en el rostro.

—No.

—Bien —dice ella—. Mira, lo siento por... lo de antes. —No entra en más detalles. Veo que se ha duchado y huele a fresas.

Ahora tengo antojo de fresas.

—¿Por qué? ¿Por pedirme que te folle?

Jadea ante mi brusquedad y sus manos aprietan con fuerza el volante. Lleva lo que parece ser una camisa larga. No puedo evitar fijarme en sus piernas.

—¿Por qué has venido?

—Me di cuenta de que no tenías quien te llevara. Fue grosero por mi parte dejarte ir, considerando que no vives a la vuelta de la esquina.

Nos sentamos en silencio mientras miro por la ventana.

—Era mi madre —le digo cuando llegamos a mi casa.

—¿No están unidos?

—No. Es alcohólica y drogadicta. Así que no, me mantengo alejado de ella. Lejos.

Rylee se detiene y yo salgo de su auto. Cierro la puerta, camino hacia la suya y la abro.

—Entra.

—No llevo zapatos. Corrí al auto desde la ducha. —Se toca el cabello mojado y me doy cuenta de que ni siquiera se lo ha secado. La parte de atrás de su camiseta está empapada.

—Sal del auto, niña rica —le ordeno.

Apaga el auto y sale con un pie, seguido del otro. Me agacho, le paso los brazos por debajo de las rodillas y la levanto para que no tenga que caminar descalza hasta la puerta. Chilla cuando lo hago, pero me rodea el cuello con los brazos mientras la llevo hasta la entrada de la casa.

—¿Sabes por qué entras? —pregunto mirándola. Me gusta sentirla en mis brazos, tanto que no quiero bajarla cuando llegamos a la puerta. Pero claro que quiero otras cosas también.

—Ya no tengo ni idea contigo —responde con sinceridad.

En cuanto se abre la puerta, me acerco a su rostro, deslizo las manos a ambos lados y rozo sus labios con los míos. Se abre con necesidad en cuanto mi lengua reclama atención, y yo me muevo hacia atrás, levantándola para que sus pies me rodeen la cintura. Noto su trasero bajo la camisa y lo aprieto mientras cierro la puerta de una patada.

Gime en mi boca, pero se niega a romper el contacto.

Jesús, sabe besar.

¿Por qué he esperado tanto?

Porque sabía que me volvería adicto.

¿Basta con probar una vez?

Estoy obsesionado con la chica que tiene los ojos negros como el cielo nocturno y una voz que me hechiza.

Sus manos me agarran con fuerza la nuca, sus uñas se clavan en mi piel, pero no la detengo.

Es la primera mujer con la que he estado durante mucho tiempo. Así que precipitarme no es algo que quiera hacer. Y me había hecho a la idea de que no sería con ella.

Coloco a Rylee en mi sofá. Me suelta el cuello, desengancha las piernas de mi cintura y se pasa el vestido camisero por encima de la cabeza. No lleva sujetador y solo un par de bragas negras de encaje.

Tiene los labios rosados por la necesidad y se muerde el inferior mientras me mira. Agarro mi camisa, me la paso por la cabeza y me quito los zapatos.

—Solo sexo.

No contesta.

—Niña rica, dime que me has oído. —Mis manos se detienen en la hebilla de mi cinturón.

Se sienta, sus tetas son más grandes de lo que pensaba y quiero follármelas, junto con cualquier otra parte de su cuerpo.

Me agarra el vaquero y me saca la polla, sus suaves manos la estrangulan a la perfección antes de inclinarse hacia delante y poner la lengua en la punta. Hace círculos y luego, con un movimiento rápido, como si estuviera hecha para mí, me mete de lleno en su boca, con la mano en el fondo bombeando mientras con la otra me acaricia los huevos.

Agarro su cabello con fuerza, no para dirigirla porque está claro que no lo necesita, sino para sujetarla con fuerza.

No tardo mucho en explotar, y me alegro de que haya sido en su boca por primera vez, en lugar de en su coño.

Porque ese coño, bueno, pienso follármelo toda la maldita noche.

Se limpia la boca y se aparta. Su sonrisa de satisfacción está en su sitio cuando se pone delante de mí, con mi vaquero en medio de todo lo que está pasando.

—Te he oído —afirma—. Pero puedes volverte adicto. —Me guiña un ojo y tira de mí para que me siente en el sofá.

Mis manos tocan su espalda y se deslizan hacia arriba. *Joder, su piel es como la seda.* La rodeo con las manos y se sienta sobre mí. Mi polla se endurece al instante al sentir su calor húmedo. Le beso el cuello y ella echa la cabeza hacia atrás y empieza a deslizarse sobre mí. Mi polla no está en su coño, pero disfruto mucho de la sensación de su calor resbaladizo frotándose a lo largo de mi tronco.



Levanta las manos y se pasa los dedos por el cabello mientras yo me inclino hacia delante y beso sus tetas. Y tal como pensaba, saben jodidamente dulces.

Me gusta que piense que tiene el control, y se lo permito porque no la conozco lo suficiente como para saber cuáles son sus límites. Así que dejo que se deslice contra mí hasta que se detiene. Cuando aparto la boca de sus tetas, deslizo la mano entre nosotros, colocando mi polla para que se deslice sobre ella.

Se lame los labios y se deja caer lentamente, tomándola a su ritmo, con su coño apretándose alrededor.

Me sorprende no correrme otra vez. En lugar de eso, me inclino hacia delante y la aferro a mí con fuerza, me pongo de pie con ella mientras me rodea con sus brazos y la llevo hasta la encimera. Le suelto las manos, la tumbo de modo que su espalda desnuda quede sobre la mesa, subo la mano entre sus pechos hasta el cuello y le doy un ligero apretón para mantenerla en su sitio.

—¿Quieres que te folle, niña rica? —Me inclino hacia delante, inmovilizándola, y le muerdo el pezón.

—Sí —gime.

—Dime, niña rica. Dime que quieres que te folle. —Me hace falta todo lo que hay en mí para no meterme dentro de ella ahora mismo. No follarla hasta que ambos estemos doloridos e incapaces de movernos.

Empecé a tener relaciones sexuales a los quince años con una chica que la mayoría consideraría del lado equivocado de la ciudad. Era mayor y sabía mucho más que yo. Luego, a los dieciséis, pasé a otro tipo. Mujeres mayores. Me gustaba follar con mujeres mayores. Sabían lo que querían y no pedían nada más.

Ha sido fácil.

Tan fácil.

Niña rica no va a ser fácil.

No, cuando miro esos ojos de adoradora del diablo, sé que será cualquier cosa menos fácil.

—Fóllame, August.

Sonrío ante sus palabras.

No Auggie esta vez.

Así que hago lo que me dice. La sujeto y le follo el coño hasta que grita con todas sus fuerzas.

Y luego sigo porque puedo, joder.



WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO



69



MY T.L. SMITH
BEAUTIFUL

Capítulo 13

Rylee

Había leído en alguna parte que un hombre se enamora más rápido que una mujer. Un hombre puede enamorarse a primera vista, mientras que una mujer puede tardar hasta tres meses, a veces más. Y que un hombre es más propenso a esperar a que la mujer murmure primero esas *dos palabritas*.

No sé hasta qué punto es cierto, pero sé que August nunca podría amarme. Me mira como si fuera el diablo.

Pero también me parece bien.

Lo acepto porque me gusta.

Me levanta como a una muñeca de trapo mientras yazco indefensa sobre la encimera de la cocina. Me deja allí tumbada y agarra una botella de agua, se la bebe de un trago y luego toma otra antes de echarme por encima del hombro.

Me duelen las piernas. Y entre ellas, un dolor sordo. Pero el rebote de sus pasos me hace creer que no es ninguna de las dos cosas. Sube conmigo colgando por las escaleras hasta su habitación, abre la puerta de una patada, me deposita en la cama y me da la botella de agua. La agarro y bebo mientras él me observa.

—Entonces, ¿tu madre es un punto sensible?

Niega, pero no contesta, y se dirige al armario, sacando un par de calzoncillos nuevos.

—¿Quieres un par? —pregunta, ignorando por completo mi pregunta inicial.

Me siento y dejo que mis ojos lo absorban. Su cuerpo está definido en todos los sentidos posibles. Tiene ese corte en V, que conecta con su pene perfectamente moldeado, que debo añadir que tiene el tamaño perfecto, blando y duro. Y me hizo correrme solo con su polla. Anderson nunca había sido capaz de hacer eso. Jamás. Así que asumí que era un mito. ¿Qué tan equivocada estaba?

—¿Quieres ducharte antes de que vuelva a follarte? —me pregunta, ya que he ignorado su pregunta anterior porque mis ojos están demasiado perdidos recorriendo su cuerpo. Consigo alzar la vista hacia su pecho, que ya he visto antes, pero al verlo me entran ganas de levantarme de la cama y recorrer con las manos las tensas protuberancias y estrías, dejando huellas de las uñas a mi paso.

—¿Y en la ducha? —pregunto, sentándome—. Nunca he tenido sexo en la ducha.

—¿Cómo es posible?

Me encojo de hombros, sin querer entrar en que a Anderson solo le gustaba follarme al estilo perrito.

—A la ducha entonces. —Sale y yo le sigo. Le miro el trasero desnudo hasta que llega al cuarto de baño y abre la ducha. Coloca dos toallas en el suelo, se mete y me abre la cortina de la ducha. Es una vieja ducha sobre bañera. Me meto mientras él se coloca bajo el chorro y deja que el agua corra por su cuerpo. Las gotas de agua corren por los músculos y luego siguen bajando por su cuerpo y, por alguna razón, me reseca. Es como si estuviera en el desierto del Sahara y la única agua disponible estuviera en él.

Joder, mi nivel de excitación se ha disparado solo de mirarle.

De nuevo, ¿cómo es posible?

Me acerco a él y toco su vientre firme, sin llegar esta vez a su polla, pero observando cómo se endurece a mi contacto.

Me hace sentir poderosa, buscada, deseada. Su cuerpo me desea, aunque su mente no esté segura de ello.

—¿Con qué clase de mujeres estuviste antes de mí? —pregunto, trazando las líneas de su estómago, fascinada con su V.

Sus manos caen a los lados, dejándome tocarle como quiera.

—Las que no son como tú —responde fríamente.

Me rodea el cuello con la mano y me doy la vuelta. Me empuja hacia delante y mi trasero se aprieta contra él.

—Date la vuelta. Me gusta mirar tus ojos desalmados cuando te follo. —Hago lo que me dice y aprieto mi frente contra él. Vuelve a agarrarme por el cuello con una mano y pone la otra bajo una pierna, levantándola y llevándome hacia delante para que nuestros cuerpos se toquen por completo—. Me mirarás mientras hago que te corras. No cierras los ojos.

Asiento, dobla ligeramente las rodillas y se desliza dentro de mí. Cuando me penetra, jadeo, pero mantengo los ojos abiertos, como me ha pedido. Le rodeo el cuello con los brazos y me levanta del todo, de modo que ahora follamos de pie.

Mi espalda choca con la fría pared y él me agarra el trasero mientras yo me pego a él con las piernas y me deslizo arriba y abajo. Sus manos se deslizan ahora por las mías, entrelazando nuestros dedos antes de que las suba por la pared para que me sostenga con ellas. No suelto mi agarre alrededor de su cintura con las piernas y, de algún modo, sigo consiguiendo moverme. Noto que el orgasmo crece y quiere apoderarse de mí tanto como yo.

—Abre los ojos —susurra, y luego me muerde el cuello.

Lo hago, y cuando le miro con los ojos entrecerrados, sus ojos verdes no se apartan de los míos. Quiere verlo todo, ver cómo empiezo a deshacerme. Y no siento la necesidad de apartar la mirada, de sentir vergüenza o pudor. No, esto es increíble. Es como si yo fuera todo lo que él quiere ahora.

—Eso es —dice, inclinándose y dándome un beso con la boca abierta mientras me corro. Le devuelvo el beso, y él me suelta las manos y me agarra el trasero para evitar que me caiga mientras sigue follándome.

Me gusta que me folle August Trouble.

Muchísimo.



Me deja ducharme sola y, cuando salgo, encuentro mi ropa sobre el lavabo. Me visto rápidamente y bajo las escaleras para encontrarlo preparándose un sándwich en la cocina.

—¿Quieres uno?

—No, debería irme...

—Adiós.

Una palabra.

Eso es todo lo que dice.

Una sola palabra.

Luego me da la espalda desnuda. Una toalla le rodea la cintura, ocultándome ese precioso trasero, pero puedo ver su contorno.

Me dirijo a la puerta, pero me detengo antes de abrirla. Cuando me asomo por encima del hombro, me está mirando.

—No lo hagas parecer más de lo que fue, niña rica. Solo fue sexo.

—Lo fue —miento.

Sonríe como si supiera que estoy mintiendo. Saco las llaves del bolso, me lo echo al hombro y me doy la vuelta para irme. Durante todo el trayecto a casa, mi mente repite cada escena, como si fuera una película de alquiler en mi cabeza.

¿Fue una estupidez? Quiero decir, técnicamente, solo han pasado unas semanas desde que me separé de Anderson, aunque llevaba mucho más tiempo intentando librarme de él. Estuve con Anderson por años, ¿así que no debería sentir que esto está mal?

Sé que no debería moverme tan rápido.

Necesito ir más despacio.

Pero Dios mío, el sexo fue muy bueno.

Joder.

De camino a casa, no dejo de pensar. Las visiones de August follándome no me abandonan. Después de lo que parecen unos segundos, llego a casa, entro en el garaje, salto del auto y entro corriendo.

—Rylee.

Hago una pausa al oír la voz de mi hermana.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba allí cuando entré en nuestro apartamento.

Me mira de arriba abajo y las puntas de sus labios se convierten en una amplia sonrisa.

—¿Dónde has estado? —Mueve las cejas como si ya supiera la respuesta.

—Necesito dormir —respondo, ignorando por completo su pregunta.

—Creo que sé quién te cansó tanto. Por cierto, llegó tu indio. Supongo que estabas tan ocupada que lo olvidaste —grita la última parte mientras entro en mi habitación, cerrando la puerta.

Rhianna tiene una habitación más grande, pero eso no me preocupa. Vivir aquí lo es todo para mí. Puedo hacer lo que quiera cuando quiera sin preocuparme de llegar tarde a casa o de despertar a mis padres.

No sé por qué esperé tanto para mudarme. Parece que necesitaba una llamada de atención, y Anderson me la ha dado a montones. Simplemente tenía que armarme de fuerza para disgustar a mis padres sin que ese hecho pesara demasiado en mi conciencia.

Trabajar en la empresa familiar lo hace aún más difícil, pero tuve que armarme de valor e ir simplemente por ello. Ahora respiro mejor sabiendo que no tengo que soportar su desaprobación y sus críticas por absolutamente todo lo que hago. Claro que lo oigo en el trabajo, pero al menos tengo un respiro cuando estoy en casa. Vivir con Rhianna tiene muchas ventajas, y por fin me siento libre, libre de mis padres y libre de Anderson, para vivir mi vida como quiera. Y la sensación de libertad es *liberadora*.

—Beckham llamó. Viene a pasar el día contigo mañana. —Golpea mi puerta mientras cierro los ojos.

Ha estado fuera la última semana en el campamento, y ahora ha vuelto. Supongo que, porque no estoy en casa, necesita discutir lo que pasó.

Quiero a mi hermano.

Cuando Rhianna se mudó, Beckham y yo nos acercamos más.

Me confía los secretos que no cuenta a nadie, y yo le aprecio y le ayudo en lo que puedo.



Mi teléfono suena a mi lado y, cuando voy a contestar, veo el nombre de Anderson en la pantalla.

¡Maldita sea! Lo apago porque no necesito que me arruine una noche perfecta.

En cambio, me voy a dormir soñando con August.



—Despierta. —Unos golpes en la puerta me despiertan del sueño. Me las arreglo para deslizarme fuera de la cama y abrirla de un tirón para ver a Beckham al otro lado, vestido con su camiseta de fútbol y un vaquero. Le dejo entrar, caminamos hasta mi dormitorio y nos tumbamos en la cama.

—Mamá ha preguntado hoy por ti. Preguntó si venía a verte, cosa que ya sabía que iba a hacer, y que si podías tener la cortesía de venir a casa para organizar las cenas.

—Rhianna solo tiene que hacer una —le digo.

—Rhianna no es la niña de oro.

—Lo he oído —grita Rhianna desde su habitación.

—Como si no lo supieras —grita Beckham. Luego se vuelve hacia mí. Tiene el rostro magullado y el labio partido. Alargo la mano para tocárselo, pero niega.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dice, a la defensiva.

—Beckham.

—Anderson ha estado contando cosas a la gente sobre ti.

—Por supuesto que lo ha hecho. Es su modus operandi hacer esa mierda. Tienes que ignorarlo.

—Dice que prefieres a la basura de las caravanas antes que a él. —Me río de sus palabras—. August es mejor que él, de todos modos, y ni siquiera conozco al tipo.

—Es mejor —le digo—. Pero no se peleen por él o por mí. Dejen que Anderson hable, a mí no me afecta.

Beckham se rasca la cabeza.

—¿Lo sabes entonces?

—Sí, sé que dejó embarazada a una zorra.

Se sienta en la cama a mi lado.

—En realidad, es simpática. Se llama Jacinta. Me paró la semana pasada y me preguntó por ti. Me pidió tu número, pero no se lo di.

—Bien. No quiero tener nada que ver con ninguno de los dos. No la conozco y no quiero —le digo—. Beckham, por favor... aléjate de Anderson y de todo lo que conlleva ese hombre.

Se quita la gorra de béisbol de la cabeza y se sacude el cabello.

—Mamá está enfadada... ya sabes... porque lo dejaste con él.

—Puede seguir enfadada. No me importa.

—Sin embargo, sí te importa. No eres como Rhianna —señala.

Beckham tiene razón, pero quizá si me digo suficientes veces que no me importa, será verdad.

Aunque probablemente no.

El teléfono de Beckham empieza a sonar. Contesta y oigo la voz de mi madre al otro lado.

—Dile a tu hermana que venga a cenar, por favor. Necesito hablar con ella. —Beckham me mira impotente, enarcando las cejas, y yo le quito el teléfono de la mano.

—Tengo que ponerme al día con el trabajo esta noche, mamá.

—Es solo un rato. Vamos... tienes que comer. No seas tonta, Rylee. Te veré a las seis. —Cuelga y le paso el teléfono a Beckham.

—¿Quieres que se lo diga a Rhi? —pregunta. Sabiendo muy bien que ella vendrá y será el guardián que necesito entre nuestra madre y yo.

—No, está bien. Ahora, ¿qué quieres hacer hoy? —pregunto con una sonrisa genuina.

—Go-karting.

—Pues al karting —digo, poniéndome en pie y calzándome los joggers.



—Has venido —afirma mi madre como si supiera que no vendría mientras entramos.

Beckham pasa junto a ella y sube las escaleras hasta su dormitorio.

Tuvimos un buen día. Yo lo necesitaba, y creo que él también.

—Me preguntaste, ¿no?

Asiente y se dirige a la cocina, así que la sigo. Cuando llegamos, veo a los padres de Anderson sentados a la mesa con Anderson también.

Oh, joder, no.

No. No. NO, grito en mi cabeza.

¿En serio? Miro a mi madre, que sonrío como si hubiera ganado una competición mientras me acerca una silla para que me siente. Miro a mi alrededor en busca de mi padre, pero no lo veo por ninguna parte.

—Debo de haber venido en mal momento —le digo a mi madre con una sonrisa forzada—. Veo que tienes compañía. Volveré en otro momento.

Voy a marcharme, pero la madre de Anderson me llama:

—No seas tonta, Rylee. Siéntate, tenemos cosas que discutir.

Miro de reojo a mi madre, y si las miradas matasen, ella estaría muerta, absoluta e inequívocamente muerta.

—Ven, siéntate. —Mamá me hace un gesto con la cabeza para que me siente en la silla que ha sacado como si mi reacción no significara nada para ella. Voy vestida con vaquero y una camiseta que lleva impreso Tupac.

La madre de Anderson levanta la nariz con disgusto, supongo que por lo que llevo puesto, cuando paso junto a ella.

Cuando por fin me siento, mi madre toma asiento a mi lado y golpea la mesa con sus largas uñas postizas.

—Así que me han informado del problema que nos ocupa.

¡Problema!

¿Problema?

Como si lo que está pasando fuera un *problema*.

Es un bebé.

—Sí, nos hemos vuelto locos de preocupación —dice la madre de Anderson negando. Todo en esta mujer es falso: el rostro, los ojos, las tetas, el trasero... Seguro que mantiene a su cirujano plástico en Ferrari.

El padre de Anderson permanece en silencio y, cuando le echo un vistazo, sus ojos son como calor líquido. ¿Está enfadado?

—No veo ningún problema —respondo con una sonrisa sarcástica que debería hacerles saber lo sarcástico que era ese comentario.

Los ojos de ambas madres se posan en mí.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunta mi madre moviendo la cabeza. La decepción es evidente en sus ojos—. El hombre con el que te vas a casar tiene un gran problema que resolver. Ahora es el momento de que le muestres tu apoyo y estés a su lado.

—No —digo con una sonrisa, y luego miro a Anderson—. Te acostaste con cualquiera. Me engañaste. Es tu bebé. Todos lo sabemos. Así que madura y sé padre, y deja de permitir que tu madre se ocupe de tus problemas.

El bastardo tiene la osadía de apretar los puños sobre la mesa mientras su madre jadea ante mis palabras.

Quiere hacerme daño.

Sé que lo hace.

Pero no puede porque hay demasiada gente alrededor.

Idiota.

—¿Cómo te atreves? Estás destinada a ser su prometida —dice su madre, señalando con la cabeza la caja que hay en el centro de la mesa.

Al verlo me recorre un escalofrío por el cuerpo que siento como si alguien acabara de pasar por encima de mi tumba. No es una buena sensación, más bien una que me hace querer correr y no volver atrás, así que hablo mientras miro a Anderson:

—Eso es un pase difícil.

Se levanta, golpea la mesa con el puño y se inclina hacia delante.

—No tienes nada que decir en esto. Serás mi esposa.

—No. Creo que no —digo, esforzándome por mantener la compostura.

Anderson se mueve, empuja su silla, que cae hacia atrás y golpea contra el suelo, y luego corre alrededor de la mesa. Antes que pueda alcanzarme, su padre se levanta y se coloca delante de él, impidiéndole el paso. Le pone una mano en el pecho y Anderson resopla con las cejas fruncidas, tanto que son casi una sola ceja, pero aún más intimidantes son sus dientes apretados.

Está enfadado.

No, está furioso.

Y si no fuera por su padre, estoy segura de que ahora mismo estaría tirada en el suelo.

—Tienes que irte —dice el padre de Anderson, y luego se vuelve hacia mí—. Habrías sido un gran activo para nuestra familia, Rylee. Lamento que no haya funcionado. Anderson *no* volverá a molestarte. —Su padre retira la mano del pecho de su hijo y tiende la mano a su mujer, que claramente quiere decir algo más, pero se calla. Ella se levanta y todos se apresuran a salir, dejándome sentado con mi madre a la mesa.

—¿Cómo te atreves? ¿Intentas ser como tu hermana? —grita mi madre, agitando las manos como si estuviera loca. Agarra el anillo que había sobre la mesa y abre la caja.

Es precioso. El diamante rosa es enorme, pero no es algo que yo elegiría. Sin embargo, no puedo negar lo impresionante que es si te gustan las muestras ostentosas de riqueza.

—Podrías haber tenido esto. Haber tenido tanto. —Se gira para mirarme—. ¿Por qué lo arruinaste?

—No es el adecuado para mí —le digo—. No somos el uno para el otro desde hace mucho tiempo. Mamá, me engañó. Va a tener un hijo con otra. ¿Qué parte de eso te hace pensar que podría ser el adecuado para mí?

Mi padre entra y me besa la cabeza.

—No podría estar más de acuerdo —dice, después de oír lo que he dicho. Mi madre lo fulmina con la mirada mientras me levanto.

—Tengo que irme. Mañana trabajo —digo, inclinándome y besando la mejilla de mi madre, seguida de la de mi padre.

—Todavía puedes cambiar de opinión —me dice mi madre.

No contesto.

Porque eso no está ocurriendo.

El infierno no se había congelado la última vez que miré.

Capítulo 14

August

Decir que no me he despertado sin tener la polla bien dura desde la última vez que tuve a Rylee sería quedarme corto.

La niña rica no ha llamado.

Niña rica no ha visitado.

Y, por alguna razón, me gusta eso de ella.

Estoy sentado en la entrada de casa esperando a que Paige termine el colegio. Hoy es el día en que tiene que venir, y me ha estado acosando para conseguir masa fresca y los demás ingredientes para que pueda hacer quiches.

Sin embargo, estoy intranquilo porque se está haciendo tarde y no está aquí.

Me vuelvo a levantar y entro, agarro el teléfono y la llamo. Cuando contesta, casi se me para el corazón.

—Chico August, ¿qué haces, hombre?

Aparto el teléfono de la oreja para asegurarme de que he marcado el número correcto y, efectivamente, sé que es correcto.

—¿Por qué demonios tienes el teléfono de mi hermana?

—Oh, vamos, August... ya sabes por qué. Me follo a tu madre. —Se ríe a carcajadas.

Esa carcajada me da ganas de tirarle algo, o mejor aún, romperle la maldita mandíbula.

—Oye, mira... necesito que hagas algo por mí.

—No —respondo mientras me pongo los zapatos.

—Vamos, August, como en los viejos tiempos. Necesito un favor, y, bueno... Paige no está de humor para hacerlo ahora.

—¿Qué quiere decir... *no está de humor*?

—De tal palo, tal astilla. Deberías saberlo. ¿De verdad estás tan ciego?

—¿Dónde está?

—Ya te lo he dicho, primero te necesito a ti —vuelve a decir. Oigo una risita de fondo y cierro la puerta principal.

—Ve a Alfred's y recoge algo para mí. Ya sabes lo que hay que hacer. No te has olvidado. —Cuelga y resisto las ganas de tirar el teléfono, de romperlo en mil pedazos.

Alfred es un traficante local que suele deberle mucho dinero a Josh. Entonces, con todos los otros estúpidos trabajos que hice para Josh, me hacía cobrarle. A veces golpeaba a sus clientes y les quitaba lo que tuvieran encima.

La última vez, fue su auto.

Empiezo a correr y llego a casa de Alfred lo más rápido que puedo. Cuando llego a la entrada de la casa, no me molesto en llamar, simplemente abro la puerta de una patada y me encuentro a Alfred solo, sentado en el suelo con su mercadillo delante.

Por eso siempre debe dinero, porque lo utiliza.

Sus ojos hundidos parpadean un par de veces y, al levantar la vista, me encuentra de pie en su salón. Tarda un segundo en darse cuenta de que soy yo antes de empezar a retroceder sobre su trasero, derramando producto sobre sí y sobre el suelo.

—Has vuelto. —Su voz se entrecorta al hablar.

—¿Dónde está el pago, Alfred? Tengo que irme.

Mira hacia el televisor y asiente. Me apresuro a abrir la caja negra que hay delante del aparato. Levanto la tapa y veo el dinero.

—Te tendió una trampa, ¿sabes? ¿Por qué has vuelto con él?

—No lo he hecho —respondo antes de salir, caja en mano, dejándole que se coloque solo.

Solo tengo un trabajo, proteger a mi hermana, es lo único que importa ahora.



Josh está sentado delante cuando marchó hacia él. Tiene un cigarrillo en una mano y un vaso de alcohol en la otra. Sus ojos se posan en la caja negra que tengo en la mano, luego en mí, y me enseña sus dientes podridos en una especie de mueca de desprecio.

—Sabía que podías hacerlo —dice, y señala el dinero con la cabeza—. Toma la mitad como pago.

Le lanzo toda la caja y él se mueve justo a tiempo para que no se estrelle contra su inútil cabeza. Josh no vive en los vertederos como la mayoría de los camellos. No. El hombre no es estúpido y no fuma ni consume su producto, pero prefiere la misma droga que mi madre, el alcohol.

—Paige —grito.

Se abre la puerta principal. Aunque por dentro es un maldito desastre, por fuera te engañan. Las apariencias hacen que parezca que es propiedad de alguien que se preocupa. No alguien a quien le importa una mierda todo lo que no sea él mismo.

Cuando veo a mi madre allí de pie, niego.

—¿Dónde está Paige?

—August, vamos... toma un trago.

Me giro para mirarle fijamente. Tengo las manos apretadas. Se toca el costado, donde sé que guarda su pistola. Es lo que usa para amenazar a los que no le hacen caso, y el problema es que sé que puede usarla.

—Vete a la mierda. Hice lo que me pediste, ahora dámela. —Es entonces cuando veo a Paige. Se para detrás de nuestra madre y se apoya en la pared para sostenerse.

Joder.

Joder.

Caminando directamente hacia ella, le agarro el rostro y compruebo sus ojos, luego sus brazos.

—¿Estás borracha? —le pregunto. Ella asiente, pero la sonrisa que me dedica no le llega a los ojos—. Vamos, no deberías estar cerca de esta basura.

—Hola, soy tu madre.

—No, eres el trasero de su madre —le espeto—. Paige, empieza a andar. —La alcanzo y sale de la casa y huele a humo de cigarrillo. Su padre va a azotarlo y luego a mí.

¿Lleva mucho tiempo haciendo esto?

—Me pregunto si puedo conseguir que hagas más cosas por ella —dice Josh, mirando a Paige—. Nunca pensé que vería el día en que te preocuparas por alguien más que por ti mismo, August. —Hace una pausa, pensando en algo—. ¿Qué hay de la otra chica con la que te vi la semana pasada? Todos sabemos quién es.

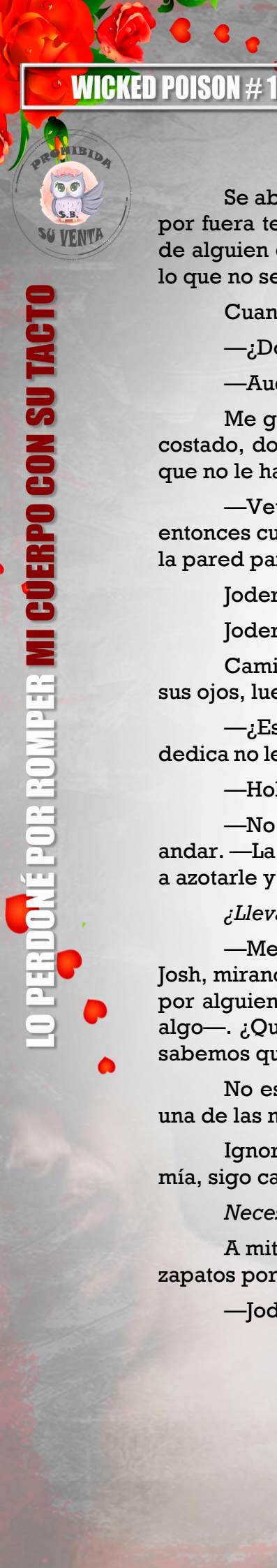
No es ningún secreto. Todo el mundo sabe quiénes son. Su familia es una de las más ricas de nuestra ciudad.

Ignorando a Josh porque sé que lo único que quiere es una reacción mía, sigo caminando, prácticamente arrastrando a Paige detrás de mí.

Necesito un maldito auto.

A mitad de camino, se detiene y se inclina para vomitar. No llega a mis zapatos por muy poco y doy un respingo.

—Joder, Paige. ¿Cómo demonios voy a explicarle esto a tu padre?



Empieza a negar. Luego sigue sintiéndose mal físicamente. Cuando creo que ha terminado, la levanto y me la echo al hombro. Ella aguanta, a duras penas, mientras corro el resto del camino a casa.

Cuando por fin entro, la tumbo en el sofá, agarro un cubo y lo pongo a su lado; luego voy al teléfono y llamo a su padre.

Responde enseguida.

—August, ¿va todo bien?

—Paige está aquí —le digo.

—Oh, se suponía que se quedaría en casa de Courtney esta noche. —Hace una pausa—. Iré a buscarla.

—Mira... —Me rasco la nuca—. Hay algo que deberías saber.

—August...

—La encontré en casa de Carina —le digo, usando el nombre de mi madre.

—¿Está bien?

—Está borracha.

Vuelve a hacer una pausa y le oigo decir algo a otra persona, seguido de un silencio antes de que vuelva a hablar.

—No se te permite relacionarte con Josh, August. ¿Cómo la conseguiste? —pregunta con suspicacia.

Cree que he vuelto con él.

No le culpo.

Le protegía, golpeaba a la gente por él y vendía por él.

Pero fue por dinero.

Necesitaba sobrevivir, y esa era mi supervivencia.

En aquel momento, no tenía otras opciones. Nadie en esta ciudad contrataría a alguien como yo.

—Tuve que hacer un trabajo para recuperarla —le digo, y no sé por qué lo hago—. No trabajo para él. Fue su condición para permitirme recogerla.

—Por supuesto que sí. Quiere que vuelvas. Todos sus clientes te tienen miedo. Necesita eso... ya no tiene esa moneda de cambio. —Resopla—. Ya casi estoy. —Cuelga y yo me dirijo a Paige y le echo el cabello hacia atrás mientras empieza a vomitar de nuevo.

La puerta de mi casa se abre y Glenn entra, directo hacia Paige, completamente vestido con su uniforme de policía.

—¿Cuánto tiempo lleva viéndola? —le pregunto a Glenn.

—No había estado... bueno, que yo supiera —responde él y se inclina hacia ella. Ella abre los ojos y se echa hacia atrás en el sofá—. Paige, vuelves a casa. —Él la ayuda a sentarse y, cuando lo hace, me mira con ojos duros.

—No vuelvas a ir a esa casa —le digo.

—No deberías haberle llamado —dice, mientras una lágrima cae de su ojo.

—Tuve que hacerlo.

—Sí, debía —dice Glenn y me hace un gesto con la cabeza mientras sale con Paige en brazos.

Capítulo 15

Rylee

—¿Cuándo fue la última vez que le viste? —pregunta Rhianna mientras conducimos a casa de nuestros padres el fin de semana siguiente. Ha pasado una semana desde que me senté frente a Anderson y sus padres y aún más tiempo desde que vi a August.

Un hombre me importa un bledo, el otro, bueno, me visita en sueños.

—Aquella noche en que nos viste —le digo, entrando en la calzada.

—Bueno, Noah me contó algo interesante sobre él. —Cierra la puerta y caminamos hacia el frente.

—¿Qué?

—¿Conoces todos esos muebles de su casa? Noah dijo que lo habías visto. —Asiento y esperamos antes de abrir la puerta principal—. Los fabrica todos. Noah dijo que ahora lo hace para algunos de sus mejores clientes después de que hiciera un escritorio para la oficina de Noah como agradecimiento. —No digo nada, solo asiento—. Es bueno. Noah dijo que el escritorio que hizo es probablemente uno de los mejores que ha visto.

Nuestra madre abre la puerta y dice:

—¿Por qué esperan aquí fuera?

—Ry me estaba contando todo sobre el trabajo. Ya sabes, ese lugar divertido al que va todos los días. —Rhianna pasa junto a nuestra madre, cuyos ojos se posan en mí.

—¿Dónde está Noah? —pregunta nuestra madre, sin dejar de mirarme, pero preguntando a Rhianna.

—Trabajando —dice y me llama—. Ry, vamos, ¿qué estás haciendo?

—Anderson está aquí —dice mi madre en voz baja.

Suspiro. ¿De verdad?

Dios mío, ¿qué parte de *no* no entiende?

Voy a retroceder solo para oír a mi hermana gritar:

—¿Qué demonios haces aquí?

Nuestra madre me deja inmediatamente y se apresura hacia Rhi. La sigo y veo los brazos de Rhianna cruzados, empujando sus pechos hacia arriba mientras le mira fijamente.

Anderson se levanta y sus ojos se posan en mí.

—Quiero hablar contigo. —Su voz es amable, y sé que no debo caer en esas tonterías.

—No, no va a pasar —afirma Rhianna.

—Rhianna, no te metas —reprende nuestra madre.

Rhianna se queda boquiabierta.

—Tal vez deberías seguir tu propio consejo. He oído lo que hiciste la semana pasada. —Rhianna la señala y luego se vuelve hacia Anderson—. Tú... tienes que irte. Deja de estar tan malditamente desesperado. Ella ha seguido adelante, por el amor de Dios. Ya no quiere tu trasero infiel.

Me estremezco ante sus palabras porque acaba de decirle que he pasado página.

Cuando lo compruebo, me doy cuenta de que eso es todo lo que ha oído también. Sus ojos se entrecierran y va a dar un paso hacia mí, pero Rhi le bloquea el paso y se coloca para que no pueda llegar hasta mí.

—Vete, Anderson —vuelve a decir.

—Quizá hoy no sea un buen momento —dice finalmente nuestra madre—. Podemos organizarlo en otro momento.

Anderson empieza a irse, pero antes, al pasar junto a mí, me agarra del brazo y se inclina hacia mí.

—Tenemos que hablar.

Tiro de mi brazo.

—No, no lo hacemos. —Doy un paso atrás para que no pueda alcanzarme de nuevo.

Sus ojos vuelan hacia mi hermana, luego vuelven a mí, antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Cuando se ha ido, me vuelvo hacia mi madre.

—Si vuelves a hacer esto, no volveré —le digo.

—¿Cómo pudiste hacer eso? ¿No te importan en absoluto los sentimientos de Rylee? —dice Rhianna, saliendo en mi defensa como siempre—. Ella no lo ama. Entonces, ¿por qué querías que estuviera con alguien que la engaña?

—A veces el amor es un sacrificio. —Endereza los hombros.

—No, querías decir que el amor es dinero —aclara Rhianna.

Nuestro padre entra con Beckham a su lado. Había olvidado lo mucho que se parecen, con su cabello oscuro y sus ojos grises.

—¿Qué pasa? —pregunta nuestro padre. Los dos nos quedamos de pie esperando a que mamá diga algo, pero ella se limita a ofrecer una sonrisa y

no dice nada mientras se dirige a la cocina. Nuestro padre la sigue y nos deja con Beckham.

—¿Qué ha pasado?

—No te preocupes por eso —dice Rhi.

Al mismo tiempo yo digo:

—Anderson estuvo aquí.

Los ojos de Rhi se abren de par en par.

Me encojo de hombros.

—Y déjame adivinar, ella le dejó entrar —dice, señalando con la cabeza la dirección que tomó nuestra madre.

—Sí.

—Deberías irte —dice.

Rhi asiente.

—No debería haber hecho eso, y si sigues dejando que se salga con la suya, seguirá haciéndolo. —Rhianna pone una mano en mi hombro—. Ve... a visitar a un amigo. —Me guiña un ojo.

—¿Qué amigo? —pregunta Beckham.

Esta vez, no se lo digo.

—A nadie. —Arruga la nariz y niega antes de marcharse.

—¿Cómo vas a llegar a casa? —le pregunto a Rhi porque yo conduje hasta aquí.

—Le mandaré un mensaje a mi puta —responde—. Vendrá a buscarme. No te preocupes. Escapa y ve a ver a *tu* puta.

—Sí, eso es un no —declaro, dando un paso hacia la puerta.

Cuando me doy la vuelta, Rhi está en su teléfono, enviando un mensaje a Noah.

—¿Cómo hemos cambiado completamente de posición? Yo nunca dejaría un evento con mamá o papá. A ti, en cambio, te he cubierto millones de veces.

Rhi guarda su teléfono en el bolso y se acerca a besarme la mejilla.

—Has dejado de beber el veneno y por fin has visto la luz. —Me empuja hacia la puerta y la cierra firmemente tras de mí.

Parpadeo un par de veces al ver la puerta cerrada, luego giro sobre mis talones y salgo pitando de allí.



No llamo a August ni voy a su casa. Aunque me encantaría volver a probarlo. En vez de eso, voy al bar. Algunos de mis compañeros de trabajo están tomando unas copas y, normalmente, las rechazo. Siendo la hija del dueño del negocio que algún día será mío, lo cual, debo añadir, no es forzado porque me encanta lo que hago, nunca he interactuado fuera del negocio con ninguno de los empleados porque mi padre nunca lo hace.

Primero veo a Shandy. También es contable. Se encarga de la clientela de pequeñas empresas, mientras que solo unos pocos nos ocupamos de las cuentas más grandes, mi padre y yo de las más grandes. Se da la vuelta y su cabello rojo fuego se agita cuando lo hace. Shandy es una de las únicas personas de mi edad en la oficina.

—Rylee, jodidamente lo lograste. —Me abraza con un brazo—. ¿Cuál es tu veneno? A mí me gusta la ginebra.

—Tomaré lo mismo.

—Impresionante. —Me coloco detrás de ella mientras pide y, cuando termina con el camarero, se vuelve hacia mí—. Nunca pensé que vendrías, pero siempre te invito por si cambias de opinión. Me alegro mucho de que estés aquí.

Se me calientan las mejillas y me subo el bolso al hombro.

—Gracias. Sí, no tenía planes esta noche... así que pensé, por qué no. —Sonríe, me da la bebida y me señala con la cabeza una mesa en la que están sentados otros miembros del personal.

—Venga... ahora mismo están en grandes conversaciones sobre lo paranormal. Ni me preguntes cómo hemos llegado a este tema. —Se ríe mientras toma asiento y me hace un gesto con la cabeza para que me siente a su lado.

—¡Rylee, vaya! No esperaba verte aquí —dice Benji a mi lado.

Le dedico una pequeña sonrisa amable y me llevo la bebida a los labios.

—Oye, ¿no sueles estar siempre con tu novio? —pregunta Harrison. Es un hombre que debería estar en casa con su mujer. Un hombre que, si no recuerdo mal, acaba de tener un bebé.

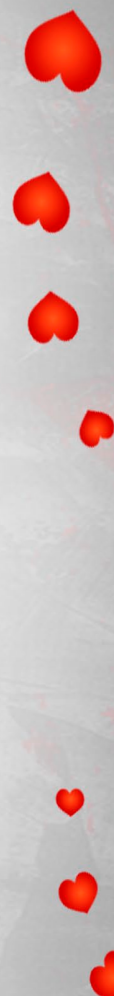
—¿Cómo está tu mujer? —le pregunto.

Alguien se ríe y me vuelvo hacia Shandy.

—En realidad, los hombres lobo no se convierten en lobos —dice uno de ellos, retomando su conversación—. Y los vampiros no vuelan.

Benji se inclina hacia delante, con el rostro serio.

—Vuelan si tienen edad suficiente. Y, por supuesto, se convierten en lobos. De ahí les viene el nombre. Vamos, ¿en qué planeta vives?



Escucho, dando un sorbo a mi bebida, pensando en silencio qué demonios están discutiendo, cuando alguien me da una palmada en el hombro. Al girarme hacia un hombre que no reconozco en absoluto, no puedo evitar entrecerrar los ojos.

—Oye, tú eres amiga de August, ¿verdad?

Bueno, eso es raro.

—No —respondo, y luego me doy la vuelta para ordenar mis pensamientos. Shandy observa al tipo con atención y noto un ligero movimiento de cabeza, que no tengo ni idea de qué significa.

—¿Te apetece una copa? —pregunta.

—Ha dicho que no —responde Shandy por mí, con los labios fruncidos y la mirada fija.

Echo un vistazo a la mesa: los demás no prestan atención mientras discuten sobre hombres lobo.

—Solo quiero hablar. Nada de carne, señora. —Cuando vuelvo a girarme hacia él, me está estudiando—. Encantado de conocerte, Rylee. Soy Josh. Saluda a August de mi parte. —Me guiña un ojo y sale del bar.

Umm, vale.

—Eso fue raro. ¿Le conocías? —pregunta Shandy, sus ojos firmemente puestos en la salida.

—No. En absoluto.

—Probablemente te reconoció de alguna parte. Apuesto a que te pasa a menudo. —Pega su vaso al mío y vuelve a la conversación.

Bueno, ¿eso también es extraño?

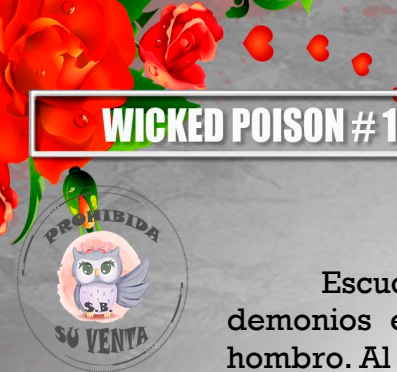
Saco el teléfono y envío un mensaje a August.

Alguien dijo que te saludara. Josh... ¿lo conoces?

Espero y, como no responde, pongo el móvil sobre mis rodillas y me uno a la conversación. Shandy es simpática y empieza a hablar de su vida privada. Vive sola, y su familia tiene una casa en otro estado, así que a todos los que ha conocido han sido del trabajo, ya que se mudó específicamente por ello.

Mi teléfono emite un pitido en mi regazo mientras nos ponemos de pie para tomar una segunda copa, y miro hacia abajo, leyendo el mensaje.

¿Dónde estás?



Ni hola, ni nada.

Así que decido ignorarlo y me dirijo al bar. Grito una ronda de bebidas para la mesa y, cuando vuelvo, hay unas cuantas llamadas perdidas.

Estoy en Wobbly.

Le devuelvo el mensaje y decido no llamarle. No estoy segura de querer oír su voz ahora. Soñar con él es suficiente sin tener que oírlo también.

—Así que tú y tu novio... ¿es un no-no? —pregunta Shandy en voz baja.

—Separados.

Ella asiente.

—¿Estás bien?

—Sí, ya era hora. Pasamos nuestra fecha de caducidad hace mucho tiempo.

—¿Puedo decir algo que puede que no te guste oír? —Se muerde el labio.

—Umm... claro.

—Intentaba ligar conmigo cada vez que entraba. Sinceramente, me ponía los vellos de punta. —Se estremece.

Por supuesto que sí.

—No mires ahora, pero... ¡mierda! El hombre más devastadoramente guapo acaba de entrar, y bueno, mierda... viene hacia aquí. —Se sienta más recta y se levanta las tetas, que ya se le salen por encima del vestido. Tengo que reírme hasta que ese hombre guapísimo está de pie justo delante de mi silla.

Al levantar la vista, veo unas botas negras, seguidas de un vaquero negro, una camisa verde que cubre unos hombros duros como el acero y una mandíbula tensa mientras me mira fijamente.

¡Oh, mierda! ¿Está enfadado?

Unos ojos verde bosque se clavan en los míos.

—Tenemos que hablar —dice, y parece que todo el mundo detiene su conversación.

Me pongo en pie y saludo a Shandy con la cabeza.

—Será solo un minuto. —Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, sintiéndole detrás de mí a cada paso hasta que el aire frío me golpea el rostro y me produce un escalofrío por todo el cuerpo. Cuando me doy la vuelta para preguntarle si todo va bien, va de un lado a otro con las manos cerradas en

puños a los lados. Pero aún más preocupantes son sus fosas nasales dilatadas y su respiración ruidosa por la nariz. Parece un toro furioso.

—¿Dónde está?

—¿Eh? —pregunto con una mueca.

—Josh. ¿Estuvo aquí?

Ah, eso. Asiento, a lo que él se acerca hasta que nuestros pechos casi se tocan.

—Aléjate de él. Si se acerca a ti, te irás por otro lado.

—¿No podías haberme enviado un mensaje con esa información? —pregunto, frunciendo las cejas en señal de confusión.

—Es peligroso. Mantente alejada.

Asiento. Qué otra cosa puedo hacer, pero esto le hace rechinar los dientes.

Me he tomado unas copas y estaba feliz. Debería estar preocupada, pero en vez de eso, estoy excitada.

—¿Quieres entrar a tomar algo? —pregunto, señalando con la cabeza la barra.

Me mira en esa dirección y luego de nuevo a mí, sus ojos me recorren de arriba abajo antes de asentir.

Voy a tener suerte esta noche.



Capítulo 16

August

Probablemente en contra de mi buen juicio, sigo a Rylee al interior del bar. Lleva un vestido rosa ajustado que abraza su trasero perfecto, con unos tacones blancos que acentúan sus piernas y que me imagino enrolladas alrededor de mi cuello. Esos zapatos son probablemente la única razón por la que accedí a entrar.

Porque odio a la gente.

Por alguna razón, sin embargo, la pequeña señorita Rylee Harley parece tener el efecto contrario en mí.

No me desagrada, aunque he intentado mantenerme alejado.

Créeme, lo he intentado.

Su amiga pelirroja me mira y sonríe.

Rylee me agarra de la mano y tira de mí para que me siente a su lado.

—Shandy, este es August —nos presenta Rylee.

—Encantada de conocerte —responde ella.

Rylee se lleva la copa a los labios, y yo tengo muchas ganas de saborearlos ahora mismo.

—¿Quieres uno? —pregunta Rylee antes de colocar el vaso sobre la mesa.

—No. Yo conduciré.

Ella asiente, lo que hace que Shandy se acerque a Rylee. Creen que están susurrando, pero no es así, y puedo oír cada maldita palabra.

—¿Este es tu nuevo sabor? Porque es mucho mejor que ese otro imbécil. Ni siquiera me mira. Ese hombre solo tiene ojos para ti.

Intento no sonreír ante sus palabras.

—Es mi nuevo postre. Sí. —Sonríe y me guiña un ojo antes de volver a agarrar su vaso y terminarse la bebida.

—Oye, tú no eres Anderson. ¿Quién eres tú? —me dice un tipo claramente mayor que yo.

Rylee responde antes de que pueda:

—No es asunto tuyo, Benji. ¿No deberías estar ya en casa?

—Si no fueras la hija del jefe... —dice, sacudiendo la cabeza y llevándose la cerveza a la boca para obviamente detener lo que estaba a punto de decir.

—Sí, ¿tú qué? —responde ella, apoyando los codos en sus rodillas desnudas.

Quiero apartarla antes de que sus ojos se posen en su escote: es difícil no mirar ese par de tetas.

—No importa —murmura.

Rylee deja caer una mano sobre mi rodilla, se vuelve hacia su amiga y empieza a hablar. Su mano empieza a deslizarse por mi pierna y tengo que ponerla encima de la suya para detenerla. Me la aprieta y se ríe.

—Me estoy cansando un poco. ¿Quieres irte? —pregunta Rylee, su voz bajando a un susurro sexy.

—Estás borracha.

—Me gusta el sexo cuando estoy borracha —dice más alto de lo que pretendía, haciendo que los ojos de todos se fijen en nosotros.

Me pongo en pie, agarro su bolso y la acompaño fuera.

Se ríe mientras salimos y me agarra el trasero con la mano y me lo aprieta con fuerza.

—Siempre he querido hacer eso —dice, y luego se apoya en mí.

—¿Siempre?

—Sí. Desde el primer día que te vi caminando por los pasillos de nuestra escuela.

Me detengo y le levanto la barbilla con el dedo.

—¿Me deseas desde el instituto?

Sus pestañas se agitan antes de lamerse los labios. Mis ojos se posan en ellos. Esta noche están más rosados que de costumbre y me pregunto a qué sabrán de nuevo.

—Todas las chicas te deseaban. —Respira con dificultad y da un paso adelante, sin poner distancia entre nosotros, nuestros cuerpos se tocan—. Y ahora, te tengo.

Equivocada. Oh, tanto.

Doy un paso atrás, desbloqueo el auto y le abro la puerta para que pueda entrar. Está confusa, lo noto en la inclinación de su cabeza, pero enseguida se tranquiliza.

Mientras la llevo a su casa, me mira fijamente durante todo el trayecto, pero no dice ni una palabra hasta que llegamos.

—Deberías entrar. Quédate.

—No. Tengo trabajo que hacer.

—Ven. —Su mano se desliza sobre mi vaquero y sobre mi polla—. Haré que merezca la pena. —Miro su mano y luego sus ojos oscuros y sin alma. Esta noche están vidriosos.

—No. ¿Necesitas que te acompañe dentro?

Retira la mano como si estuviera ardiendo.

—¡No! Sé cómo entrar.

Me quedo sentado en su auto. Señalando las llaves, le pregunto:

—¿Qué llave necesitas? Traeré el auto por la mañana.

Señala con la cabeza al de la derecha y se baja.

Cuando llega a la puerta, espero a que entre. Sus ojos encuentran los míos y no me voy hasta que cierra la puerta.



—Todavía está dormida —dice Noah, abriendo la puerta del apartamento de Rylee al día siguiente. Le doy las llaves—. ¿Te llevaste su auto?

—Estaba borracha.

Asiente en señal de comprensión.

—Mira, no me corresponde, pero con lo que está pasando, parece que pasan mucho tiempo juntos. —Agarra con fuerza su café.

—Tienes razón. No te corresponde. —Él asiente y acepta mi respuesta. Me gusta Noah. Me ha tratado con más respeto que la mayoría de la gente en toda mi vida.

Pero esta parte de mi vida, lo que tengo con Rylee, no lo comparto con nadie. Porque seamos sinceros, ni siquiera yo sé lo que es todavía.

¿Cómo puede ser algo?

Es una niña rica que quiere follarse a un chico malo.

El problema se explica así de fácil.

Mi problema es que la dejo porque su coño de niña rica es dinamita.

Explosivo.

Como un maldito ciervo atrapado en los faros.

Y parece que no puedo alejarme.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —pregunta Noah.

Me froto la nuca.

—En realidad, necesito un favor.



—¿Sí?

—¿Me prestas un camioneta? Necesito leña.

Noah no dice nada. Simplemente se aleja y vuelve con las llaves en la mano.

—Es jodidamente nuevo, no lo estropees —afirma mientras me las pasa.

—Gracias, hombre, te lo agradezco.

Noah asiente y se gira para cerrar la puerta.

Al llegar a su camioneta, oigo mi nombre:

—August. —Al girarme, veo a Rylee de pie, con el cabello oscuro pegado a el rostro, pero aún vestida con el mismo impresionante vestido rosa que llevaba anoche.

—Quiero disculparme... por lo de anoche.

—¿Por qué? —pregunto, abriendo la puerta del auto.

Rylee frunce el ceño, la confusión escrita en su rostro, y luego niega.

—Por todo.

—No te acuerdas, ¿verdad?

Sus cejas se pellizcan.

—Sí. De la mayor parte, al menos.

Me rio y subo.

—¿Adónde vas?

—Para conseguir provisiones.

—¿Puedo ir? —Mis cejas se fruncen cuando miro fijamente lo que lleva puesto y no contesto—. Voy a cambiarme. Solo... ¿puedes esperar unos minutos? —Sale corriendo sin dejarme responder.

Compruebo la hora en el tablero y pienso que esperaré exactamente cinco minutos. Si para entonces no ha vuelto, me voy. Pero entonces la veo salir corriendo, tapándose la cabeza con una camisa. Tira de la puerta del acompañante y deja el bolso en el asiento trasero antes de subir. Está claro que se ha duchado, la ducha más rápida que se recuerda, porque huele de maravilla y se ha recogido el cabello en un moño.

—¿Te has duchado? —pregunto porque estoy impresionado.

Rylee levanta la pelvis hacia delante y se abrocha el botón superior del pantalón antes de volver a sentarse y pasarse el cinturón de seguridad por el cuerpo.

—Rápido, pero sí. Apestaba.

Con un movimiento de cabeza, arranco. Cuando salimos a la carretera, ella se inclina y me quita las gafas de sol de la parte superior de la cabeza.

—Me duelen los ojos. —Se las pone en el rostro y me mira—. ¿Adónde vamos?

—Es domingo. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer que lo que voy a hacer yo.

—No, no hay planes. —Ella sonríe—. Soy toda tuya.

—Genial —murmuro en voz baja, el sarcasmo no se oculta, pero ella me oye igualmente.

—Deberíamos conocernos —declara cuando el silencio la supera.

—¿Por qué?

—Porque podríamos ser amigos.

—Sí, eso no va a pasar —le respondo.

—¿Por qué, porque soy una chica?

—No, porque me he follado tu coño.

Girando bruscamente a la izquierda, entro en el lugar de jardinería para recoger suministros.

—Deberías intentarlo. Por lo que veo... no pareces tener amigos, aparte quizá de Noah. Y yo quiero ser uno para ti.

—Otra vez, hemos follado. La gente que folla no puede ser amiga.

—No más sexo entonces. Olvida lo que pasó.

—¿Quieres olvidar que hemos follado? —pregunto, y no puedo evitar la enorme sonrisa que se forma en mi rostro.

Ella niega.

—Sí, ya está olvidado. Ahora... ¿amigos? —pregunta, tendiéndome la mano para que se la estreche.

Parpadeo una vez, suspiro y la miro, luego me doy la vuelta y salgo de la camioneta. Doy una zancada hasta su lado, abro la puerta y le ofrezco la mano. La agarra mientras sale y, cuando lo hace, me aseguro de apretar mi cuerpo contra el suyo, lo que hace que respire entrecortadamente y le tiemble el labio inferior. Me inclino hacia ella, le quito las gafas de sol del rostro y veo que sus ojos ya están fijos en mis labios.

Justo cuando cree que estoy a punto de besarla, me retiro.

—Ves... todavía quieres follarme. —La suelto y la dejo allí de pie.

—Eso es injusto. Estoy ardiendo y tienes que apagar las llamas —grita desde detrás de mí.

Me detengo en seco. Todo el mundo en el patio nos mira. No puedo evitar que se me ericen los labios cuando me vuelvo y la veo subir de nuevo al auto, avergonzada por su arrebató.

Amigos.

Menudo chiste.

Porque planeo follármela de nueve maneras hasta el domingo.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

Capítulo 17

Rylee

Me paso una eternidad sentada en el auto esperándole: tengo hambre, sed y ganas de sexo. Cuando August por fin regresa, carga la parte trasera del camión con todas sus compras antes de subir. Está cubierto de sudor, gira la cabeza y pregunta:

—¿Te sientes mejor? —Sus labios se levantan.

Quiero arrancarle esa sonrisa del rostro, pero me ofrece una botella de agua y la agarro con las manos ansiosas.

—No, tengo hambre... —Hago una pausa, no queriendo avergonzarme más—. Gracias.

—Te cocinaré algo cuando lleguemos a casa. ¿Crees que Noah traerá tu auto al mi casa para que podamos intercambiarlos?

Asiento, sabiendo que lo hará.

Le envío un mensaje rápido y responde enseguida.

—Dijo que estará en la tuya en unas horas.

—Tú y tu hermana son muy diferentes para ser gemelas idénticas. —Su mano agarra con fuerza el volante mientras empieza a hablarme.

—Claro que sí. No compartimos el mismo cerebro —respondo. Siempre recibimos comentarios y preguntas así.

Cosas como...

¿Son iguales?

¿Por qué ella hace eso y tú no? ¿No son idénticas?

Es lo mismo una y otra vez.

Mi favorito de los chicos es...

Dos por el precio de una. Mis sueños se hacen realidad.

Sí, ¿puedes decir eww?

—¿Cómo es tener un gemelo?

Sorprendentemente, nadie me había hecho esa pregunta antes, y es un cambio agradable.

—Crecer fue bueno. Por aquel entonces no sabíamos quiénes éramos, así que todo fue una curva de aprendizaje gigantesca. Podíamos engañar a nuestra madre, pero nunca a Beckham. Él era el único al que nunca podíamos engañar con nuestras payasadas... —Hago una pausa, sonriendo—. Cuando

llegamos a los dieciséis... fue cuando nos dimos cuenta de que no nos parecemos en nada. Ni siquiera en nuestros colores favoritos. Y sobre todo en nuestro gusto por los hombres. Pero siempre estuvimos juntas. Es literalmente la única persona que conozco a la que se lo contaría si matara a alguien, y su primera respuesta sería: ¿Y qué hacemos con el cadáver? — Suspiro.

—Debe ser agradable tener a alguien así en quien confiar —dice, entrando en su casa.

—Te ayudaría a esconder un cuerpo, August. Eso... si fuéramos amigos. —Le guiño un ojo, saliendo del auto.

Oigo su risa mientras los dos nos acercamos a la parte trasera. Empieza a descargar y yo agarro las piezas más pequeñas que puedo llevar y le dejo las más grandes a él. No hablamos mientras trabajamos, pero noto sus ojos clavados en mí. Justo cuando terminamos, Noah llega con mi hermana a cuestas. Se baja del auto, se acerca y pasa su brazo por el mío.

—Estás sucia. Y no en el buen sentido.

—Chicas, las oímos —dice Noah, sonriendo ampliamente a Rhianna.

—Cállate. —Se vuelve hacia mí—. ¿Cenamos esta noche? Si no tienes otros planes, claro.

August, que no lleva camisa, se limpia el rostro con ella.

—Quiero decir, te daría un pase si estuviera mirando eso —afirma Rhianna.

—Todavía puedo oírte —le recuerda Noah.

Los ojos de August encuentran los míos y se apartan rápidamente mientras vuelve a vaciar la camioneta.

—Claro, nos vemos entonces.

Noah y ella se marchan, dejándome de nuevo a solas con August. Lo sigo por la parte trasera de su casa hasta el cobertizo donde está apilada toda la leña, y observo cómo abre las grandes puertas dobles. Dentro hay herramientas colgadas en la pared, que no tengo ni idea de para qué sirven, y un gran banco corrido en el centro.

—¿Haces todas tus cosas aquí? —pregunto entrando por la puerta. Al fondo del garaje hay una gran mesa que contiene algunas de sus obras en curso. Paso la mano por la madera lisa y me vuelvo hacia él.

—La carpintería era la única clase que me gustaba —me dice, refiriéndose a sus días de instituto—. Luego, en la cárcel, fue lo mismo. Me mantenía ocupado y me ayudaba a pasar el tiempo. —Se encoge de hombros—. Me gusta hacer cosas con las manos.

—¿Me preparas algo? —pregunto—. Te pagaré, por supuesto.

—¿Qué podrías necesitar?

—Sorpréndeme —le respondo.

August se limpia las manos en la camisa, que se ha metido por dentro del vaquero y ahora le cuelga por un lado de la pierna. Empieza a volver a la casa.

—Vamos, me muero de hambre.

Le sigo hasta la cocina, donde empieza a sacar comida de la nevera y se sirve un vaso de leche. Cuando me ofrece un vaso, niego, arrugando la nariz.

La leche sola es repugnante.

¿Cómo puede beberse así? No tengo ni idea.

Oigo que llaman a la puerta, deja el vaso y sale a abrir. No puedo ver quién es, pero sin duda puedo oírlo.

—August, mira... Sé que hiciste lo correcto... —El visitante hace una pausa—. Ha estado pidiendo verte. —Salgo a la vista para que quienquiera que sea sepa que estoy aquí. El agente Glenn está en la puerta principal con Paige a su lado. Frunce los ojos confundido mientras mira entre nosotros.

—Señorita Harley —dice, señalándome con la cabeza.

—Hola, Glenn, Paige, me alegro de veros.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Glenn.

—No, Rylee me estaba ayudando a llevar la leña atrás.

Glenn asiente.

—Bien, bueno, de todas formas... como he dicho, Paige ha estado preguntando por ti. Me imagino que está en buenas manos aquí.

August asiente y se hace a un lado, dejando entrar a Paige. Me pasa a toda velocidad y va directa a la cocina.

—No dejes que se vaya a ninguna parte, y gracias de nuevo por la última vez.

August asiente antes de que Glenn me eche una última mirada mientras se marcha. Cuando cierra la puerta, August se vuelve hacia mí.

—¿Debería irme? —pregunto.

—No. Quédate —dice, y no puedo resistir la sonrisa que me roza los labios mientras vuelve a la cocina. August vuelve directamente a cocinar mientras yo me siento junto a Paige en los dos taburetes que tiene en la encimera de la cocina.

—¿Ni siquiera vas a mirarme? —pregunta Paige con voz ronca, al borde de las lágrimas—. August —implora, sin poder contener las lágrimas que brotan de sus ojos y se deslizan, corriendo por sus mejillas.



Coloca el cuchillo sobre la encimera y se enfrenta con ella, luego niega antes de volver a cortar.

—August —reprendo.

Paige empieza a sollozar y se levanta, excusándose antes de marcharse.

—Esa chica está claramente disgustada. —Aprieta la mandíbula ante mis palabras, pero no me contesta—. Bien, entonces. —Me pongo en pie y sigo a Paige, donde se ha encerrado en el baño. Llamando a la puerta, pregunto—: ¿Puedo entrar?

—Sí. —Su voz es baja.

Cuando abro la puerta, está sentada en el borde de la bañera, tapándose el rostro.

—Oye, no te preocupes. Seguro que todo irá bien. —Le doy una palmadita en la espalda, inclinándome hacia ella.

—No, no lo hará. Sabía que se enfadaría, pero lo hice de todos modos.

—¿Hacer qué?

Paige levanta la cabeza y veo exactamente los mismos ojos verde bosque que August.

—Fui a verla, y cuando lo hice, bueno... es una borracha, y supongo que, de tal palo, tal astilla... —se aleja, secándose las lágrimas.

—¿Te emborrachaste con tu madre? —pregunto, tratando de entenderlo todo en mi mente.

—Sí. August la odia. Pero es nuestra madre. ¿Cómo puede odiarla tanto si solo habla de él?

—Porque ella está usando eso para llegar a ti. ¿Ya te ha pedido que empieces a vender? ¿Tal vez tu cuerpo? —pregunta August, de pie en la puerta.

Me quedo boquiabierta, incapaz de hablar.

—Ella nunca lo haría.

—Esas... esas pocas palabras me demuestran que no sabes quién es. Aléjate de ellos, Paige. Lo digo en serio. No son más que problemas.

—Ella nos ama.

—No, no lo hace. Le encanta la idea de utilizarnos. Eso es todo lo que le importa a esa mujer —dice, y luego entra en el pequeño espacio—. La comida está lista.

Asiento, entendiendo el mensaje. Cuando paso junto a August al salir, mi brazo roza el suyo.

—Solo habla de ti —le dice Paige a August mientras salgo despacio por la puerta, intentando escuchar la conversación que sé que va a empezar.

—Dejó de preocuparse por si me bañaba o no cuando tenía seis años. Dejó de darme de comer a los diez. Ni una sola vez me visitó en la cárcel. Ni una carta. Nada de nada. Dime, Paige, ¿eso suena como todas las características de una madre cariñosa?

—Hablas como papá —escupe.

—Escúchale. Porque... —Hace una pausa de unos segundos y luego continúa—. Tiene razón.

Deseando darles un poco de intimidad, voy y me siento en el porche. Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy sentada en una silla de madera. La madera, aunque vieja en textura, parece nueva y está lijada a la perfección, luego teñida con algo para mantener la textura. Las patas de la silla tienen forma de ruedas de madera que se asientan sobre una base de trineo. Hay dos sillas con una mesa de diseño similar entre ellas.

La silla es única, impresionante, y me encanta. Los brazos parecen tener un patrón ornamentado grabado en la superficie, y no puedo evitar frotar las manos hacia delante y hacia atrás sobre la superficie de la madera pulida.

—Seguro que la silla está disfrutando del roce que le estás dando. —Mi mano se detiene en la superficie de la madera.

—¿Lo lograste?

August cruza los brazos sobre el pecho, resaltando aún más sus músculos.

—Sí.

—¿No deberías estar cubierto de tatuajes?

—¿Por qué? ¿Porque he estado en prisión? ¿Por eso crees que debo estar cubierto de tinta? —Se ríe cuando Paige finalmente sale, con las lágrimas ya secas—. Vamos, niña rica, la comida está lista —dice, señalando con la cabeza hacia la casa.

No puedo evitar echar otro vistazo a las sillas.

—August es un superdotado —dice Paige sonriendo. Obviamente está orgullosa del talento de su hermano—. ¿Qué está pasando con ustedes dos?

Mi teléfono empieza a sonar y veo el nombre de Anderson parpadear en la pantalla. Pulso ignorar y vuelvo a prestar atención a Paige.

—Nada. —Me levanto y saco las llaves del bolsillo con una sonrisa—. Despidete de August de mi parte. Lo siento, tengo que irme.

Asiente y no dice nada más mientras subo al auto para marcharme.

August sale y me mira. Se me congelan las manos en el volante, pero consigo arrancar, aunque mi cabeza me pide a gritos que vuelva con él.

Me detengo en el arcén porque estoy hambrienta y quiero comer algo antes de irme a casa y dormir el resto del día antes de cenar con Rhi. Mientras agarro algo de beber, una mujer se pone delante de mí, bloqueándome la vista. Intento esquivarla y entonces me doy cuenta de que es la misma mujer de la noche de la fiesta con Anderson. Mis ojos se posan en su vientre, que es redondo. No es demasiado grande, pero es más que evidente que está embarazada.

—Eres Rylee, ¿verdad? —pregunta.

—Sí.

—Me dijo que no era lo suficientemente buena para él. Que no *lo éramos*. —Se frota la barriga—. Dijo que estabas destinada a tener sus bebés, nadie más.

—No sé muy bien qué quieres que te diga —respondo, con las cejas juntas.

Niega como si tratara de borrar la visión de su mente.

—Lo siento, es todo lo que quería decir. No sabía nada de ti cuando nos enrollamos. Me dijo que estaba soltero. Y cuando descubrí que no lo estaba, me fui. Hasta que... —Se mira la barriga y vuelve a frotársela—. Bueno... hasta que me enteré de lo del bebé. Y sabía que, si me había mentido antes, sobre ti, bueno... diría que este bebé no era suyo cuando yo sé que sí lo es. Así que me hice una prueba de ADN para que no pudiera negarlo.

—Umm... bien. —No sé por qué siente la necesidad de contarme todo esto.

—Mira... sé que esto es raro. Pero quiero que sepas que no sabía nada de ti. —Las lágrimas empiezan a resbalar de sus ojos, cayendo por sus mejillas y sobre la parte delantera de su vestido.

—¿Cuántos años tienes?

Las aparta de un manotazo, evidentemente enfadada porque está dejando que todo la afecte.

—Dieciocho —responde.

Cielos.

Dios mío, está más cerca de la edad de mi hermano que de la de Anderson.

—Simplemente no... —Me detengo porque no puedo decirle lo que tiene que hacer. No puedo decirle que un día él también podría hacerle daño. No me corresponde hacerlo. En lugar de eso, le digo—: Buena suerte y sin rencor. —La rodeo y le sonrío lo mejor que puedo.

Joder.



BEAUTIFUL POISON

WICKED POISON #1



Anderson es un auténtico idiota.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO



103



MY T.L. SMITH
BEAUTIFUL



Capítulo 18

August

—¿Vas a contarme qué te pasa? —pregunta Paige mientras le tiendo un vaso de leche.

—Come. —Hace lo que le digo, pero sigue mirándome fijamente—. No pasa nada.

—Es curioso que tus respuestas sean las mismas.

Niego.

—Lo siento. Es duro. Soy una chica, August, rodeada de hombres. ¿Sabías que cuando tuve mi primera regla, papá tuvo que buscar en Google qué hacer? —Se estremece—. Quería una madre que me ayudara. *Necesitaba* una madre para poder hacer todas las preguntas. En vez de eso, tuve que recurrir a una búsqueda en internet.

—No es una madre, y deberías saberlo.

—Sí, pero es la única que tengo.

Supongo que es diferente para nosotros. Yo no la necesitaba entonces como Paige la necesita ahora. No lo entenderé porque no soy una chica, pero intentaré ayudarla si puedo.

—No la necesitas, Paige. Seguro que tienes otras mujeres con las que puedes hablar. ¿Qué hay de la madre de Beckham?

Tose y niega.

—No, la señora Harley no es alguien a quien acudir en busca de consejo. Rylee, por otro lado... —Me sonrío—. Yo iría a Rylee.

—Hmm...

—Rylee es buena. Me gusta. ¿A ti no?

—Hmm... —Me doy la vuelta y empiezo a limpiar el desorden.

—No puedes ignorar todo lo que pregunto sobre ella, August.

—Dejaré de ignorarte si prometes no volver a ir a esa casa.

—Josh parece agradable —dice a la defensiva.

Me giro rápidamente con el paño en la mano.

—No. *No, no* lo es. Mantente lejos de él, Paige. ¿Me entiendes?

—¡Bien, bien!

—Dime que lo harás. Si le ves, te irás por el otro lado. Prométemelo.



Pone los ojos en blanco, pero no bromeo.

—Paige —gruño su nombre, haciendo que sus ojos se dirijan a los míos.

—Sí, de acuerdo, lo entiendo.

—Bien.



Rylee me manda dos mensajes la semana siguiente, avisándome de que va a venir.

Amigo.

Así termina los mensajes.

Amigo.

Mi polla se estremece al pensar en verla. ¡Mierda! Lo que daría por tirarla sobre mi sofá y tenerla de nuevo.

Qué dulce sería esa vida.

El jueves llega cargada con dos bolsas. Le abro la puerta y entra con las bolsas en la mano.

—Pedí pizza y postre. Porque la gente que no toma postre después de comer se considera mala, para que lo sepas. —Se pavonea, con sus tacones haciendo ruido en el suelo de madera, vestida con una falda hasta la rodilla y una blusa blanca. Veo el contorno de su sujetador en la parte superior. Obviamente, es su ropa de trabajo.

—¿Y si estaba cocinando?

—Ah, ¿sí? —responde. Como no contesto, empieza a sacar la comida de las bolsas—. Eso pensaba. Ahora... da las gracias, siéntate y come conmigo.

—Estás mandona. ¿Es porque quieres sexo? —pregunto, luchando contra la sonrisa en mis labios.

Ella detiene su mano y niega infinitesimalmente.

—Pues sí. Y tú te niegas a ayudar con esa situación, así que aquí estoy —dice dulcemente y frunce los labios—. Siendo amigos.

—Nunca funcionaríamos. Nunca —le digo, agarrando la pizza que ha sacado. Me acerca la caja y abre la otra, más pequeña, llena de pastelitos.

—¿Por qué? ¿Porque somos opuestos? —pregunta, levantando una tarta de queso.

—Eso no es la cena.

—Sí, así es. Postre antes que los chicos. —Ella toma un gran bocado.

—Sí, somos opuestos, pero también porque soy del lado equivocado de las vías.

—Fuimos a la misma escuela... juntos —señala.

—Lo hicimos, y ni una sola vez hablamos o salimos durante ese tiempo.

—Nunca miraste en mi dirección.

—No, y era porque me follaba a mujeres, no a niñas. —Muerdo la pizza mientras sus ojos se abren de par en par, pero se contiene.

—Cuéntame algunas historias.

—¿Quieres oír historias sobre cómo me follaba a las madres ricas?

—¿Tú qué? —dice con el susto escrito en el rostro.

—Por supuesto que sí. Te dije que no era bueno. Y esas madres a las que me follaba no aprobaban que sus hijas salieran conmigo.

—Oh, Dios, ¿no me digas que estaban casadas?

—Y peor.

—Vale, cambio de tema, ya que conozco a la mayoría de la gente de este pueblo. ¿Qué tal la cárcel? —Me mira ansiosa mientras espera que le responda.

—Es algo que elijo olvidar. Es una parte de mi vida que no quiero revivir.

—Joder, eres un huevo difícil de sacar información.

Sonríe ante sus palabras.

—Y tienes una boca sucia. ¿Lo sabe tu familia?

Se encoge de hombros.

—Solo Rhi y Beckham.

—¿Tienes otros amigos?

—Sí... bueno, no. Creo que Shandy es mi amiga. Me cae bien.

—¿Con la que trabajas?

Ella asiente.

—Sí. Y tú, por supuesto.

—Quieres follarme. Hay una diferencia.

Se inclina hacia delante.

—¿Pero lo hay? —Me mira con los ojos en blanco.

—¿Te haría feliz si te pongo en esta mesa, abro tus piernas y me deslizo dentro?

Hace una pausa, se repone y responde:

—Sí. —Deja la tarta y se levanta—. Estoy lista. vamos —dice, abriendo los brazos de par en par—. No me importa si suena desesperado.

No puedo evitar la risa que brota de mi interior.

¿Quién demonios es esta mujer?

¿Y dónde ha estado toda mi vida?

—Siéntate, niña rica. Estoy comiendo. —Le hago señas para que pare.

Sus manos caen, esos ojos oscuros me roban el aliento.

—No, eso es injusto.

—¿Por qué no le pides a Anderson que te lo haga? —pregunto, recuperándome de su mirada.

Resopla y se sienta. Toma un poco de pizza, la muerde y murmura con la boca llena—: No me hagas hablar de él.

—Ahora, me tienes intrigado.

—No, de verdad... no me hagas empezar. Me pregunto si fui tonta, ciega o tal vez solo estúpida —dice mientras niega.

—Tal vez un poco de cada uno —ofrezco.

Hace una pausa y me tira la corteza de la pizza.

—No soy ninguna de ellas, muchas gracias.

—Si tú lo dices.

—No puedes decirme que nunca te has equivocado estando con alguien antes.

—Eso no se discute.

—Oh, vamos... dime.

—No.

—Bien, como quieras. Sé un capullo, entonces.

Terminamos de comer en silencio. Ella mira el móvil un par de veces y luego empieza a limpiar el desorden. La observo, me gusta cómo se mueve por mi casa vestida con su ropa de trabajo, demasiado ajustada para ese cuerpecito.

—Puedo sentir que me miras.

No niego ni confirmo hasta que echa un vistazo por encima del hombro y me observa antes de volver a acercarse.

—Entonces, ya que tu vida sexual y tu vida en prisión están fuera de la mesa, ¿de qué podemos hablar?

—De nada.

Ella niega.

—Esto somos nosotros, siendo amigos, y yo aprendiendo más sobre ti.

—Deberías buscarte otro amigo.

—Pero ya he invertido mucho en nosotros. —Intenta luchar contra la sonrisa que le roza los labios, pero no puede vencerla—. ¿Y en qué estás trabajando? Seguro que puedes compartirlo.

—No es nada que pueda interesarte.

—Dios mío, August... dímelo de una maldita vez —suelta.

—He hecho cuatro escritorios para la oficina de Noah. Uno para su jefe, luego algunos de sus empleados, pero tengo más por hacer.

—Eso está muy bien. ¿Son caros?

—Noah puso el precio y ellos pagaron. —Hago una pausa—. Tres mil por mesa —le digo.

—Seguro que valen eso y más si esas sillas y la mesita de fuera sirven para algo.

No esperaba esa reacción. Esperaba que quizá no valiera tanto. Pero después de la primera mesa, siguieron pidiendo más, y entonces, bueno, la duda empezó a disiparse poco a poco, hasta la entrega, claro. Es entonces cuando el monstruo asoma su fea cabeza hasta que el cliente está contento. Y hasta ahora, todos los clientes han estado más que contentos, lo que me sorprende más que nada.

—Han pasado mi nombre a más empresas. Tengo un contrato con algunas de ellas. —No se lo he dicho a nadie más que a Noah, tratando de mantener las cosas más interiorizadas de lo que probablemente debería. El problema es que, después de estar dentro tanto tiempo, todo se convierte en una lucha, e interiorizar es lo que mejor se hace para mantener la cordura.

—Tenemos que montarte un negocio. —Se levanta de la silla y sale.

¿Se va?

Entonces oigo cerrarse la puerta del auto y vuelve con el ordenador en la mano y se sienta en el sofá. Me siento a su lado y empieza a introducir información, haciéndome preguntas aquí y allá. La observo, fascinada por la velocidad y la complejidad de su trabajo. Sus pestañas son largas, lo que encaja perfectamente con sus ojos de demonio. Sus manos se mueven rápido, dedos largos y delicados que podría haber envuelto alrededor de mi...

—Estás mirando otra vez.

—Eres hermosa para mirar.

Levanta la cabeza al oír el cumplido y se vuelve hacia mí.

—Gracias. —Se vuelve hacia el portátil—. Por eso no te cobraré, aunque ahora sé que puedes pagarme. —No se equivoca. El anticipo que he

recibido de los contratos es increíble. No creía que fuera posible hacer algo que me gusta y ganar tanto dinero con ello.

Pero aquí estoy.

Sigue trabajando en su ordenador, hace algunas llamadas y yo la observo atentamente.

—Mira lo lejos que has llegado —dice, cerrando el ordenador después de haberme montado un negocio, según parece—. Deberías estar orgulloso de ti mismo, August Trouble. Porque yo lo estoy.

No tengo respuesta a esas palabras.

Ni una sola vez me han dicho que estaban orgullosos de mí. Eso es algo que alguien como yo nunca oye decir.

—August. —Me toca el brazo.

Tal vez sean sus palabras, tal vez solo sea ella.

Pero hago algo que sé que no debería hacer.

Pero por alguna razón, no puedo evitarlo.

Soy un hombre hambriento, y ella me ha servido mi comida de tres platos.

Capítulo 19

Rylee

Debería alejarlo. Ya lo sé. Pero cuando los labios de August tocan los míos y me empuja hacia atrás en el sofá, soy una mujer indefensa. Además, no fue mi idea mantener las cosas platónicas entre nosotros. Eso fue todo de él.

Así que cuando su mano se desliza por mi falda sé, solo sé, que somos más que amigos.

¿Quizá amigos con derecho a roce?

Los labios de August capturan los míos.

Y en ese momento, nada es más importante que mantener ese beso, incluso cuando sus dedos se deslizan más allá de mis bragas y van directos a donde yo quiero. Solo me detengo un segundo, con los labios congelados por el placer, antes de morderle el labio inferior. Sus dedos empiezan a bombear dentro de mí mientras hace ruidos increíbles con la boca.

Justo cuando voy a meter la mano entre nosotros para tocarle, algo golpea la puerta, fuerte. Es como si la estuvieran pateando. August se detiene bruscamente, se aparta de mí en el segundo siguiente y se dirige hacia la puerta con un bate en la mano. Hay dos hombres de pie, frente a mí, ambos con pasamontañas negros. No puedo ver sus ojos, pero los siento en toda mi piel mientras permanezco inmóvil en el sofá, por alguna razón solo parpadeando.

—Mira lo que tenemos —dice uno de ellos, mientras el otro intenta avanzar en mi dirección. August blande el bate, golpeando al que tiene más cerca en la parte posterior de las rodillas, obligándolo a tirarse al suelo con un fuerte grito.

Me estremezco, tapándome los oídos al oír el crujido que hizo el bate al conectar con sus huesos.

—Pero ¿qué...? —Antes que el otro pueda hacer nada, abro los ojos para ver a August hacer lo mismo con él, pero el chasquido no es tan fuerte ya que el tipo salta, recibiendo un golpe en una sola pierna en lugar de las dos.

—August —digo su nombre, pero no me oye mientras se abalanza sobre el más cercano, le arranca la máscara y se agacha, agarra con la mano la camisa del intruso y tira de él hacia arriba, haciéndole soltar un gemido de dolor.

—Eres valiente o estúpido por intentar entrar en mi casa. ¿Qué es? —gruñe August.

Me levanto sobre piernas temblorosas y miro fijamente a August. Nunca había visto esta faceta suya.

Es tan... oscuro.

Sus puños se mueven con rapidez y golpea el rostro del tipo. Oigo el crujido del hueso y me estremezco al oírlo.

—August. —Vuelvo a decir su nombre, pero parece que no me oye.

—Te has equivocado de casa, hijo de puta. —Golpea de nuevo, dejando inconsciente al tipo. El que ha recibido el golpe en la pierna saca algo del bolsillo. Me quedo paralizada y un grito sale de mi boca cuando me doy cuenta de que es una pistola.

August se detiene, pero solo durante una fracción de segundo, tiempo suficiente para que el tipo dispare, pero como está en el suelo y August es rápido, solo impacta en su hombro. August apenas registra la bala, ni siquiera retrocede cuando le alcanza. Sigue moviéndose y le quita la pistola de las manos. Luego, en un movimiento rápido que solo he visto en las películas, deja inconsciente también a ese tipo.

August se levanta, se toca el hombro y me mira.

—Deberías irte.

Niego, sabiendo que no voy a dejarle.

—Vete, Rylee. —Ni siquiera me sorprendo por el hecho de que haya usado mi nombre, porque la sangre que mana de su herida hace que me mueva hacia él, no que me aleje. Quiero tocarlo para asegurarme de que está bien. Paso por encima de los cuerpos que yacen en el suelo y le toco suavemente el hombro.

Su voz se suaviza cuando mi mano lo acaricia.

—Vete —casi susurra.

—No —le digo. Sé que no tardará en llegar la policía. Después de todo, los vecinos habrían oído un disparo.

Sin saber cuánto tiempo llevamos ahí parados, el tiempo parece ir a cámara lenta ahora mismo. El corazón me martillea en el pecho y mi mente parece debatirse entre las ganas de huir y las de quedarse. La batalla es constante, pero de alguna manera, me las arreglo para mantenerme con los pies en la tierra. De alguna manera me mantengo lo más centrada que puedo.

Sirenas, las oigo, y vienen hacia aquí.

Shock.

Alarma.

Pánico.



Todos sentimientos, todos genuinos, pero todos desechados tan rápido como llegan cuando dos agentes de policía aparecen por la puerta rota. Inmediatamente descubren a los dos hombres inconscientes, así que ambos sacan sus armas de las fundas.

—Al suelo, los dos. Muy despacio. —Miro rápidamente a August, que se limita a asentir, haciendo lo que le dicen. Uno de ellos habla por la radio que lleva al hombro antes de que llegue otro auto de policía. Cuando me asomo al exterior a través de la ventana que va del suelo al techo, veo a los vecinos saliendo a sus patios delanteros, y todos miran hacia aquí.

—August. —El padre de Paige está de pie allí, la mano en su arma, pero no levantada como los otros dos—. ¿Qué está pasando aquí?

—Está herido. Le dispararon —le digo a Glenn.

Sus ojos se posan en August, que parece tener problemas para mantener los ojos abiertos.

—Una ambulancia está en camino. ¿Puedes decirme qué ha pasado? —pregunta Glenn.

Mis ojos se posan en los hombres que yacen a mi lado.

Uno de ellos empieza a moverse, y yo me levanto de un salto, sin querer estar cerca de ellos.

—Entraron en la casa por la puerta. Mira, está rota. August... —Miro y veo que sus ojos se abren y se cierran, pero intenta no perder de vista al hombre que sigue con los ojos cerrados—. No llegaron lejos, pero uno tenía una pistola. —Señalo la pistola que uno de los agentes tiene delante—. Disparó a August. August no hizo nada malo. Estábamos cenando cuando ellos...

—Gracias, Rylee. Necesitaré que vengas a comisaría a declarar, pero aparte de eso, eres libre de irte. —Doy un paso atrás y miro a August, que sigue en el suelo y sangrando mucho.

—¿Qué pasa con August? —pregunto.

—Tendrá que venir con nosotros cuando vaya al hospital.

—Pero no hizo nada malo —le digo a Glenn.

No contesta.

Así que agarro el teléfono y llamo a mi hermana, que contesta enseguida.

—¿Está Noah contigo?

—Umm... sí —dice, con voz confusa.

—¿Puedes ponérmelo, por favor?

No hace preguntas, cosa que agradezco.

—Rylee, ¿va todo bien? —La voz de Noah resuena a través del teléfono.

—No. Dos personas intentaron entrar en casa de August y le dispararon. La policía se lo está llevando por alguna razón después de llevarle al hospital. ¿Puedes ayudar?

—¿Dónde estás?

—Todavía en su casa.

—No te muevas. Recoge tus cosas. Estaré allí pronto.

Mientras cuelgo, llega la ambulancia y un agente le pone las esposas a August, haciéndole gemir al apretarle el hombro herido. No dice ni una palabra, se deja mientras se lo llevan a la ambulancia.

—Quiero ir con él —le digo a otro agente, que niega rotundamente.

—No puede hacerlo, señorita. —Me cierra el paso mientras la ambulancia se aleja. Veo cómo la ambulancia dobla la esquina y se detiene el auto de Noah. Mi hermana corre por la casa para llegar hasta mí. Su camino está despejado ahora que los otros dos hombres han sido trasladados, esposados y llevados en otra ambulancia.

—Ry... Dios mío, ¿qué está pasando? —Comprueba la sangre del suelo y me abraza.

—¿Tienes tus cosas? —pregunta Noah mientras escanea la casa.

Asiento y Rhianna me lleva al auto.

Noah sube y conduce mientras les cuento todo lo ocurrido. Noah asiente, pero no dice ni una palabra mientras se detiene frente a nuestro apartamento.

—Quiero ir contigo.

—No. Pero lo traeré aquí. Tienes que entrar y lavarte. —Me miro y veo que mi blusa blanca está salpicada de sangre.

—Puedo cambiarme rápido.

—Será más fácil si no estás allí. Deja que yo me ocupe.

Rhianna sale del auto, se acerca y me abre la puerta.

—Vamos, Noah se encargará.

Asiento, aunque no quiero, y salgo, volviendo a mirar a Noah.

—Asegúrate de que está bien.

Noah asiente mientras cierro la puerta del auto y se marcha.

—Ry, ¿estás bien? —Su voz se llena de preocupación y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Creo que sí. Maldita sea, Rhi. Maldita sea —digo mientras niego.

Me atrae hacia ella para abrazarme, sin importarle en absoluto que tenga sangre por todas partes mientras lloro en su hombro.

—Todo irá bien. Estarás bien.

Asiento en su hombro y me retiro.

—Tengo que ducharme. Luego tenemos que llamar a Noah para ver qué está pasando.

No discute conmigo.

Ella me conoce.

Mejor que nadie en el planeta.

Cuando llego a la ducha y me quito la ropa, Rhianna toma la camisa y se la lleva antes de volver a entrar y sentarse en el inodoro mientras me ducho.

—Ry, ¿te gusta?

Hago una pausa mientras me lavo el rostro, sin importarme que parte de la humedad que ahora tengo en el rostro sean mis propias lágrimas.

—Sí —respondo simplemente porque sé lo que me está preguntando. No si me gusta como amigo, sino si quiero más.

—¿Le gustas?

—No estoy segura de cómo responder a eso.

Retira la puerta de la ducha.

—Es un sí o un no. ¿Le *gustas*?

—Creo que sí. —Me encojo de hombros—. Quiero decir... que yo sepa, aparte de Paige, soy su única amiga.

—Pero no es amigos lo que quieres ser, ¿verdad? ¿Quieres más?

—Sí, quiero más. —No me molesto en mentir porque sabrá que lo hago. Rhianna asiente y se sienta de nuevo, dejando la puerta de la ducha abierta. No me molesta. Nuestros cuerpos son exactamente iguales, no hay mucha diferencia entre nosotras aparte de nuestras personalidades.

Su teléfono empieza a sonar y contengo la respiración mientras contesta y pone el altavoz.

—Hola.

—Le han curado, pero se niega a pasar la noche y los agentes le han dicho que no puede volver a su casa.

—Tráelo aquí. —Me oigo decir antes de tener tiempo de pensar.

—¿Rhianna? —le pregunta Noah.

La miro.

—Sí, tráelo aquí —confirma.

—Bien, estaremos allí pronto. —Cuelga, y Rhianna se centra de nuevo en mí.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

—No, pero no tiene adónde ir —digo, cierro la puerta y vuelvo a meterme bajo el chorro de la ducha. Dejo que el agua caliente se lleve todas las emociones y luego dejo que se deslice por el desagüe. Dicen que el agua tiene un efecto calmante y en algunos países incluso se utiliza para limpiar el alma.

Salgo de mi estupor, cierro el grifo y salgo.

Rhianna sigue allí esperando, pero me tiende una toalla.

—¿Quieres café? —Niego mientras ella se levanta—. ¿Quieres algo? —Vuelvo a negar. Mis palabras parecen estar perdidas en este momento—. Bien, vístete. No tardarán. —Se da la vuelta y sale, y yo me dirijo a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí. Me tumbo en la cama, boca abajo, aún envuelta en la toalla.

¿Qué acaba de pasar?

¿Qué acaba de pasar?

Nunca había visto un arma. Sin embargo, acabo de ver a alguien recibir un disparo.

Nunca he estado en una pelea. Sin embargo, acabo de ver a alguien golpear a otro hasta perder el conocimiento.

Debería darme miedo August.

Debería estar asustada.

Pero sé cómo es realmente el diablo, y por lo general, está vestido para impresionar y listo para matar. Son ese tipo de hombres los que lastiman a las mujeres.

Él no.

No August.

Ni una sola vez me he sentido insegura a su lado ni he pensado que pudiera hacerme daño. Ni siquiera cuando se ocupaba de los intrusos.

Me sentía segura.

Me *siento* segura.

Él me protege, y sé que nadie podría hacerme daño si él estuviera allí.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, con la esperanza de librarme de las imágenes de las acciones de August.

Hay dolor.

Dolor.

Estoy inmóvil.

Y pronto, me desmayo.



BEAUTIFUL POISON

WICKED POISON #1



LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO



116



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL



Capítulo 20

August

—**H**ola, August —dice Rhianna, abriendo la puerta.
Noah me hace un gesto con la cabeza para que entre primero y me cruzo con Rhianna al entrar. Recorro el apartamento con la mirada y no veo a Rylee.

—Está en su habitación si quieres entrar.

Sé cuál es su habitación, así que me dirijo allí y golpeo la puerta. Como no contesta, la abro un poco y la veo envuelta en una toalla, dormida en la cama, hecha un ovillo.

Oigo a Noah hablando con Rhianna, explicándole que tengo que volver mañana con Rylee para otra ronda de interrogatorios.

Lo único que puedo hacer es quedarme allí y observar a Rylee durmiendo. No me atrevo a entrar en la habitación, no quiero despertarla.

—Puedes entrar —me dice Rhianna suavemente.

Me dispongo a retroceder y cerrar la puerta cuando los ojos de Rylee se abren. Esos ojos me atrapan, me atrapan con su intensidad y, sin siquiera pensarlo, entro en la habitación y cierro la puerta tras de mí.

—¿Te duele? —pregunta, sentándose en la cama, la toalla casi cayéndose. Da unos golpecitos en el sitio vacío de la cama de al lado—. Estoy muy cansada, August. Muy cansada —dice, y puedo oír el dolor en su voz.

¿Yo causé ese dolor?

Miro el reloj. Son casi las tres de la madrugada. La adrenalina que debía de estar corriendo por su organismo ya debe de haber desaparecido. Me quito los zapatos de una patada y me meto en la cama, de modo que mi lado herido queda en el borde.

—Duerme.

Se acurruca a mi lado y, en cuestión de segundos, se queda profundamente dormida, oliendo a fresas y a todo lo relacionado con Rylee.

Me quedo tumbado escuchando sus suaves ronquidos, preguntándome qué demonios voy a hacer con esta situación.

Josh no se detendrá.

Sé que no lo hará.

Fue él quien envió a esos matones. Los reconocí como sus hombres en cuanto entraron en la casa.

Intento apartar el brazo de debajo de ella, pero me aprieta más. Así que me quedo así, entrando y saliendo del sueño hasta que finalmente cierro los ojos y me desmayo escuchando su respiración.



Se despierta antes que yo. Cuando por fin abro los ojos, la encuentro sentada en el extremo de la cama. La toalla que llevaba aún le cubre el cuerpo mientras permanece sentada en silencio con la cabeza gacha.

—Niña rica. —Se gira para mirarme, con los ojos enrojecidos y el rostro desmaquillado.

Es simplemente hermosa.

—¿Te duele algo? —me pregunta, y sus ojos se dirigen directamente a mi hombro.

—No —respondo, sentándome.

Se levanta, se dirige a su armario y saca un vestido, deja caer la toalla y se cambia delante de mí.

—Tenemos que ir a la comisaría.

—No tienes que hacerlo.

Se gira, ya vestida, y niega.

—Sí, quiero. Ahora ven... Noah nos está esperando.

La sostengo la muñeca cuando pasa junto a mí camino de la puerta, y una lágrima sale de sus ojos cuando se vuelve hacia mí.

—Te dije que te alejaras de mí. No soy más que un problema.

—No lo eres. Deja de decir eso. Deja de hacer eso. No hay nada malo en ti. Son aquellos con los que solías asociarte. —Ella tira de su brazo libre, abre la puerta y sale.

Me tomo un minuto para ponerme los zapatos antes de unirme a ella. Cuando lo hago, Noah y la hermana de Rylee están de pie junto a la encimera de la cocina hablando mientras Rylee prepara un café. Cuando termina, me lo da y vuelve a prepararse una taza.

—¿Cómo te sientes hoy? —pregunta Noah, señalando mi hombro.

—Estaré bien.

—Me alegro de oírlo. Porque ya han llamado de la comisaría preguntando cuándo vas a estar.

Mi teléfono empieza a sonar. No me había dado cuenta de que lo llevaba conmigo.

—Noah lo tomó —dice Rhianna ante mi mirada de confusión.

Lo saco y respondo a la llamada.

—August, qué bien. Te he estado llamando, pero no contestabas —dice Paige—. ¿Estás en casa de Rhianna?

—Sí.

—Estoy en la puerta.

Oigo que llaman y Rylee abre la puerta, donde están su hermano y Paige. Paige entra corriendo y me rodea la cintura con los brazos, apretándome fuerte.

—¿Dónde cree tu padre que estás?

—Con Beckham —dice, echándose hacia atrás—. Técnicamente, lo estoy. No estoy mintiendo.

—No deberías estar aquí. —Miro a Beckham que está hablando con Rylee—. Llévala a casa.

Beckham mira a Paige.

—Le dije que no podía venir. Incluso se lo dijo su padre —afirma, haciendo que mis ojos se dirijan a Paige.

—Esto es lo que te metió en problemas la última vez. —Ella baja la mirada ante mis palabras, evitando el contacto visual—. Llévala a casa, Beckham —le digo—. Te llamaré más tarde, Paige.

Ella asiente, no dice nada más y se marcha con Beckham.

—Eso fue un poco duro —dice Rhianna.

La ignoro y le pregunto a Noah:

—¿Nos vamos ya?

—Sí, si estás listo.

Mi respuesta es un asentimiento.

Cuando llegamos al estacionamiento, veo a Paige subirse al auto de su novio y marcharse.

—Puedes venir conmigo —dice Rylee, viniendo detrás de mí.

—No.

—Viajarás conmigo, August Trouble. Sube a mi jodido auto. *Ahora mismo.* Para que podamos hablar. —Oigo una leve risita y sé que es su hermana, así que suspiro y subo. Cuando los dos nos hemos abrochado el cinturón, arranca y se pone en marcha con un chirrido de ruedas.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto, observándola en mi visión periférica, mientras sus dos manos están en el volante y lo aprieta con fuerza.

—Quiero saber qué demonios está pasando. Dime... quiénes eran esos hombres y por qué estaban en tu casa.

Me restriego la mano por el rostro.

¡Mierda! Sigo muy cansado, aunque haya sido una de las mejores noches de sueño que he tenido en mucho tiempo, tumbado a su lado. Me pregunto si fue su cama o ella.

—¿Qué?

—¿Por qué entraron esos hombres en tu casa? ¿Iban a matarte? —pregunta con los nudillos blancos al agarrar el volante.

—No. Vinieron a lastimarme. Asustarme para que haga lo que Josh quiere.

Sus ojos se dirigen hacia mí.

—¿Josh, el tipo del bar? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Sí, él. Dirige las drogas en esta ciudad. Nadie puede vender sin pasar por él para obtener el producto. También hace otras cosas.

—¿Hiciste trabajos?

—Sí, entre otras cosas.

Asiente a mi respuesta.

—Gracias por eso. Ahora... dime... ¿qué quiere que haga?

—Quiere que trabaje para él... —Hago una pausa mientras llegamos a la comisaría—. También quería darme una lección por la última vez que le dije que no. —Respira hondo—. Acabé en la cárcel —digo mientras salgo, cierro la puerta y salgo corriendo.

Antes de llegar a los escalones, corre a mi lado y me bloquea el paso.

—¿Te tendió una trampa?

—Por supuesto que sí.

—¿Nunca robaste esa tienda? ¿Robaste todo ese dinero? ¿Lastimaste a ese hombre?

—No. Yo estaba allí, pero no, yo no hice nada de esa mierda.

—Te creo. —Lo dice con tanta convicción y sin la menor prueba. Nunca había tenido a alguien que creyera en mí tan ciegamente, simplemente por mi palabra. No sé qué hacer con eso.

—Gracias —consigo decir. La aparto y subo las escaleras de la comisaría.

No me enteré de que el hombre al que robaron estaba gravemente herido hasta que fue demasiado tarde. Pero el mayor delito fue destruir la propiedad de alguien rico y con contactos, además de robar. Aunque mis huellas no estaban en nada, no parecía importar.



Josh me había tendido una trampa.

Tuve que pagar el precio.

Era *su* castigo por querer irme de esta ciudad y dejar de trabajar para él. Al imbécil no le gustaba que quisiera irme. Siempre me las arreglé para obtener los mejores resultados para Josh de todos sus trabajadores. Sus traficantes nunca me rechazaron cuando se trataba de pagar. Y ahora ha perdido su ventaja desde que me he ido. No mucha gente le tiene miedo ahora. Se está haciendo mayor, y la policía se está volviendo más sabia.

—August. —Me giro y la miro. Está de pie al pie de los escalones, mirándome fijamente—. Me gustas —susurra, pero puedo oír cada palabra que dice—. No más amigos.

Antes que pueda responder, Glenn se pone delante de mí.

—Me alegra que estés aquí. —Asiente y me abre la puerta.

Y con eso, aparto la mirada de ella, y me duele hacerlo.



Noah llega a mi casa y estaciona el auto en la entrada.

—Ella se preocupa por ti, ya sabes.

—Lo sé —digo, saliendo.

Estoy cansado.

Hoy he terminado.

Preguntas, preguntas y más malditas preguntas. Lo odio. La última vez, antes de que me encerraran, no había ninguna posibilidad de que me creyeran. Así que mi esperanza para no convertirme en el malo de la película en esta situación es escasa, a pesar de *que irrumpieron en mi casa*.

—Levántate del suelo.

Gira sobre sus manos y rodillas y luego chilla.

Joder, probablemente no debería haberme acercado así.

—August, me asustaste.

—Sí, bueno, no deberías estar en el maldito suelo. —Se levanta y se limpia las manos en la falda.

—Quería limpiar el desorden. Noah dijo que estarías fuera todo el día. Supuse que no querías lidiar con esta mierda también.

Nunca había tenido a alguien que se preocupara tanto por mí, aunque me alejara de ella. Ella ve lo que hago y se acerca. Sin importarle en absoluto que intente poner distancia entre nosotros.

—Nunca has tenido a nadie que te ayude, ni siquiera has estado en una relación, ¿verdad?

—No, y no quiero una.

—Pueden ser buenas.

—¿Y hablas por experiencia? —respondo con un gruñido.

Recibe el golpe con fuerza y da un paso atrás.

—Puede que yo sea la estúpida que se quedó en una relación que ya había pasado su fecha de finalización, pero al menos lo intenté. Intenté entregarme a alguien, amarlo, porque como humanos todos necesitamos amor, August.

—No todo el mundo.

Los ojos de Rylee son duros mientras se acerca a mí, hasta que sus pies tocan mis zapatos, y se acerca a mi rostro, tirando de mi barbilla para que estemos a la altura de los ojos.

La dejo.

—Sí, incluso tú. Lo necesitas más que nadie que haya conocido. —Me suelta y agarra sus zapatos, se los pone y se aleja—. Buenas noches, August. Si me necesitas, ya sabes dónde vivo.

La veo salir y marcharse.

Cuando se ha ido, compruebo que ha limpiado la casa. Ya ni siquiera se nota que la entrada estaba cubierta de sangre.

¡Maldita sea!

Cierro la puerta de golpe y doy un puñetazo a la pared dura como la mierda.



Capítulo 21

Rylee

—Hazte a un lado —retumba una voz grave a mi lado. Abro los ojos, pero la habitación está a oscuras. Pero enseguida sé quién es. Su olor me envuelve y sus manos me rodean por la cintura, tranquilizándome con su tacto.

—August —digo, pero no me responde, solo me atrae hacia sí. Lo hago porque no se me ocurre un lugar mejor en el que estar que entre sus brazos. Mi cabeza descansa sobre su pecho mientras su mano hace círculos en mi espalda—. ¿Te duele? —le pregunto, levantando los ojos hacia su otro hombro, donde sé que se ha hecho daño.

—Solo un poco —dice finalmente.

Me incorporo y enciendo la lámpara que hay junto a la cama para poder verle. August no lleva camisa, solo un calzoncillo. Bajo la mano y le toco el vientre tenso, y sus ojos se cierran durante un breve segundo antes de volver a abrirse, mirándome fijamente.

—¿Qué me estás haciendo?

No creo que se dé cuenta de que ha pronunciado esas palabras en voz alta. Me levanto y dejo caer el camisón al suelo, y sus ojos recorren cada parte de mí, observándome con avidez, pero sin moverse ni una sola vez. Sus ojos están borrachos de mí.

—Cuando tus manos me tocan, me hacen sentir viva —le digo.

Me acerco a su lado de la cama, agarro su mano y la pongo sobre mi estómago.

—Incluso el toque más simple. —Suelto la mano, pero la suya se queda donde está. Le observo dibujar círculos en mi piel antes de que su mano caiga entre mis piernas, trazándome.

—No quieres esto —dice, pero sus manos no abandonan mi cuerpo—. Sería un grave error querer más de mí. —Su dedo entra en mí y vuelve a salir—. Eres la niña rica perfecta. Yo seré tu peor error.

—O mi favorito, hasta ahora —respondo mientras sus dedos me aprietan la cintura. Me subo a su regazo y me agarra con más fuerza—. Dime, August, ¿sientes algo cuando te toco?

Permanece en silencio mientras le observo. Espero, sin atreverme a respirar.

Estoy ansiosa por sus palabras.

Hambrienta de ellas.

Nunca retiene sus palabras conmigo. Es una de las cosas que me gustan de él.

—No quieres mis palabras, niña rica. Quieres mi cuerpo.

—Quiero las dos cosas. Ahora, dime la verdad... deja de esconderte.

Se incorpora deprisa, su pecho entra en contacto con el mío y sus manos rodean mi espalda, dificultando que entre una brizna de aire. Se inclina hacia delante para que nuestros labios estén casi al alcance de la mano.

—Cuando me tocas, niña rica, todo mi dolor desaparece. Es como si nunca hubiera existido. Y me haces sentir completo de nuevo. —Jadeo ante sus palabras—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que me convierta en esa persona? ¿Una que te diga todas esas cosas?

—No, me gustas como eres. Pero a veces... —Me inclino hacia delante, depositando un suave beso en sus labios—. Es agradable saber que no estoy sola en esta montaña rusa. —Le beso con toda mi fuerza, apasionada y fuerte, y él me deja. No se aparta ni una sola vez, y procuro tener cuidado de no hacerle daño en el hombro al tocarle.

August gime en mi boca, y yo lo empujo hasta que se mete entre nosotros y se coloca justo donde lo necesito.

—Juego peligroso —susurra mientras bajo sobre él.

—Los mejores juegos lo son —murmuro.



August no está a mi lado cuando me despierto. Mi cama está vacía y en la puerta está Rhianna. Lleva dos tazas de café en las manos.

—Ustedes dos fueron ruidosos anoche. Al menos ahora sé que también tenemos eso en común. —Se ríe, se acerca y me tiende una taza. Me siento, tomando la bebida de ella—. Tuvo que irse con Noah para ultimar algunas cosas. Y tú, señorita, tienes que ir a trabajar. Papá ha llamado.

—Mierda. —Miro la hora y veo que ya ha pasado la hora a la que tenía que empezar. Llego tarde. Nunca llego tarde—. ¿Estaba enfadado? —pregunto, corriendo y buscando la ropa más cercana que encuentro.

—No. Estaba preocupado.

Llego más de dos horas tarde, eso no es propio de mí. Nunca. He dormido mucho. No he dormido en algún tiempo, y se sentía tan bien.



La puerta se abre y Rhi se gira, se aparta y se dirige al baño mientras August entra. Sonrío mientras me pongo la blusa y revuelvo algunas cosas en el armario intentando encontrar un par de zapatos apropiados.

—Tengo que ir a trabajar. Llego tarde —le digo.

August cruza los brazos sobre el pecho, se apoya en la puerta y me mira mientras me visto. Consigo recogerme el cabello en un moño presentable mientras me calzo los tacones.

—¿Tienes planes para hoy? ¿Quizá podemos ir a comer? —le pregunto, haciendo que frunza la nariz.

Llaman a la puerta principal. Ambos nos giramos para mirar, pero yo no puedo ver la puerta desde mi habitación, aunque August sí. Se endereza al instante y deja caer los brazos a los lados. Paso junto a él y veo a Anderson de pie, sus ojos se posan en August y luego en mí.

—Rylee. —Noah se vuelve hacia mí, tras abrir la puerta, mientras mi hermana sale del baño.

—Oh, diablos, no. Deberías saber que no debes venir a mi casa, hijo de puta —grita.

—Rylee, es Catrina —dice.

—¿Qué pasa?

—Ella tuvo un ataque al corazón. ¿Puedes venir?

La mano de August se extiende y sostiene la mía.

Los ojos de Anderson se posan en el movimiento.

Catrina es la abuela de Anderson, y es una buena mujer. A diferencia de su propia madre. Los ojos de Anderson están rojos, como debe ser.

—¿Está bien? —pregunto porque me importa. Me gusta mucho. Siempre he tenido tiempo para ella.

—No. No creen que aguante una hora más.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —chasquea Rhianna.

Suelto el brazo de August y busco las llaves.

—Preguntó por Rylee —dice simplemente.

—No... —August dice a mi lado.

Me giro hacia August y le veo mirando a Anderson.

—Ya voy. —No miro atrás mientras salgo por la puerta porque no quiero ver el rostro de decepción de ninguno de ellos.

Cuando llegamos a nuestros autos, Anderson mantiene abierta la puerta del pasajero del suyo.

—Debería llevar mi propio auto.

—Por favor, entra. Estoy cansado, Rylee.

Asiento, no quiero discutir con él. Si su abuela se está muriendo, lo último que querría es discutir conmigo. Así que me subo y él empieza a conducir.

—¿Cómo está tu madre?

—¿Por qué estaba August Trouble en tu casa? —responde, con las manos apretando el volante.

—¿Qué? ¡No puedes preguntar eso! Anderson, ¿cómo está tu madre? —Vuelvo a preguntar.

—¿Me tomas por tonto? —me espeta, y es entonces cuando me doy cuenta de que no está conduciendo por el camino correcto hacia el hospital.

—Anderson —le digo, agarrando el teléfono del bolso. Me lo arrebató de la mano y lo tira al asiento trasero.

—No puedes llamarlo para que venga a rescatarte. Él es escoria. Las cosas que solía hacer. ¿Cómo pudiste asociarte con alguien así? —dice casi con calma—. Estabas destinada a ser mi esposa... —Ahora su voz se eleva a casi un grito—. Y ahora me haces parecer basura. —Sigue conduciendo a toda velocidad por la calle. Mi nivel de ansiedad aumenta con cada segundo que pasa.

—¿Adónde vamos? —Me tiemblan las manos y mis ojos parecen dar vueltas, tratando de encontrar una salida a esta situación en la que ahora me encuentro. Si abro la puerta, podría saltar, pero el auto va rápido y el resultado podría no ser bueno.

—A un lugar para que recuerdes que *me* amas y *que* somos *el* uno para el otro.

—Anderson, detente. Déjame salir de este auto *ahora mismo*.

—No puedo hacerlo, Rylee. Eres *mía*, y alucinas si crees que perteneces a otro. Te dejé divertirme con la basura, ahora se puede sacar sola, y puedes volver a casa conmigo, donde debías estar todo el tiempo.

Gira por un camino de tierra.

Sé al instante adónde me lleva, al lugar donde perdí mi virginidad con él. Fue una noche terrible. No estaba preparada. Y ahora cuando miro hacia atrás, puedo ver que él me presionó a hacerlo.

Qué diferentes son los dos hombres.

Aquí estaba yo, lanzándome sobre August y él esperaba respetuosamente.

Donde Anderson me presiona para hacer cosas, como ahora. Miente para conseguir lo que quiere.



Su mano toca mi muslo y yo doy un respingo, apartándolo, casi aplastándola como a una mosca.

—¿Dónde está tu novia? Deberías estar con ella, Anderson.

—Ella no es mi novia. *Tú lo eres* —dice las últimas palabras apretando los dientes.

Tiene el cabello hecho un desastre. Supuse que era porque estaba preocupado, pero ahora me doy cuenta de que todo era una estratagema. Veo que su teléfono está entre nosotros.

—No soy tu novia. No funcionamos, Anderson. Me engañaste cada vez que pudiste. Yo era infeliz y pasaba lo mismo contigo. ¿No crees que merecemos más? Podrías ser feliz con otra persona.

—No. Tú eres lo que me hace feliz.

—La gente feliz no engaña, Anderson —le digo mientras frena el auto.

—¿Es eso lo que hace falta? ¿Que *no* te engañe? —pregunta mirándome—. Lo haré, pero eso significa que tendrás que follarme más, Rylee. Deja de apartarme.

—Eso no es lo que quise decir, y lo sabes. *No* te amo.

—Lo amas —gruñe—. La basura de la prisión.

El auto se detiene, él abre la puerta y sale. En cuanto lo hace, agarro mi bolso y meto su teléfono en él. Abro la puerta y empiezo a correr. Está embarrado porque anoche llovió y, como llevo tacones, me resbalan los pies.

Le oigo reír detrás de mí.

—Me gusta jugar a pillar y follar. ¿Esto es lo que es, Rylee? ¿Un nuevo juego? Por eso me gustas. Siempre se te ocurren cosas nuevas.

Jadeo mientras intento recuperar el aliento y seguir adelante. Busco su teléfono en el bolso e intento recordar el número de August sin que Anderson vea lo que hago. Contesta y, justo cuando lo hace, me abordan por detrás y caigo de cabeza en el barro. Me cubre el rostro y me deja sin aliento. Su risa es lo primero que oigo cuando ya no puedo oír nada más que mi propia respiración y un zumbido en los oídos.

—¿Cómo lo quieres? —pregunta, rasgando mi camisa.

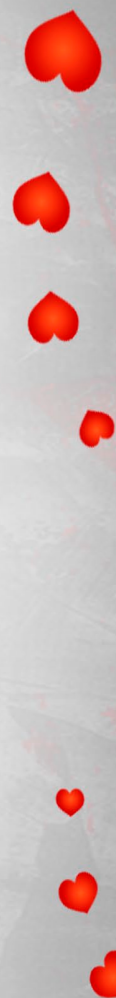
—Quítate de encima —grito.

Se inclina y se acerca a mi oído.

—Me correré sobre ti, luego dentro de ti, luego quizás también bautice tu trasero.

Grito, pero es inútil.

Estamos en medio de la nada, y a menos que sea de noche y los adolescentes quieran tener suerte, nadie viene aquí durante el día.



—Jódete —le digo. Meto el brazo entre los dos y le golpeo la polla tan fuerte como puedo. Grita y cae a un lado. Mantengo el teléfono en la mano y vuelvo a correr. Esta vez no oigo sus pasos detrás de mí, pero eso no ralentiza en absoluto mi ritmo, a pesar de que llevo tacones y medias. La falda se me amontona y cuanto más corro, más adrenalina me invade. Oigo un leve ruido y me acerco el teléfono a la oreja.

—¡Rylee, joder! Dime que estás viva. —Oigo la voz de August.

Reduzco la velocidad, giro y compruebo a mi alrededor que no hay rastro de Anderson.

—Rylee —grita al teléfono.

—Rylee, dime dónde estás. —La voz tranquila de mi hermana rompe mi aturdimiento.

—La colina —consigo decir.

—Sé dónde está. Llama a la policía —dice Rhianna.

No dejo de moverme.

No puedo dejar de moverme.

Sé que, si busca lo suficiente, volverá a encontrarme, y cuando lo haga se enfadará muchísimo.

—¡Rylee! —El imbécil grita mi nombre, y resuena en el bosque—. Vengo por lo que es mío. —Dios mío, suena enloquecido, como una especie de lunático que se ha escapado de un manicomio y viene por mí como en las películas.

Me limpio el rostro y no paro.

No me detendré.

No puedo.



Capítulo 22

August

—**S**é dónde está —dice Rhianna, agarra las llaves y sale corriendo por la puerta. Voy detrás de ella, con Noah pisándome los talones. En cuanto estamos en el auto y en marcha, Noah empieza a hacer llamadas. La primera llamada es directamente a Glenn, diciéndole dónde vamos. Cuando por fin cuelga, se vuelve hacia mí.

—Si ves a Anderson, aléjate. Hazlo. ¿Entiendes?

No contesto.

¿Cómo puedo responder a eso?

Si le ha hecho daño, le mataré. Y no tendré remordimientos por hacerlo.

¿Cómo puedes herir a alguien tan agradable como Rylee?

—August... ¿Me. Estás. Escuchando? Si lo tocas, volverás directo a prisión.

Aun así, no contesto.

Veo la colina y, cuando llegamos, un auto de policía nos sigue.

Glenn sale mientras corremos hacia el vehículo de Anderson.

—Entró ahí. Mira... —Rhianna señala las huellas que se adentran en el bosque. Empiezo a correr, siguiéndolas. Oigo sus pasos detrás de mí, pero no me detengo. Nada podría detenerme.

—Rylee... —Le oigo decir su nombre.

Se está burlando de ella.

Atormentándola.

Mis pies no se detienen cuando me acerco por detrás. Cuando se da la vuelta, una expresión de miedo cubre su rostro mientras me agacho y lo golpeo contra el suelo con toda la fuerza que puedo. Me agarra con las manos mientras me levanto.

—¡Déjalo! Ve a buscar a Rylee —dice Glenn, mirando a Anderson en el suelo. Glenn se cierne sobre él escudriñando a su alrededor.

Rhianna empieza a gritar su nombre.

—¿Dónde está? —dice desesperada.

Nos separamos todos y, al adentrarme más, encuentro uno de sus tacones en el suelo.

—Rylee. —No grito. No hay nadie más en este bosque que nosotros. Y hay un silencio sepulcral. Es como si los pájaros supieran que tienen que estar en silencio en este momento.

—August.

Me giro y la encuentro encorvada bajo un árbol, con la blusa rota y el rostro cubierto de barro. Me acerco y la levanto. Se levanta sobre piernas temblorosas y deja caer la cabeza sobre mi pecho.

—Anderson...

Pasándole las manos por el cabello, intento calmarla, pero es difícil cuando nunca has tenido que hacer algo así. Mi madre nunca me abrazó, y las únicas personas en mi vida que lo han hecho son Paige y Rylee. Pero la aprieto contra mí para que sepa que está a salvo.

—Ahora voy a cargarte —le digo, echándome hacia atrás.

—No puedes, tu hombro —dice, tocándolo ligeramente.

—Estoy bien —le digo mientras la levanto.

Me deja y salgo.

Rhianna es la primera en vernos.

—Rylee —grita y corre hacia nosotros.

Glenn gira la cabeza y veo que tiene a Anderson esposado esperando en el auto.

Noah está con ellos, mostrando algo en su teléfono.

—Noah lo grabó. Lo grabó todo —dice Rhianna mientras suspiro aliviado. Nosotros escuchamos todo, y supongo que para la policía ha sido suficiente. Y estoy seguro de que dijo cosas mucho peores mientras no estábamos al teléfono.

—Rylee, ¿tengo que llamar a una ambulancia? —pregunta Glenn.

—No. No, por favor, no —suplica.

Examino su cuerpo en busca de heridas y me fijo en sus rodillas raspadas.

—Al menos deberías ver a un médico.

—No quiero. Quiero ir a trabajar. Quiero ir a cambiarme, ducharme e ir a trabajar.

Rhianna parece confusa.

—¿Trabajo? —le dice a su hermana—. Ry, necesitas tiempo. Papá lo entenderá.

—August, puedes bajarme. —Hago lo que dice, pero mantengo mi mano en la parte baja de su espalda.

—Necesito ir a trabajar. Necesito que esto no haya pasado nunca.

—Pero lo hizo, y Anderson va a ir a comisaría por ello. —Sus ojos se posan en Anderson, que ahora está en el auto, sus ojos brillantes nos observan, sonriendo satisfecho.

—Puedes trabajar en mi casa —le ofrezco.

—No, tengo papeleo que necesito conseguir.

—Podemos conseguirlo, y puedes trabajar desde mi casa —le digo de nuevo.

Esta vez no discute. Simplemente asiente.



Sale del baño vestida con mi camiseta. Le llega hasta los muslos y le queda muy bien.

—¿Te sientes mejor?

Asiente y se pasa un mechón oscuro por detrás de la oreja.

—Me escuecen un poco las rodillas.

Cuando lo compruebo, están muy rozadas.

—Tengo algo para eso.

—No puedo ir a trabajar vestida así —dice, señalando lo que lleva puesto.

Suena el timbre, me acerco a abrir y veo a su amiga Shandy al otro lado.

—Gracias por venir —le digo, dejándola pasar.

Mira a Rylee y luego a mí.

—¿Está bien? —susurra, y yo asiento.

—Puedo oírte —dice Rylee, acercándose.

Shandy le ofrece una tímida sonrisa y le entrega el ordenador.

—Le dije a tu padre que lo necesitabas para una reunión.

—Gracias.

Se quedan de pie, incómodas, unos segundos antes de que me aleje hacia la cocina, pero sigo oyendo lo que dicen.

—¿Necesitas que te traiga algo más?

—No, debería estar bien.

—Te tengo cubierta en el trabajo para hoy y mañana. ¿Te parecería bien que viniera después del trabajo con algo de vino... ya sabes, si te apetece?

—Esta no es mi casa.

—Oh —dice ella, sorprendida—. No lo sabía. Lo siento.

—Puedes venir —le digo al pasar de camino al cobertizo.

Rylee me ofrece una pequeña sonrisa mientras salgo por la puerta trasera. Las oigo hablar, pero intento concentrarme en el escritorio que estoy fabricando. Solo me quedan dos para mi contrato actual y, de momento, voy bastante adelantado con respecto a la fecha de entrega acordada, lo que espero que me sirva para conseguir más recomendaciones.

—No tenías por qué hacerlo —me dice Rylee, sorprendiéndome poco después.

Dejo caer la lijadora y me vuelvo hacia ella. Tiene un vaso de agua en la mano.

—¿Qué te hizo?

Ella niega.

—Nada que no pueda manejar.

—No tienes que encargarte tú —gruño.

—Suenas como si te importara, August. Será mejor que te cuides antes de tener sentimientos de verdad.

—¿Quién ha dicho que no los tenga ya?

Su sonrisa podía iluminar los cielos más oscuros, incluso con el dolor que irradiaban sus ojos tristes. No entiendo cómo alguien tan perfecto puede tener unos ojos tan atormentados.

—Creo que caí un poco hace muchos años. Entonces eras un idiota, y ahora, aún más. —Entra y se sienta en uno de los asientos de mi cobertizo—. Gracias por invitar a Shandy más tarde. No tenías por qué hacerlo. Esta no es mi casa, y estoy bien si quieres llevarme a ella.

—Has tenido una gran semana.

—Como tú —responde.

—Eso fue lo más aterrador que me ha pasado, y he tenido mucha mierda con la que lidiar en mi vida. Oírte gritar en ese teléfono... Quería matarlo. Si Glenn no hubiera estado allí, probablemente lo habría hecho —le digo con sinceridad.

—Me alegra que no lo hicieras. Me gusta tenerte aquí, en el mundo real.

—¿Incluso con toda la locura? —pregunto.

—Es cien veces mejor que con lo que tenía que lidiar antes, así que sí. Incluso con toda la locura. —Me acerco a ella, con las manos enguantadas, y me inclino hacia delante, dejando que mis labios toquen los suyos. Me devuelve el beso y, cuando me separo, sonrío.



Me gustan sus sonrisas.

—Shandy cree que eres mono —me dice cuando tomo la lijadora para seguir trabajando.

—¿Y qué te parece? —pregunto, bromeando.

Ella abre su ordenador.

—Quiero decir... la vista sería mejor para mí, ya sabes, más relajante... si perdieras la camiseta. —Ella guiña un ojo y levanta una ceja.

Me arranco la camiseta, se la tiro y le guiño un ojo antes de volver al trabajo.

Se queda conmigo en el cobertizo toda la tarde, solo sale para tomar agua embotellada y vuelve enseguida.

Trabajamos en silencio.

Juntos.

De vez en cuando me hace alguna pregunta, pero aparte de eso, nos dedicamos a lo nuestro.

Me gusta tenerla cerca.

En realidad, me gusta mucho.

Aunque nunca pueda funcionar entre nosotros.

La veo moverse mientras cierra el ordenador. Se levanta, se acerca a donde estoy trabajando y pasa la mano por encima del escritorio.

—Lo que creas... es precioso. El diseño, la forma... es único. —Oigo lo que dice, pero mis ojos están fijos en ella—. No tiene la forma de un escritorio normal. Tiene ranuras y no es un rectángulo. ¿Qué te ha hecho...? —Se interrumpe cuando levanta la vista hacia mí y aspira un suspiro—. ¿Qué?

Mi mirada se desliza sobre la suya.

—Eres asombrosamente hermosa, ¿lo sabías?

Se pasa el cabello por encima del hombro, con una tímida sonrisa en los labios.

—Tú tampoco estás nada mal, August. —Guiña un ojo.

Capítulo 23

Rylee

Me quedé a pasar la noche y él se mostró respetuoso todo el tiempo. Cuando me desperté a la mañana siguiente, no estaba allí, pero al final de la cama había una bolsa llena de ropa y mi teléfono, completamente cargado.

Me visto porque hoy tengo que ir a la oficina. A pesar de lo que piensen los demás, me gusta mi trabajo. Se me da bien y, para que quede claro, no puedo dejar que el miedo dicte mi vida.

Bajando sus escaleras, encuentro a August en la cocina con Noah.

Noah me ofrece una sonrisa amable antes de volverse hacia August, cuyos ojos me devoran.

Sus palabras de anoche me golpean.

—Noah dijo que Anderson pasó la noche en la cárcel. Sus padres consiguieron sacarlo hoy, pero si presentas cargos, debido a las abrumadoras pruebas, podría ir a más —dice August.

—¿Presentar cargos? Va a tener un bebé.

—¿Crees que es inofensivo? —pregunta Noah.

Me muerdo el labio y miro hacia abajo.

—No.

—¿Crees que volvería a hacer esto... herir a otra mujer?

—Sí —digo con la respiración agitada.

—¿Y puedes vivir con eso? ¿Y si mata a la siguiente mujer a la que se lo haga? —Noah se pone en plan abogado cuando dice—: Lo he visto en los tribunales una y otra vez, Rylee. Como amigo, y alguien que se preocupa por ti, quiero que presentes cargos, pero no te presionaré si no quieres.

—Su familia me odiará.

—Ya lo saben. Preguntaron esta mañana qué cargos pueden presentar contra ti.

—¿Contra mí? —Mi voz chirría de sorpresa.

Noah asiente.

—No tienen nada, así que no te preocupes. Pero te lo harían si pudieran, si encontraran algo.

Observo a August mientras mira fijamente su café y escucha.

—¿Crees que debería? —le pregunto a August.

—Sí —dice sin perder el aliento—. Pero es tu elección. Hazlo o no lo hagas. No te juzgaré de ninguna de las maneras.

—Tengo que ir a trabajar —digo, sin contestar a ninguno de los dos en este momento porque necesito pensar.

—Tu auto está aquí —dice Noah, entregándome las llaves.

—Gracias. —August asiente. Sabe que le doy las gracias no solo por lo que hizo por mí, sino también por cuidarme e incluso por invitar a Shandy. Anoche cocinó para nosotras y me sentí a gusto. Ni una sola vez sentí como si tuviera ojos para Shandy, no como con Anderson. Fue agradable, y nunca había estado tan tranquila con un hombre antes de él.

Cuando salgo, conduzco directamente al trabajo.

Antes de que me instale en mi despacho, mi padre entra corriendo y cierra la puerta tras de sí.

—¿Por qué estás aquí? —espetea—. ¿Estás bien? —Está frente a mí en tres zancadas, mirándome de arriba a abajo—. Voy a lanzar todo lo que tengo contra esa familia, y ese chico no volverá a ver la luz del día. —Niega y se marcha sin esperar siquiera una respuesta. Levanto una ceja y me echo hacia atrás en la silla.

—Hola. —Shandy asoma la cabeza un poco más tarde—. Tienes mejor aspecto, más fresco —dice, mientras toma asiento en el lado opuesto de mi escritorio—. Has recibido unas cuantas llamadas esta mañana. Alerta... una era tu madre.

Me estremezco al oír esas palabras. Shandy sabe que no acepto llamadas de mi madre a menos que sea al final de la jornada laboral. Mamá habla demasiado y no entiende que mi vida no transcurre preguntándome de qué color debe ser mi colcha.

—¿Dijo lo que quería?

—Quería saber si estarías en la oficina hoy.

—De acuerdo.

Qué raro.

Pero bueno.

Mi madre siempre ha querido que trabaje hasta que me case y tenga hijos, luego quiere que sea como ella y me quede en casa. Sí, eso nunca iba a pasar. Me gusta trabajar. Me gusta ganar mi propio dinero.

—Oye, sé que no es mi lugar, pero ¿estás bien?

—Estoy bien. Gracias por preguntar.

Y lo estoy.

Cada día es mejor que el anterior. Y tener a August cerca lo hace un poco más dulce. No sé cómo puede hacer eso, mejorar mi vida, pero lo hace.

Y me gusta.

Mucho.



—¿No vas a presentar cargos? —Levanto la vista y veo a mi madre en la puerta de mi despacho con Shandy detrás, pidiendo perdón.

—Pasa. Siéntate, ¿por qué no? —Le hago un gesto con la mano para que se siente delante de mí y ella se acerca.

—No vas a presentar cargos, Rylee —repite, y no es una pregunta, como pensé que era la primera vez que lo dijo. Ahora sé que es una indicación. Mi madre deja su bolso sobre mi escritorio, con las manos en las caderas.

Shandy cierra la puerta en silencio tras de sí y yo respiro hondo, preparándome para la embestida de lo que mi madre va a enviarme.

—¿Y eso por qué?

—Porque su familia es poderosa. Cualquier desacuerdo con ellos podría perjudicarnos. —Me mira fijamente, y de alguna manera veo una mezcla de determinación y esperanza brillar en sus ojos. *¿Lo dice en serio?*

—¿Sabes lo que hizo? —le pregunto incrédula.

Se pasa la mano por la falda antes de sentarse frente a mí.

—Lo he oído. También he oído que alardeaste de otro hombre delante de él, uno que ha estado en la cárcel, nada menos. —Ella se burla, y es tan fuerte que un trozo de su cabello vuela hacia arriba.

—No he hecho alarde de él. August es un gran hombre, haya estado o no en la cárcel.

—Así que es verdad. *Estás viendo a ese chico.* —Niega—. Esperaba esto de Rhianna, ¿pero tú, Rylee? ¿Por qué? ¿No te di suficiente amor, que tienes que ir en busca de él en todos los lugares equivocados? Porque ese chico nunca irá a ninguna parte, y como consecuencia, *tú nunca irás a ninguna parte, ya que llevarás su nombre unido a ti.*

—¿Eso es todo lo que te importa? —pregunto, claramente confundida por su afirmación—. ¿Estatus y poder?

—Vivimos en un mundo donde eso importa. Tú lo sabes. Trabajas en cuentas para gente rica y poderosa.

—August es un hombre increíble, no un niño, y me gusta. Me trata mejor que Anderson en todos los años que estuvimos juntos. Me hace feliz. ¿Te importa mi felicidad, madre?



Me hace señas para que me calle.

—No intentes hacerte la dura. Me importa tu felicidad. Ese ha sido mi objetivo toda tu vida. Quiero lo mejor para ti, y acusar a Anderson *no* es lo mejor.

—Lo estoy haciendo. Abusó físicamente de mí durante toda nuestra relación. Me manipuló. Luego intentó... —Niego—. Dios sabe lo que quería hacer. Pero puedo decirte que nada de eso fue agradable, y me alegro de haber escapado. Pero si no lo hubiera hecho, no estaría aquí sentada, madre. Estarías visitándome en la cárcel o en el hospital. ¿Hubieras preferido esos resultados?

—Sabes que no —se burla, con las manos jugueteando con su falda. Observo su tic nervioso y niego.

—Tendrás que lidiar con ello porque Anderson se merece lo que le pase. Se ha salido con la suya durante demasiado tiempo como para que le dejen otra vez.

—Lo arruinarás todo —susurra.

—No, Anderson lo ha hecho solo —le respondo mientras sonrío.



—He quedado en ir a una cena familiar este fin de semana y estás invitado —le digo a August cuando entro en su cobertizo esa misma noche. Debería haberme ido a casa, pero, de alguna manera, he vuelto aquí. Levanta la vista, cubierto de serrín, y niega.

—Paso —responde, volviendo a lo que estaba haciendo.

Disfruto viéndole trabajar, la forma en que sus músculos se flexionan cuando se mueve y la concentración que tiene grabada en el rostro.

Disfruto mucho con August Trouble.

—Por favor... ya les he dicho que vienes.

—No somos una pareja, niña rica. Solo somos dos personas que disfrutan de la compañía del otro y que follan.

—Quiero más que un polvo.

—Entonces estás comprando en la tienda equivocada.

—¿Lo hago? —pregunto, acercándome a él—. Porque parece que disfrutas de mí tanto como yo de ti.

Levanta la mano, sus músculos se tensan al hacerlo, se la pasa por el cabello y niega.

—Error número uno, pensar eso. —Se da la vuelta y merodea hasta el interruptor de encendido, apagando todo—. Ahora, a menos que estés aquí para follar, creo que es mejor que te vayas.

—¿No quieres que me quede? —pregunto, confundida, y ahora un poco dolida.

—No, deberías irte.

Me sorprenden sus palabras. No me mira cuando salgo del cobertizo, ni siquiera cuando salgo para tomar el auto. Vuelvo a casa preguntándome qué demonios le pasa. Y cómo hemos pasado de estar bien a estar rotos y jodidos en dos segundos.

—Ry. —Mi puerta se abre y Rhianna se sienta a mi lado en el asiento del copiloto—. ¿Estás bien?

—Mamá vino a verme hoy —le digo—. Me dijo que no presentara cargos contra Anderson.

Rhianna rechina los dientes ante mis palabras.

No le cuento lo de August porque, sinceramente, no sé ni lo que pasa.

—Por supuesto que lo hizo. Eso arruinaría su reputación. —Ella se inclina, poniendo su mano en mi pierna—. Pero tienes que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? —Me mira con los mismos ojos que yo—. Conocí a la chica que dejó embarazada. Es joven, solo un poco mayor que Beckham. Piensa en todas las formas en que la manipularía. —Me estremezco ante sus palabras—. Sabes que tengo razón porque te lo hizo a ti.

—Voy a hacerlo —afirmo.

—Bien. Entonces, ¿cómo está August, y por qué estás sentada en tu auto?

—Me dijo que me fuera.

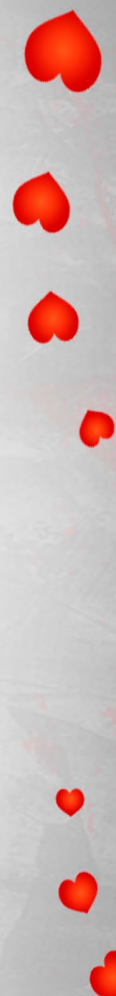
—Awww, sí, esos sentimientos le han golpeado fuerte. —Se ríe—. Lo vi reflejado en su rostro. Era como ver un musical sin música.

—No me quiere de la misma manera que yo a él.

—Sí, lo hace, pero ese hombre está muy confundido. —Sale del auto y me hace un gesto para que también lo haga. La sigo dentro, me pasa el brazo por los hombros y cierra la puerta de una patada—. Estoy segura de que te quiere, pero dale tiempo. No ha tenido a nadie que se ocupara de él en toda su vida. Su madre es una borracha, su padre nunca existió en su vida y sus supuestos amigos lo utilizaron.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Noah —dice, dándome su explicación—. A Noah le gusta, dice que es un buen hombre. Es la razón por la que luchó tanto para sacarlo de ese lugar.



—Pero ¿qué es lo bueno ya? —digo con un fuerte suspiro—. Nunca pensé que Anderson fuera malo, y en eso me equivoqué terriblemente.

La puerta de nuestro apartamento se abre de una patada y la mirada de Beckham se posa en mí, con los ojos enrojecidos mientras se dirige hacia mí.

¿Cuándo se convirtió en hombre?

—¿Estás bien? —pregunta mientras me examina de arriba abajo.

—Estoy bien. —Alargo la mano y le doy un abrazo.

—Oye, ¿cómo es que ella es la favorita? Sabes que somos gemelas, ¿verdad? —bromea Rhianna.

Me echo hacia atrás, sonriendo a Beckham.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Oí a mamá y papá discutiendo. Papá se estaba yendo.

—¿Sobre qué? —pregunta Rhianna.

—Mamá dijo que te dijo que no presentaras cargos, y papá dijo que era una tonta idiota por decirte eso, y que, si no lo hacías, él lo haría por ti.

—Vamos, papá —dice Rhianna—. Creo que nunca ha ido en contra de lo que ella quiere.

—Rylee, eres la niña de oro para él —dice Beckham.

—Sí, ¿no lo sabemos todos? —dice Rhianna poniendo los ojos en blanco, y luego me da un codazo—. ¿Helado y donuts?

Beckham se quita la gorra de béisbol y asiente.

¿Cómo se puede decir que no a esa combinación?



Capítulo 24

August

Noah me cuenta cómo está Rylee, y ella me llamó la semana pasada. No la he visto desde la noche que le dije que se fuera.

¿Qué espera de mí? No soy un hombre que pueda darle lo que quiere. No tengo nada que dar. No soy así.

—August. —Oigo que me llaman por mi nombre mientras estoy terminando la tercera capa de barniz en el último de los escritorios encargados. Apago la música y me dirijo a la entrada de la casa. Mi madre está en el porche, mirando por la ventana a través de las persianas abiertas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Carina?

Se gira rápidamente y me ofrece una sonrisa culpable.

Sí, culpable.

—Has arreglado bien este sitio.

—¿Estás borracha?

Sus ojos se abren de par en par ante la acusación.

—No.

—¿Colocada, entonces?

—No. Mira, August... Sé que me odias. —Me rio de sus palabras mientras baja los escalones hasta donde me encuentro—. Pero he venido aquí como tu madre.

—¿Así es como te llamas estos días? —Me paso la mano por el cabello—. Podrías haberme engañado.

—August, ¿quieres callarte y escuchar?

—¿Qué quieres? ¿Dinero? —pregunto, me meto la mano en el bolsillo, saco un billete de veinte dólares y lo tiro al suelo, a sus pies. Sus ojos lo siguen antes de volver a mirarme—. Es todo lo que tengo. Tómallo y vete.

—Esa chica tuya... su novio. Ha estado viniendo a ver a Josh, y tu nombre ha salido de sus labios unas cuantas veces.

Estoy sorprendido.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Ustedes dos le enfadaron, y ella ha presentado cargos.

Sé todo esto, Noah me lo ha contado, pero no tengo ni idea de cuál es su punto de vista ahora mismo.

—¿Y?

—Quiere vengarse. —Se apresura a decir las palabras, pero sus mejillas se enrojecen y luego baja la cabeza, probablemente avergonzada. Pero, de nuevo, quién sabe realmente con esta mujer y de lo que es capaz. Los sentimientos no son algo que haya sentido o incluso notado en ella.

—Claro que sí, pobre niño rico —digo negando—. ¿Qué tiene que ver Josh?

—Josh fue a él. ¿Ese pequeño secreto que supongo que le está ocultando a su nueva chica? Bueno, ambos lo saben ahora.

Me rechinan los dientes.

—Quizá deberías decírselo antes que él. —Mira hacia la casa—. ¿Puedo entrar? Hace mucho que no la veo.

Aunque me lo pienso dos veces, me hago a un lado para que pueda entrar. La observo mientras entra y sus ojos se fijan en todo. Entra en la cocina, pasa la mano por la encimera antes de volverse hacia mí.

—Nadie le dice que no a Josh, y tú lo has hecho varias veces. Estoy preocupada por ti.

—¿Ahora eliges preocuparte? —le pregunto incrédulo—. Tienes que estar jodiéndome, ¿verdad?

—No, no, no lo estoy. Josh... ha cambiado desde que entraste. Tuvo que hacerse más fuerte. Hacer las cosas por sí mismo. Perdió a la mayoría de sus hombres después de que te encarcelaran.

—No me importa.

—Te quiere muerto. Cree que eso arreglará sus problemas. Ven que no vuelves a trabajar para él y se dan cuenta de que su control sobre ti no era tan fuerte como dijo cuando te fuiste.

—Su control sobre mí siempre fue débil. Lo hice puramente por el dinero. Lo hice todo por el dinero porque mi propia madre no se molestaba en alimentarme, joder.

Se lleva las manos al pecho y niega.

—Voy a buscar ayuda. A rehabilitación. Me iré inmediatamente después de esto. Lo necesito.

—Necesitas algo más que rehabilitación —le digo—. Pero es un comienzo, supongo. Tal vez puedas ser una mejor madre para Paige. Pero yo... siempre sabré quién eres. Y créeme, el tren del perdón ya ha salido de la estación.

El cabello oscuro y brillante de mi madre se ha marchitado y sus ojos están hundidos en el cráneo. Parece mayor de lo que realmente es y, a pesar de todo, sigo pensando que es guapa.

—Te amo, August. Tuve demasiados demonios a los que quise más. — Su mano cae del mostrador, y se mueve para tocar mi hombro—. Siento haber sido una madre horrible para ti. Sé que ahora no me crees, pero lo siento de verdad. —Se levanta, me besa la mejilla y la veo salir a paso ligero por la puerta.



—Los Harley celebran una pequeña fiesta de cumpleaños para mí esta noche, y esperaba que vinieras. —Paige se sienta a mi lado y me tiende un plato lleno de donuts, así que agarro uno y le doy un mordisco a la deliciosa golosina—. Estoy segura de que a Rylee le encantará verte. —Me da un codazo en el hombro.

—¿Qué quieres por tu cumpleaños?

—Que vengas a mi fiesta. Por favor. Es muy amable de su parte hacer esto. Papá dijo que tú también deberías venir.

—¿Tu padre va?

—Sí. Dijo que me asegurara de invitarte.

He visto a su padre unas cuantas veces en la última semana, y lo odio, joder. Entrar en esa comisaría no me da más que preocupación, pero ya se ha acabado. Gracias a Dios.

Justo cuando estoy a punto de decirle que no, oigo que llaman a mi puerta. Paige ya sabe que no debe contestar, así que me levanto y abro la puerta a Glenn, que está allí de pie.

—¿No estás vestido?

No, no lo estoy. Todavía estoy en mi ropa de trabajo. Esperaba ducharme y desmayarme después de que Paige se fuera.

Glenn comprueba su reloj.

—Tenemos que salir en diez minutos. ¿No te lo dijo Paige?

—Se lo estaba diciendo —dice inocentemente—. Ahora va a subir a prepararse. —Alarga la mano y me abraza el brazo—. ¿Verdad que sí?

—Paige, no presiones a tu hermano para que haga cosas que no quiere —afirma Glenn.

—No. Me preguntó qué quería por mi cumpleaños, así que se lo dije.

Glenn suspira ante las palabras de Paige y niega.

—No tienes que venir si no quieres.

—Tardaré diez minutos. —Me doy la vuelta y me dirijo directamente a la ducha, me lavo, me seco y me pongo ropa limpia. Cuando vuelvo a bajar, Paige se ha puesto un vestido y está en la puerta con Glenn.

—¡Sí! Estoy tan emocionada. Beckham lo ha planeado todo.

Glenn niega.

—Por suerte para ti, ese chico te adora. —Glenn sale y yo le sigo. Todos nos deslizamos en el auto, y Paige permanece pegada a su teléfono durante todo el trayecto.

—¿Estás nervioso? —pregunta Glenn.

—¿Debería? —pregunto.

—No lo sé. ¿Has estado en casa de los Harley antes?

—No —respondo.

—La señora Harley es muy diferente... solo una advertencia.

Paige se ríe desde el asiento trasero.

—No es *tan* mala. Solo tiene grandes expectativas... —Hace una pausa—. Especialmente para Rylee más que para nadie. —Paige casi susurra las palabras.

—Sí, Rylee siempre ha sido la *niña especial*. Ella moldeó todo a su alrededor —declara Glenn—. Se está haciendo cargo del negocio familiar. Una chica lista.

—Estamos aquí. —Paige sale antes de que el auto se detenga por completo.

—Si necesitas irte, házmelo saber. Se me da bien escapar de estas cosas —ofrece Glenn mientras se baja y sigue a su hija.

Ya había visto la casa antes, pero esta noche, por alguna razón, parece más grande. La puerta se abre y Beckham nos recibe. Agarra a Paige en brazos y oigo sus risitas cuando la puerta se abre de par en par. Rylee está de pie con una sonrisa en el rostro hasta que me ve.

Glenn me da una palmada en la espalda mientras permanezco al pie de la escalera.

—Buena suerte —susurra antes de acercarse a su hija. Paige acaba apartándose de Beckham para que pueda estrechar la mano de Glenn.

Rylee sale por la puerta y baja los dos escalones hacia mí.

—Estás aquí... —se interrumpe.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Es su cumpleaños.

Rylee vuelve a mirar por encima del hombro.

—Soy consciente. Por eso estoy aquí.

—Es bueno saberlo.

—¿Me estás evitando?

Hay tres pares de ojos observándonos cuando miro más allá de ella.

—Deberíamos entrar. Están esperando. —Rylee se asoma por encima de su hombro.

—¿Pueden darnos un minuto?

Beckham asiente y acompaña a Paige y Glenn al interior de la casa, cerrando la puerta tras de sí. Cuando Rylee se vuelve hacia mí, sus ojos, tan oscuros como el cielo nocturno, me clavan en el sitio.

—Me has estado evitando.

—No, he estado trabajando.

—Trabajar para evitar... sí, lo entiendo. No quieres las mismas cosas que yo. Pero aun así me gustaría tenerte en mi vida.

—Estoy aquí ahora mismo... en tu vida —le digo.

—Estás aquí por Paige, lo cual me alegra. Pero tengo la sensación de que no has venido por voluntad propia.

Al abrir la boca para responder, la puerta principal se abre de nuevo. Los dos nos giramos hacia una versión mayor de Rylee. Entrecierra los ojos y me mira fijamente, luego le dirige la misma mirada a Rylee.

—Es hora de que entres. Está a punto de abrir los regalos.

—Sí, madre —dice Rylee.

Su madre levanta la nariz y se queda de pie sosteniendo la puerta abierta.

—Esto no ha terminado. No eres el villano de mi historia, August. Así que deja de fingir que tienes que serlo. —Rylee sube los escalones y espera a que me una a ella.

—¿Viene tu amigo? —pregunta su madre con las cejas levantadas.

—Sí —dice Rylee con mordacidad en sus palabras.

Con un suspiro, subo los escalones hasta situarme a su lado y saludo con la cabeza a la madre de Rylee.

—Gracias por invitarme, señora Harley.

Gira la nariz hacia arriba y sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo.

—No lo hice, pero parece que estás aquí de todos modos.

Rylee jadea a mi lado.

—Puedo irme si es una imposición que esté aquí.

—Tonterías. August, ¿no? —Un hombre se acerca a la madre de Rylee—. . Poppy no se lleva bien con los extraños. Soy Fred Harley, y es genial tenerte aquí. —Me ofrece la mano y se la estrecho. Rylee no se separa de mí mientras Paige y Glenn vienen a ver dónde estoy.

—Entra. Tomemos algo y hablemos —dice la madre de Rylee, a la que ahora conozco como Poppy.

—¿Tu hermana aún no ha llegado? —le pregunta su padre a Rylee.

—No. Me ha dicho que ella y Noah llegan tarde. —Se mueven en dirección a lo que solo puedo describir como una sala de estar.

Cuando vuelvo a mirar a Poppy, su boca está en una fina línea, y estoy seguro de que, si pudiera enseñarme los dientes, lo haría. Se inclina hacia mí y me dice:

—Sé quién eres en realidad, August. Aléjate de mi hija. Es una amenaza, no una advertencia —me dice mientras pasa a mi lado y se dirige hacia donde esperan todos.

Respiro hondo, cierro los ojos, me centro y me dirijo al interior de la habitación.

Por qué demonios acepté venir a esta fiesta, nunca lo sabré.

Capítulo 25

Rylee

Las manos de August se mantienen en los bolsillos mientras permanece de pie cerca de la entrada del salón, lo más cerca posible de la puerta, para poder escapar en cualquier momento si lo necesita. Con pasos rápidos, me acerco a Paige y le beso la mejilla, deseándole un feliz cumpleaños mientras le entrego su regalo. Ella tira de la cinta y el papel con entusiasmo hasta que llega a lo que hay dentro.

—Todos sabemos de tu afición a la cocina, así que es un curso de dos días con uno de los mejores chefs de la zona —le explico.

Grita y salta a mis brazos, besándome la mejilla.

—¡Es el mejor regalo de mi vida! Gracias, Rylee.

Beckham vuelve a bajarla y ella pasa al siguiente regalo.

Me acerco a August y le doy un codazo en el hombro.

—¿Quieres tomar algo? —Gira la cabeza en mi dirección, los ojos duros y los labios finos. Es como si protegiera sus palabras—. Vamos, lo necesitas. —Deslizo la mano por su brazo hasta caer en su mano y la agarro con fuerza. Tirando de él, llevo a August a la cocina.

Me recorre de arriba abajo, evaluándome, antes de clavar sus ojos en los míos.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias a ti —le digo sinceramente. Con August me siento segura. Me hace sentir cosas que hacía mucho tiempo que no sentía. Me gusta eso de él. Me gusta que, con él, sus manos nunca me toquen por ira. Solo me dan placer.

—¿Presentaste cargos?

—Sí, su familia... —Niego—. No quieres saber nada de eso. —Parpadeo un par de veces y pregunto—: ¿Cuándo puedo volver a verte?

—Me estás viendo ahora mismo.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Ahí están. —Mi madre entra en la habitación—. Deberían volver al salón. Vamos a cortar la tarta pronto.

—Lo haremos —respondo.

Está rondando.

Demasiado.

Observo cómo mira el vaso que tiene August en la mano y luego a mí.

—Por favor, no lo dejes en mi casa sin vigilancia. Sabes por qué fue a la cárcel, ¿verdad? —Me quedo con la boca abierta y las cejas se me levantan tanto que creo que se me van a caer del rostro.

Ahora, eso es un nuevo mínimo incluso para ella.

Increíblemente mezquino.

En realidad, vil.

—Me voy. —August coloca con cuidado su bebida en el mostrador, la que nunca llegó a probar.

—Sí, creo que es lo mejor —asiente mi madre.

—Sí, yo también —digo.

Mi madre sonríe con satisfacción. August no parece inmutarse, simplemente asiente antes de darse la vuelta.

Agarro el bolso de la encimera y corro al salón anunciando:

—Mamá ha echado a August. Así que tengo que irme. Que pases una buena noche, Paige.

—Rylee —grita mi madre.

Cuando salgo, August está ahí esperándome, como si supiera que iba a venir.

—¿Adónde, niña rica? —pregunta sonriendo.

—Eres como el frío y el calor —le digo mientras desbloqueo el auto—. Sube.

No puedo evitar sonreír cuando me giro para mirarle.

—Paige se alegró de que vinieras. Sé que no debió de ser nada divertido... —No dice nada, pero asiente—. ¿No te gusto, August? Porque me dio la impresión de que sí.

August cierra los nudillos y los golpea contra el picaporte de la puerta.

—¿Por qué sigues queriendo hablar de sentimientos, Rylee?

Me detengo ante una heladería.

—El helado ayuda al alma. Ven... Apuesto a que nunca has probado algunos de los sabores que tienen aquí. Absolutamente los mejores de esta ciudad.

Sale, cierra la puerta y se acerca a mí.

—Puedes ser muy molesta. —Lo dice, pero veo que no lo dice en serio: sus ojos son la ventana de su alma y ahora mismo están brillando.

—Es una de mis cualidades más entrañables. Y a ti te encanta. —Le guiño un ojo mientras me mira y entramos en la heladería. Viendo todos los sabores, no puedo evitar observar su rostro de confusión.

—¿Helado de tocino? —dice, y no salgo de mi asombro.

—¿August? —Ambos miramos al tipo que lleva un sombrero blanco con un delantal detrás del mostrador.

Ninguno de los dos habla. Simplemente se miran fijamente.

—Hola, soy Rylee.

—Sé quién es usted, señorita Harley —responde, y luego sus ojos vuelven a posarse en August—. Intenté ponerme en contacto contigo. Tú solo...

—Vamos —interrumpe August, agarrándome la mano con tanta fuerza que casi me duele.

—No. Hemos venido por helado —digo, soltando la mano—. Tomará el tocino.

—No quiero el helado de tocino.

—Yo tomaré las palomitas —le digo al desconocido que nos está sirviendo, que también parece molestar a August.

—Me gustaría tener la oportunidad de hablar contigo —dice, sacándome el helado. Me lo da y mira a August—. August.

—Tomaré lo mismo que ella...

—Me llamo Sully —me dice el desconocido.

—Encantada de conocerte.

—Fui a la escuela contigo, bueno... estaba en el curso de August.

—Oh, sí, me resultas familiar. —Me vuelvo hacia August—. ¿Ya no hablan mucho?

—No —responde rápidamente August.

—Lo he intentado, pero no quiere. Me sorprende verlos juntos. —Sully levanta una ceja.

—Deberíamos comer, así puedo irme a casa.

Asiento a las palabras de August y me acerco a una mesita donde nos sentamos.

—¿Era tu amigo? —pregunto, mirando hacia donde Sully sigue de pie detrás del mostrador. No deja de mirar en nuestra dirección.

—Era. Te dije que los que están cerca de mí o me usan o se van. Siempre es una cosa o la otra.

—Quizá aún no has dejado entrar a la persona adecuada.

—¿Es una invitación, niña rica?

—Te he estado lanzando invitaciones, a diestro y siniestro, que nunca aceptas —le digo, agarrando una cucharada de helado. Él hace lo mismo, se la mete en la boca y arruga la nariz. Luego me acerca el cuenco.

—He tomado unas cuantas. Me parece recordar su sabor y su tacto.

—Recordar cómo te sientes también es uno de mis favoritos. —Le guiño un ojo.

—August. —Ambos nos giramos hacia Sully, que está de pie, con el sombrero en la mano—. Realmente me gustaría hablar. No he trabajado con Josh desde que te fuiste.

—Estoy ocupado con mi chica, Sully. Vete a la mierda.

Vaya, vaya, vaya, mis mejillas se sonrojan ante sus palabras.

Su chica.

Volviéndose hacia mí, Sully dice:

—Lo siento, no quería arruinar tu noche. —Niega y se marcha.

—Lo estaba intentando —digo.

—Y ahora nos vamos. ¿Vuelves a mi casa o vas a la tuya?

—¿Puedo estar en la tuya? —pregunto, poniéndome de pie. Saludo a Sully con la mano mientras nos vamos. Cuando salimos, me meto en el auto y August me sigue.

—¿Sabes lo que suele pasarle a la gente como yo? —pregunta, mirando por la ventana hacia donde se encuentra su amigo, o *no* amigo—. Hacemos cosas malas. Matamos. Acabamos en la cárcel. La gente como yo no tiene futuro, niña rica. ¿Cuándo te darás cuenta?

—¿Cómo podrías saberlo? No eres como la mayoría de la gente, August. Deja de ponerte en esas categorías. —Me giro, pero siento que me mira fijamente.

—No estoy seguro de si eres notable o simplemente estúpida —dice finalmente.

—Me quedo con la primera, gracias —le digo sonriendo mientras conduzco hacia su casa.

—Supongo que solo el tiempo lo dirá.



Me empuja contra la pared, sus manos encuentran cada curva de mi cuerpo. No volvimos a hablar, ni siquiera al bajar del auto en su casa, pero en cuanto la puerta se cerró tras de mí, sus manos estaban sobre mi cuerpo.

Agarrándome en lugares a los que solo yo le doy acceso, recorriendo mi cuerpo como si yo fuera lo último que sus manos fueran a tocar.

Pero lo hace con tanta ternura y aspereza, todo mezclado en uno.

Cuando sus manos me tocan, me mareo y solo pienso en él.

Cuando sus ojos verde bosque se clavan en los míos antes de que sus labios me devoren, me derrito.

Es entonces cuando sé que haré casi cualquier cosa que él quiera.

Yo fui esa chica una vez.

No creo que vuelva a serlo.

Pero por alguna razón, esto no se siente igual. Anderson tenía sus propios problemas. Problemas que no me involucran, pero de alguna manera me convertí en el centro de ellos.

August, nunca ha intentado controlarme. En cambio, me dice que me vaya a cada momento. Pero cuanto más me aleja, más quiero estar a su lado.

Mis manos se extienden hacia él con la misma necesidad con la que sus manos me tocan a mí.

August es diferente. Nunca había experimentado una fuerza como él.

Monopoliza mis pensamientos, robándolos como un ladrón roba joyas en la noche.

Y nunca me quejaré.

La primera vez que vi a August, recuerdo que pensé que era hermoso. Incluso con todas sus asperezas.

La segunda vez que lo vi, lo observé desde lejos, hipnotizada por la forma en que se movía y hablaba, pero nunca sonreía.

Su comportamiento estaba agriado por el pasado.

Su comportamiento distorsionado por todo lo que la vida le había echado encima.

—Niña rica. —Me saca de mis pensamientos. Se echa un poco hacia atrás para ver si sigo aquí, si sigo en esto, y cuando lo busco de nuevo, tiene su respuesta. Me levanta y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura.

Sexo. Puede que sea todo lo que esté dispuesto a dar, pero yo estoy dispuesta a aceptarlo.

El sexo con August es lo que más me gusta.

Sus manos, ásperas por el trabajo, se sienten bien contra mi piel desnuda, sobre todo cuando suben y bajan por mi cuerpo.

—Niña rica —dice mientras le muerdo el cuello.

—Tengo un nombre —le digo, echándome hacia atrás.



—Sí, lo sé —dice con una sonrisa burlona, metiendo la mano entre nosotros para poder tocarme. Su mano se desliza por mi falda y me quita las bragas para que su dedo pueda entrar en mí.

—Puedes decirlo —le digo sin aliento. Solo le he oído decir mi nombre una vez.

Los dedos de August dejan de moverse.

—¿Quieres follar o tener una conversación sobre tu nombre?

—Las dos cosas. —Sonrío, mis manos permanecen alrededor de su cuello.

—Niña rica —dice negando. Me coloca en el suelo y me deja allí de pie. Observo, sorprendida, cómo se aleja hacia la cocina. Me quito la camiseta y la falda lo más rápido que puedo. Me quedo solo con los tacones cuando me pongo detrás de él. Está en la nevera, cogiendo algo de beber, cuando lo rodeo con las manos y atrapo su polla a través del pantalón.

—August —le digo, haciendo que se gire, y cuando lo hace, sus ojos se comen cada parte de mí.

—Tengo sed —dice con los ojos entrecerrados. Me retiro de él hasta que mi espalda choca con la encimera, entonces me subo y me tumbo hacia atrás, levantando la cabeza y abriendo las piernas.

—Yo también.

Se acerca. Al principio, creo que va a dejar caer la botella, pero en lugar de eso la usa, dejando que el frío me suba por la pierna hasta llegar a la mitad, luego se detiene, la aparta y la abre. Lo observo todo porque es sencillamente fascinante.

El líquido se derrama sobre mi vientre y él observa cómo fluye por mi piel antes de bajar la boca y empezar a lamérmelo. Cuando lo ha lamido todo, mueve la botella y el líquido se derrama sobre mi vagina.

Luego, sin perder un instante, se inclina para lamer, saborear y tocar.

Sin embargo, pronto se olvida de la botella y sus manos están a ambos lados de mis piernas, abriéndolas al máximo mientras su boca hace círculos en mi clitoris. Empiezo a follarle el rostro, mis manos buscan su cabello, pero él no se detiene. Me engulle como si fuera el líquido de una botella de agua. Se deleita saboreándome como si fuera su plato favorito. Y cuando introduce un dedo y lo mueve hacia arriba, estoy acabada.

Mis piernas se aflojan y él se aparta para limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Ya no tengo sed. —Sonrío ante sus palabras—. Pero ahora estoy jodidamente delirante de necesidad —dice, sacándose la polla y usando el puño, deslizándose arriba y abajo por el eje mientras se acerca a mí.



WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

Se desliza dentro de mí, me levanta para que nuestros cuerpos queden pegados y me folla mientras su boca encuentra la mía. Me saboreo en sus labios y no me aparto. ¿Cómo podría? Mi cuerpo es suyo y yo solo estoy aquí para ver y disfrutar del espectáculo.

Y vaya espectáculo.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

152



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL

Capítulo 26

August

Nos desmayamos en el suelo del salón. Después de la primera vez en la cocina, me empujó hacia atrás y se puso de rodillas para ponérmela dura de nuevo. Luego follamos por todos los rincones de la planta baja hasta que finalmente caímos exhaustos sobre la alfombra del salón. Está acurrucada en mi hombro, con el cabello oscuro alborotado y los labios ligeramente entreabiertos mientras duerme plácidamente a mi lado.

Quiere cosas que yo nunca he dado.

Cosas que nadie me había pedido antes.

Y simplemente no sé cómo darlas.

¿Y si lo hago?

¿Y si me convierto en un hombre peor de lo que Anderson fue o podría ser?

Gime en sueños y engancha una de sus piernas sobre mí. Luego, como si no estuviera durmiendo, su cuerpo empieza a moverse hasta que básicamente está encima de mí. La atraigo hacia mí y, cuando lo hago, abre los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días —le digo mientras se desliza. Ya estoy empalmado, es una constante a su alrededor.

Rylee se inclina hacia delante y me besa un lado de la boca mientras sus caderas empiezan a deslizarse hacia delante y hacia atrás. Me siento impotente para detenerla, aunque no quiero. Sus manos me agarran con fuerza los hombros y, cuando levanto la vista hacia ella, veo la marca que le he dejado en el cuello con mi boca.

Tendrá que cubrir eso.

La dejo ir a su ritmo. Es su espectáculo, ¿quién soy yo para detenerla? Siento cuando empieza a correrse, su coño aprieta mi polla, lo que hace que yo también me corra. Empieza a moverse más deprisa, sus manos se hunden aún más mientras echa la cabeza hacia atrás. Le agarro las tetas, apretándole los pezones. Sus manos cubren las mías mientras bajamos.

—Tengo que prepararme —dice, y luego procede a tumbarse sobre mi pecho, su cabello abanicándose sobre mi rostro—. Tengo trabajo.

Le doy una palmada en el trasero, grita y se ríe.

—¿Lo ves? —pregunta, retirándose con cuidado una vez que se separa de mí.

—¿Ver qué? —pregunto, incorporándome y viéndola agarrar su ropa y empezar a vestirse. No contesta hasta que tiene las llaves del auto en la mano y sale por la puerta. Esos ojos oscuros se deslizan hacia mí, con el cabello cayendo en cascada por su espalda en deliciosos rizos.

—Lo hermosos podríamos ser juntos. —Guiña un ojo y se va.

No estoy en desacuerdo. Creo que una vida con Rylee sería genial. Pero no es solo ella, son todos los demás también.

Mi vida no es tan fácil como ella cree, y ese es el maldito problema.



Soñar con una vida con ella es lo más estúpido que podría hacer. Agarro la bolsa de la compra y salgo de la tienda. En el estacionamiento, los veo enseguida. Anderson y Josh se giran hacia mí, Anderson me mira con desprecio, como si fuera escoria. Para él, puede que lo sea, pero para mí, él es mucho, mucho peor.

—Hemos estado esperando —dice Josh, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Anderson se acerca primero, sus ojos me evalúan. No es más alto que yo, me llega a la línea del cabello, y desde luego no es más fuerte. Puede que fuera la estrella de fútbol del instituto, pero desde entonces lo único que ha hecho es salir de fiesta y follar, y eso se nota en su cuerpo.

Me giro para ir en dirección contraria cuando Anderson se interpone en mi camino, sus ojos se desvían hacia mi bolsa y entonces mete la mano en él, sacando un bote de nata que Paige pidió para hacer unos pasteles.

La arroja al suelo y mis ojos lo siguen mientras la sustancia blanca se escurre formando un dibujo por todo el asfalto.

—Sé lo que hiciste, escoria —dice Anderson, inclinándose.

—¿Cómo voy a extender eso sobre el cuerpo de Rylee si ahora está en el suelo? —respondo—. A ella le gusta cuando follo y saboreo cada parte de ella.

Estas palabras tienen el efecto deseado. Anderson cierra las manos en un puño e intenta golpearme. Me dejo caer al ver que se acerca su puño y me aparto. Gruñe y vuelve a acercarse a mí, y Josh, que ahora está detrás de mí, me patea la parte posterior de las piernas. Solo se dobla una, pero me da suficiente margen para girarme y darle un puñetazo directo en las tripas, haciéndole caer al suelo, ya sin aliento.

Volviéndose hacia Anderson, sonrío y vuelve a acercarse a mí.

—Pedazo de mierda, eso es todo lo que eres —escupe.

—Tu madre no pensaba lo mismo. —Sonríe y sus ojos se convierten en rendijas mientras corre hacia mí. Me quito de en medio y mi pie le alcanza, haciéndole caer al suelo de bruces. Grita, pero se levanta rápidamente. Mientras tanto, Josh sigue dando vueltas, acunando su estómago como un bebé.

—No hables así de mi madre, pedazo de mierda. —Vuelve a correr hacia mí, y esta vez, le dejo. Cuando su cuerpo entra en contacto con el mío, tengo que prepararme para el impacto. Puede que haya perdido algo de músculo, pero aún puede correr y placar, obviamente.

—Levántense de una maldita vez. —Ambos nos volvemos hacia el policía de alquiler que está a nuestro lado, con la mano en el cinturón mientras nos evalúa.

—Vete a la mierda, Larry —dice Anderson, su puño se inclina hacia atrás para golpearme. Me muevo, poniéndome de pie al mismo tiempo que Josh.

—Te mataré, August. Lo jodes todo. ¿Dónde está tu madre?

Así que realmente se fue.

Santo cielo.

—¿Dónde está? —grita.

—¿Qué te importa? —pregunto.

Sinceramente, ¿por qué demonios le importa? La usó y abusó de ella. No hay razón para que le importe su paradero ahora mismo.

—Es mía —dice con rabia, agarrándose el estómago con una mano.

—No. Parece que no.

—Ella nunca te amó. Se quejó de ti toda la vida —me dice como si pudiera dolerme. Como si esas palabras pudieran hacer algo más que hacerme sonreír. No me importa la mujer, lo que haga con su vida o cualquier otra cosa.

—Me alegra oírlo. —Recojo mi bolsa de la compra, intentando alejarme de la mierda que tengo delante.

—Vete a la mierda, Larry —vuelve a decir Anderson al guarda de seguridad.

—No se puede hacer, muchachos. Aquí hay videos que muestran lo que acaba de ocurrir. —Señala a las cámaras de arriba—. Así que a menos que quieran cargos adicionales, deben irse ahora —dice Larry.

Le veo preparado para ellos.

Josh me mira y sonríe, pero más bien hace una mueca antes de agarrar a Anderson del brazo y marcharse.

BEAUTIFUL
POISON

Lentamente, recojo el resto de mis cosas y Larry se agacha para ayudarme.

—No sé si me recuerdas... —Me tiende la mano para que se la estreche. No lo hago—. Bueno, Sully habla muy bien de ti. Y esos dos... — Señala con la cabeza hacia donde se dirigen—. No han dado más que problemas.

Larry tendría, en una suposición, mi edad. Su rostro me resulta familiar, pero ha pasado demasiado tiempo y todos los rostros me resultan iguales.

Excepto el suyo

No, el suyo destaca como la estrella más brillante en un cielo azul.

—¿Conoces a Sully? —pregunto.

Se rasca la nuca.

—Sí, es mi novio.

De acuerdo, bueno, no me lo esperaba. Para nada. Aunque tampoco recuerdo que Sully haya estado con chicas en la escuela.

—Intentó visitarte cuando estabas encerrado, pero tu madre no lo permitió. Ella controlaba quién podía verte.

No lo sabía.

¿Por qué demonios no lo sabía?

—De todos modos, ha estado hablando de ti. —Se da la vuelta—. Debería irme. Encantado de verte de nuevo, August.

Le llamo cuando llega a la puerta.

—Dile a Sully que pase a verme.

—Le encantaría. Me aseguraré de transmitir el mensaje.



Cuando llego a casa, está allí en un viejo auto destartado. Sully está apoyado en la puerta, mirando el móvil, hasta que se fija en mí.

—Iba a ver a Larry cuando me llamó. Pensé que era mejor no desperdiciar la oportunidad, así que vine directamente.

Asiento. Sully me sigue mientras nos dirigimos a la puerta de mi casa.

—Tú y Larry... —le pregunto mientras entramos y caminamos por la casa hasta la cocina.

Mira nervioso a su alrededor.

—Sí, es bueno. Ha estado ahí para mí desde que dejé de trabajar para Josh, y me dio un lugar para vivir. —Se encoge de hombros—. Le debo mucho.

—Bien. —Asiento, colocando la bolsa sobre el mostrador.

—Tienes sangre ahí. —Sully se señala el labio superior y yo me limpio el mío—. Josh está usando a Anderson. Es lo que hace... utiliza a la gente para conseguir lo que quiere. —Hace una pausa—. Y he oído que quiere que te vayas ya que no quieres volver a trabajar para él.

—Josh tiene que darse cuenta de que no puede conseguir todo lo que quiere.

—Sí, pero intenta decírselo. —Toma asiento—. ¿Te va bien? ¿Cómo estás?

—¿Por qué te importa?

—Tu nombre está en boca de mucha gente, no solo por lo que eres, sino porque estás con la chica Harley. Y no la hermana, sino la niña de oro. —Niego—. Así que como amigo tuyo, que hace años que no te ve, quiero saber... ¿cómo estás?

—¿Amigo? —pregunto.

—Sí, claro, soy tu amigo. Le pregunté a Noah si podía recogerte el día que te soltaron, pero dijo que era mejor que lo hiciera él para que te instalaras.

—Tenía razón.

—Me preocupo por ti —dice Sully—. Siempre has estado solo, August, así que sé que puedes sobrevivir. Pero a veces necesitas un equipo, gente que te cubra las espaldas.

—¿Y tú eres uno de ese equipo?

—Te amo, hombre, y no de una forma romántica. Eso está reservado para Larry. —Se ríe y yo también—. Eres mi mejor amigo, así que sí... quiero ayudar en todo lo que pueda. Estoy metido en algunos trabajos ahora mismo, tratando de ahorrar algo de dinero. ¿Necesitas trabajo?

—No.

Asiente.

—¿Qué estás haciendo?

Hago un gesto hacia la mesa que hay detrás de él, sus ojos la encuentran y se levanta para tocar la superficie.

—Siempre has sido un superdotado. Vaya, esto es increíble. —Su mano se desliza por el escritorio.

—Gracias.

Seguimos hablando, y Sully se queda toda la tarde, y solo se va cuando aparece Rylee. Se asegura de hablar con ella, y ella se ríe de sus palabras.

Y cuando se ha ido, se vuelve hacia mí y me anuncia:

—Josh ha venido a verme hoy.

WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO



158



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL

Capítulo 27

Rylee

Sabía cuál iba a ser la expresión de su rostro antes de hablar, antes de abrir la boca. Le quité la felicidad, pero necesitaba saberlo.

—¿Qué quería?

—No podía entrar en el edificio, así que esperó a que Shandy y yo nos fuéramos a comer. —Sus ojos verde bosque se clavan en los míos—. ¿Qué te ha pasado en el labio? —Alargo la mano para tocarlo, pero retrocede y da un paso atrás—. Me preguntó si podía darte un mensaje.

—¿Y?

—Dice que tienes que ir a visitarle esta noche a casa. —Me encojo de hombros—. Dijo que sabrás de qué casa está hablando.

—Deberías irte —dice August.

—August... —digo su nombre tal vez un poco más alto de lo que quería y luego lo alcanzo.

—Vete de una jodida vez, Rylee —suelta.

Mis manos se cierran en puños. La rabia se apodera de mí mientras le fulmino con la mirada.

—No —grito—. ¡No! No puedes dictar todo en mi maldita vida. Mi madre ya lo ha hecho lo suficiente como para que me dure toda la vida. Así que no, tú tampoco puedes hacerlo. Así que, August Trouble, deja de apartarme.

—Puedo alejarte si no te amo —dice, y eso golpea algo dentro de mí.

Duele.

Pero cuando le miro a los ojos para ver si dice la verdad, sé que no.

Está empujando.

Otra vez.

—Mientes. Eres bueno en eso, en alejar a la gente, porque nunca has tenido amor y no sabes qué hacer con él —le digo. Le tiendo la mano, pero me aparta.

—Estás delirando —dice con una risita que suena casi malvada.

—No, solo soy una chica estúpida enamorada de un chico aún más estúpido.

Hace una pausa. Sus ojos se vuelven hacia los míos. No esperaba decir eso. No planeé que saliera de mi boca. Sí, le amo. Pero supuse que era un enamoramiento profundo, tal vez una adicción. Nunca me sentí como con August. Con Anderson, era conveniente. Con August, lo consume todo.

Me acuesto pensando en él.

Me despierto pensando en él.

Me trata bien, incluso con todas las veces que me ha apartado. Solo lo hace porque es lo único que sabe hacer. La gente lo aleja, así que él corresponde con su propia versión.

—No quise decir eso.

—Lo hiciste —responde—. Y tienes que irte. Aléjate de Josh. Vete.

—No. —Me acerco a él, mis manos tocan sus costados, y él niega mientras intenta apartarme.

—Solo vete. Vete a casa, a tu cómodo apartamento.

—¿Por qué te pones así? ¿Lo que más te gusta es alejarme? ¿Crees que, si lo haces lo suficiente, puede que no vuelva?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Habrá un momento en que no vuelvas. Es parte de la vida.

—No la mía. Soy como pegamento, cariño. Estoy pegada a ti hasta el fin de los tiempos. —Esta vez levanto la mano para que mis labios toquen los suyos. No me devuelve el beso al principio, hasta que empujo mi cuerpo contra el suyo y cede. Sus labios se mueven y sus manos encuentran el lugar más cómodo: mis caderas.

Una vez me tocaron manos que no eran bienvenidas.

Una vez me susurraron al oído palabras que no estaban invitadas.

Ahora sé, gracias a August, que no debería aceptar esa vida.

¿Por qué iba a hacerlo?

No lo haré.

Diablos, August no acepta a nadie.

Retrocede rápidamente, poniendo distancia entre nosotros, y luego niega.

—¡Para! Joder. —Levanta una mano y se la pasa por el cabello.

Alguien golpea con fuerza la puerta detrás de nosotros. Me hago a un lado para que pueda abrirla, porque he aprendido a no acercarme a su puerta. Cuando abre, el padre de Paige está al otro lado.

—¿Está Paige aquí?

—No, ¿por qué? —pregunta August.

—No fue a la escuela hoy. La ubicación está desactivada en su teléfono y no puedo localizarla.

—Ayudaremos. Yo conduciré, August. —Saco las llaves del auto del bolsillo y August me las quita. *Supongo que no voy a conducir, después de todo.*

—Llamaré si me entero de algo —dice finalmente August y cierra la puerta en las narices de Glenn. Espera unos minutos y se calza las botas.

—¿Dónde deberíamos ir primero?

—No vas a ir a ninguna parte. Quédate aquí y no abras la maldita puerta a nadie. —Corre hacia ella y vuelve a mirarme—. Mejor aún, que te recoja tu hermana. —Tira de la manilla y cierra de una patada. Me quedo mirando la puerta un momento, sorprendida, y luego salgo hacia mi auto, donde él está subiendo al asiento del conductor.

—August.

—No es seguro donde voy. Solo. Vete. A. Casa. —Pone la llave en el auto y arranca. Veo cómo se aleja y entro corriendo para agarrar mi teléfono.

Rhianna contesta enseguida.

—¿Puedes venir a recogerme? —Sé que no tiene auto, pero Noah sí.

—Umm... hola a ti también.

El auto que estaba aquí antes vuelve a la entrada.

—¿Puedes o no? —pregunto.

Sully sale del auto y se dirige a la puerta principal.

—Sí. Estaré allí en diez.

—Gracias. —Cuelgo y agarro mi bolso—. August se acaba de ir.

—Mira, no sé si es verdad, pero supongo que podría serlo —se apresura a decir.

—¿Qué?

—Josh tiene a Paige. Y si conozco a August, él también se ha dado cuenta. Y ahí es donde se dirige.

—Josh —murmuro—. Le pidió que fuera a una casa. ¿Qué casa podría ser?

—No sería donde está viviendo, probablemente la otra propiedad en la que solía dejar que August se colara de vez en cuando.

—¿Dónde?

—No puedes ir allí. No los conoces. No estás en ese mundo. Por algo te ha dejado atrás. Deja que August se encargue.

—La última vez que hizo algo por ese hombre, lo encerraron, así que... *no, no lo haré. Dónde. Diablos. Está.*

—August me matará si te lo digo. No es un lugar para que vayas sola.
Mi hermana se detiene en el camino de entrada.

—No estoy sola. Dime dónde.

Rhianna sale del auto y se acerca a nosotros mientras Sully me dice dónde.

—Debería llamar a alguien, ¿verdad? —dice Sully—. Hacer algo para que no se meta en problemas.

—No, no llames a nadie todavía —dice Rhianna y se vuelve hacia mí—. ¿Qué está pasando?

—August está a punto de hacer algo que le devolverá a donde no quiere ir —le digo.

—Rylee —dice Sully cuando salgo hacia el auto—. Ten cuidado. El August que puedes encontrar es diferente del que conoces. Está tranquilo ahora, pero nunca lo estuvo antes. Por eso era tan peligroso. —No asimilo sus palabras porque August puede ser muchas cosas, pero un peligro para mí no es una de ellas.

Confío en ese hombre con mi vida. Confiaría en él con cualquier persona que amo. Esa es la fe que tengo en él.

—Debería llamar a Noah.

—Probablemente —le digo.

No sé a qué podríamos llegar.

Sully tiene razón. No conozco esa parte de la vida de August.

Pero tengo fe en que recuperará a Paige.



Capítulo 28

August

Oigo su grito. Es agudo y directo. Dolor. Es lo único que oigo de sus gritos, y mis manos se cierran en puños. El arma en mi mano se aprieta con fuerza por la presión mientras empujo a través de la vieja puerta.

—Paige —digo su nombre, pero todo lo que recibo a cambio son llantos. Sus llantos.

—Viniste. Sabía que lo harías. —La voz de Josh se burla de mí—. Todos piensan que eres un malote, pero lo que no saben es que eres sobreprotector con los que te importan. Incluyendo a esta cosita linda.

Paige grita de nuevo, sus gritos ahora aún más fuertes cuando empiezo a acercarme.

—Sal, Josh —grito.

—¿De verdad crees que soy tan tonto? No, August. Sé más que eso. Puede que te haya pillado la primera vez, pero tengo la sensación de que ahora lo sabes mejor.

Lo hago. En ninguna circunstancia sería tan estúpido como para creer que Josh tiene el mejor interés de nadie en el corazón más que el suyo propio.

Es conocido por hacer todo por sí mismo.

Solo a sí mismo.

Nadie más importa.

—Realmente pensé que metiéndote en la cárcel no tendría que volver a preocuparme por ti, pero aquí estás... causando malditos problemas, una vez más —dice Josh.

Oigo los suaves gritos de Paige.

—Si te vas, y *me refiero a irte*, August, la dejaré ir.

Está mintiendo.

Josh es un mentiroso.

—Ambos sabemos que estás mintiendo. ¿De verdad crees que tengo dieciocho años otra vez y soy tan tonto como para creer tus mentiras?

El suelo cruje en la vieja casa y Josh entra por una puerta rota, pero delante tiene a mi hermana en brazos, con los ojos rojos de tanto llorar.

—No. Parece que estás jugando en el otro lado de las vías últimamente. Ya no somos lo suficientemente buenos para ti. No, ahora estás jugando con los niños ricos. No creas que no hemos oído que estás con esa linda morenita.

Mi espalda se endereza ante la mención de Rylee.

—Lo que le haría. Ya ves, no me gustan especialmente tan jóvenes. —Josh tira de Paige, haciéndola gemir—. Las prefiero mayores, más de la edad de Rylee, un poco más curtidas, pero aún lo suficientemente jóvenes como para romperse, así se curan más rápido y puedo volver a jugar.

Josh es conocido por pegar a sus amantes, la mayoría acaba en el hospital y ninguna le denuncia. Las asusta demasiado como para que digan algo.

—Voy a matarte esta noche. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Haces amenazas cuando tengo acceso a algo que quieres? —La otra mano de Josh sostiene una pequeña navaja, y la lleva al brazo de Paige. Ella se queda quieta, inspirando y conteniendo la respiración antes de que él empiece a aplicar presión. Veo que la sangre empieza a manar alrededor del punto donde la hoja atraviesa su piel.

—Aprendí que si cortas así, y lo suficientemente profundo, mueres. —Empieza a cortarle el brazo—. ¿Cuánto tiempo crees que tiene antes de desmayarse?

El arma en mi mano tiembla, pero no hay nada que pueda hacer. Tiene a Paige justo delante. Me mira con ojos tristes y sé que ella también se da cuenta.

—¿Alguna vez has visto morir a un ser querido, has visto caer la luz de sus ojos?

No le contesto. En lugar de eso, me acerco un paso más.

—Vi a mi madre morir de esta manera. Se cortó las venas delante de mí y la vi. Es algo fascinante ver cómo se va la vida. Saber en qué segundo la vida abandona su cuerpo, y que no va a volver. —Hace una pausa—. Fascinante.

—Estás jodido.

—Sabemos eso. Tú también. Solo que, de una manera diferente, ¿no? —Sonríe—. He oído que te gusta jugar, especialmente con esa niña rica.

No tiene ni idea de lo que habla.

Paige cierra los ojos y veo que se está cansando. Un pequeño charco de sangre se extiende por el suelo debajo de ella, y no puedo hacer nada.

—Paige —digo su nombre, y ella me mira y me ofrece la más triste de las sonrisas—. Déjate caer. —Hace lo que le digo, pero no llega muy lejos, ya que Josh la sujeta firmemente, pero es suficiente para que yo levante la pistola y dispare de todos modos.



La bala le atraviesa el hombro y rebota hacia atrás. La suelta y ambos caen al suelo. Alargo la mano, apartando a Paige de él, y rápidamente me quito la camiseta y la envuelvo alrededor de su muñeca para frenar la pérdida de sangre.

—Te pondrás bien. Todo irá bien —le digo.

Paige asiente y vuelve la cabeza hacia Josh, que se incorpora lentamente.

Me levanto y corro hacia él con la pistola en alto.

—¿No quieres saber más sobre Rylee? Sé cosas... —Antes que pueda decir otra palabra, le disparo directamente a la cabeza.

No necesito saber más palabras.

—August.

Vuelvo junto a Paige y me arrodillo a su lado mientras saco el teléfono. Llamo a una ambulancia y me siento con ella mientras esperamos.

—No lo sabía. Lo siento.

Le aparto el cabello.

—No tienes que disculparte. —Tiembla en mis brazos.

Cuando oigo la sirena a lo lejos, se abre la puerta de la vieja casa y entra Rylee, con expresión de miedo. Se acerca a toda prisa y se deja caer, inspeccionándola.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta.

—Nada. Una ambulancia está en camino.

Ella asiente, sus ojos me recorren, y sé que ve el daño que he hecho, las salpicaduras de sangre que cubren mi cuerpo, ninguna de ellas mía, una mezcla tanto de la de Josh como de la de Paige.

—Josh... —dice mientras sus ojos se posan en el lugar donde yace, en un charco de sangre roja oscura. Respira hondo mientras llegan la ambulancia y la policía. Levanto a Paige y se la entrego a los paramédicos para que no se acerquen más y vean a Josh. Aunque sé hacia dónde se dirige todo esto: yo, de vuelta a la cárcel, lejos de ella.

Unos ojos oscuros, tan oscuros que hacen juego con mi alma, me miran fijamente.

—Tengo que irme y no volver jamás.

Los ojos de Rylee se abren de par en par, y resisto el impulso de estrecharla entre mis brazos y decirle que todo irá bien y que ella *lo es todo* para mí.

Me ha hecho respirar de nuevo.

Me hizo volver a ver.



WICKED POISON #1

BEAUTIFUL POISON

Y, sobre todo, me ha hecho amar.

LO PERDONÉ POR ROMPER MI CUERPO CON SU TACTO

166



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL

Capítulo 29

Rylee

Su mano roza mi rostro. Qué guapo es este hombre. Uno de los chicos hace un ruido, y August mira detrás de él, sus hermosos ojos verde bosque me abandonan.

Me acerco a él, tocándole el rostro, y él se vuelve hacia mí.

Necesito verlo.

Quiero que me vea.

Somos inevitables.

August es, y siempre será, mi hermoso veneno.

Con una mirada, un vistazo, el veneno se manifiesta, se extiende por tu sistema y se apodera de ti. Y yo soy esclava de él.

—No te vayas.

—Nunca habría funcionado de todos modos, niña rica. Tú y yo estamos en dos planetas diferentes.

—No —grito, acercándome a él.

August retrocede, así que ya no puedo tocarle. Una vez me dijo que mi contacto aliviaba todo su dolor. Que le hace sentirse completo de nuevo.

Su toque me hace eso y más.

Nunca debimos serlo, y sin embargo lo somos.

Pronuncio el nombre de August y él niega. No me deja volver a tocarle. Solo quiero que sepa que estoy aquí, que sea lo que sea, podemos hacerlo juntos.

Los ojos de August se clavan en los míos.

—Eres todo y más para mí. Lo sabes, ¿verdad? —Su mano se agita en su costado y sé que quiere tocarme, pero se resiste.

—Entonces quédate —grito.

Niega.

—No soy un buen hombre, niña rica, lo sabes. Lo intenté y fracasé. No estoy hecho así.

Las lágrimas caen más rápido.

—Lo eres. Eres el mejor de los hombres. Mejor que cualquier hombre que conozco. —Oigo abrirse una puerta detrás de mí. Sus ojos se apartan de los míos y, cuando aparta la mirada, busco su rostro y lo atraigo hacia mí—.

Quédate conmigo. No me dejes. —Sus ojos se cierran ante mi contacto, pero es rápido, me agarra la mano y la aparta de su rostro.

—Te enamorarás, tendrás hijos y vivirás una buena vida —dice—. Pero ninguna de esas cosas puede ocurrir conmigo.

Una mano me toca la espalda y enseguida sé quién es.

—Ve con tu hermana. Vuelve a tu vida, niña rica.

—Eres mi vida. —Lloro más fuerte. Las lágrimas caen rápido de mis ojos. Puedo sentir la humedad en mi camisa.

—No, solo fui un momento en el tiempo. Pasando como una estrella nocturna. Ambos sabíamos que nunca podría funcionar. Que nunca podríamos funcionar. Somos de dos lados diferentes de las vías. Y por mucho que lo intente, nunca podré llegar a tu lado.

Retrocedo ante sus palabras y Rhianna me agarra por detrás.

—Es hora de salir. Tenemos que irnos —dice Rhianna con urgencia.

—Todavía puedes venir —le digo.

August se mira la ropa. La sangre la ha empapado.

—No, no puedo.

—Ry, tenemos que irnos —dice Rhianna detrás de mí.

Me acerco a él lo bastante rápido como para que no pueda detenerme, mis labios tocan los suyos y no se echa atrás.

Besar a August es como pedir aire, pero luchar por aceptarlo. Porque sabes que, si lo haces, puede que nunca vuelvas a tener esa sensación, pero si no lo haces, puede que te mueras.

Es con diferencia el mejor besador que he tenido, y sus labios son los últimos que quiero que toquen los míos.

Siento las manos de Rhianna abandonar mis hombros mientras me empuja hacia arriba y sobre August. Mi cuerpo cubre el suyo mientras intento subirme a él. Quiero estar tan cerca como sea humanamente posible.

Tiene que saberlo.

Tiene que saber que estamos destinados a estar juntos.

Nada puede interponerse en nuestro camino.

Nada.

Siento los labios magullados de lo fuerte que le beso, y él me devuelve el beso con la misma ferocidad.

Como si supiera, solo supiera, que esto es todo.

Este es nuestro último beso.



Las sirenas están más cerca y las lágrimas corren por mis mejillas, pero soy incapaz de apartarme.

No puedo.

Lo necesito.

Ya está.

Tengo que aceptarlo.

—Ry, tenemos que irnos. ¡Ahora! —insta Rhianna.

Me alejo y me acerco a sus labios, rozándolos con mis dedos por última vez.

—Tuve que hacerlo.

Asiento. Es todo lo que puedo hacer. ¿Qué otras palabras puedo decir? Lo hecho, hecho está. Nada de lo que pueda hacer cambiará lo que él ha hecho.

—Ahora vete —dice, y luego grita—: *Vete*.

Rhianna me tira hacia atrás y salimos corriendo por la puerta.

Me vuelvo para mirarle por última vez. August me observa, como siempre, y esta vez sé que es un adiós.

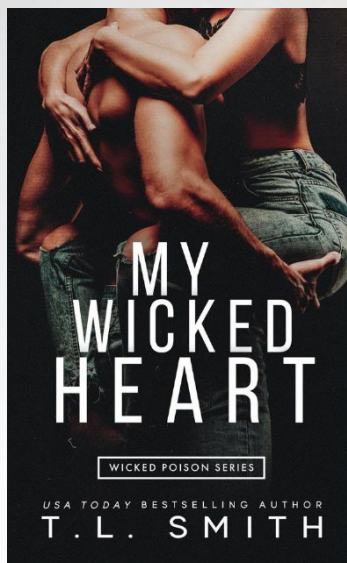
Mi corazón se rompe en mi pecho.

¿Cómo sobreviviré?

Sobrevivir sin él.

Cuando por fin me hizo vivir de nuevo.

My Wicked Heart # 2



Es un exconvicto.

Yo soy la preciada hija de una familia conocida por su nombre.

Siempre supimos que no podía funcionar, pero eso no significaba que no lo intentáramos.

Pero cuando lo hicimos, todo se hizo pedazos.

Él estaba encerrado.

Y yo fui impotente para detener la enorme destrucción que siguió.

Él era malvado para mi corazón.

Y al igual que el veneno, los efectos pueden ser peligrosos.

Acerca de la Autora



A la autora superventas del USA Today T.L. Smith le encanta escribir sus personajes con defectos tan bellos y oscuros que no puedes apartar la mirada. Sus libros se han traducido a varios idiomas. Si no la encuentras en Queensland (Australia), su estado natal, puedes encontrarla viajando por el mundo, ya sea sentada en una playa de Bali, explorando Alcatraz en San Francisco o paseando por las calles de Nueva York.

BEAUTIFUL POISON

WICKED POISON #1



SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



172



MY T. L. SMITH
BEAUTIFUL